



ARTE RUPESTRE ANDINO **DEL ALTO CACHAPOAL**

LOS HABITANTES DE LA CORDILLERA EN LA PREHISTORIA DE CHILE CENTRAL SUR

ARTE RUPESTRE ANDINO
DEL ALTO CACHAPOAL

LOS HABITANTES DE LA CORDILLERA EN LA PREHISTORIA DE CHILE CENTRAL SUR

Francisco Gallardo Ibáñez
Gloria Cabello Baettig

En memoria de Hans Niemeyer, Viviana Manríquez y María Teresa Planella,
precursores de los estudios arqueológicos históricos de la región.

PRESENTACIÓN **6**

INTRODUCCIÓN **8**

**EL ARTE DE GRABAR LA PIEDRA.
DE LOS ARTISTAS DE PANGAL Y
EL RÍO CACHAPOAL** **14**

Río Cipreses afluente del Cachapoal 18

Pangal afluente del río Cachapoal 18

Pangal-1 o Piedras Marcadas (RCPn 6/4) 20

Pangal-2 (RCPs 7/1 y RCPs 7/2) 20

Piedra Escondida (RCPn 6/2) 23

Cerrillos (RCPn 5/2) 29

Bocatoma (RCPn 6/5 y RCPn 6/6) 29

Acerca de los grabados 29

Pangal a la luz de la prehistoria local y regional 48

Conclusiones 58

**PREHISTORIA Y ARTE RUPESTRE
DE CHILE CENTRAL SUR**

60

Los indígenas de Chile Central Sur durante la invasión española	65
Prehistoria de Chile Central Sur: valles, cordillera y mar	69
Los valles	69
Tutuquén, 9 mil años de ocupación humana	74
La costa	76
Embarcaciones costeras de Chile Central Sur	78
La cordillera	80
El arte rupestre cordillerano: río Maipo a río Maule	84
Casa pintada del río Tinguiririca	92
Arqueología, movimientos e intercambios	95
Clavas y hachas en circulación transregional	98
Conclusión	101

GLOSARIO

104

PARA LEER MÁS.

Anexo bibliográfico Chile Centro Sur

106

General	106
Periodo Paleoindio	107
Periodo Arcaico	108
Periodo Alfarero	110
Historia y antropología	113
Arte rupestre	114
Circulación e interacción social	118
Tutuquén, 9 mil años de ocupación humana	120
Embarcaciones costeras de Chile Central Sur	121
Casa pintada del río Tinguiririca	121
Clavas y hachas en circulación transregional	121

PRESENTACIÓN

“Piedras Marcadas” es un espacio abierto hacia lo alto, donde siempre nos reencontraremos con la primigenia naturaleza, la sabiduría profunda, la magia divina, la espiritualidad verdadera y la tan anhelada alegría de vivir de los Antiguos Iluminados, que por siempre nos estará esperando. MANUEL ROA M. (1949-2008).

Hablar acerca de la cuenca del río Pangal y su patrimonio inevitablemente es hablar del nacimiento de Konna-Kuyen, y del doctor Manuel Roa Miranda, médico veterinario de la Universidad de Chile.

En el año 2005, en la Cordillera de los Andes, en la enigmática Piedra del Padre, donde llegamos guiados por el Dr. Roa al escuchar la mística historia del lugar, este grupo de jóvenes decide organizarse unidos en su pa-

sión por la naturaleza y el deseo de reencontrarse con su identidad. Durante ese mismo mes, nuevamente bajo su guía y luego de recorrer los sectores “Pangal II” y posteriormente “Pangal I” o “Piedras Marcadas”, al conocer y sentir la magia que envuelve este sitio, en una ceremonia mística bajo las estrellas, es bautizado este grupo de jóvenes con el nombre de “Konna-Kuyen”, “Guerreros de la Luna” en Mapudungun, se unen y comprometen a proteger, recuperar y difundir este patrimonio legado por nuestros antepasados para entregarlo a nuestros descendientes.

A la partida del Dr. Roa, su colección y escritos de años de investigaciones y terreros, hoy se encuentran bajo el resguardo del Archivo Coya y en exposición en la sala “Manuel Roa Miranda”, ubicada en el Museo “Casa Uno” de la localidad de Coya, comuna de Machalí.

Para Konna-Kuyen, la cuenca del río Pangal constituye un ejemplo sobresaliente y representativo del territorio, pues contiene una importante concentración de valores culturales, patrimoniales y naturales.

En este sentido, se releva el valor del *Cajón de Pangal como Paisaje Cultural*, muestra de una singular forma de interacción humana con el entorno, desde sus primeros habitantes indígenas, el desarrollo histórico de industrialización relacionado a la minería del Alto Cachapoal, el de la ganadería y del arrieraje, el turismo informal y, con ello, todos los vestigios materiales de estas sucesivas ocupaciones y su legado en tradiciones, oficios y memoria oral. Por lo que la apuesta hoy es la revalorización y revitalización del patrimonio presente en la cuenca del Pangal, siendo urgente generar políticas de conservación, resguardo y manejo del

territorio y sus recursos culturales y naturales que son propios y únicos.

“Queremos invitar a la ciudadanía a hacerse parte en la toma de conciencia del importante grado de deterioro que presenta nuestro patrimonio local y que existe la necesidad urgente de protegerlo, conservarlo y difundirlo.

Deseamos construir el futuro sin dejar de preservar el pasado, reconciliar el crecimiento con la cultura. De impulsar un desarrollo sustentable.

Hay muchos pueblos que construyen proyectos a partir de la unidad que les otorgan sus sitios históricos, arqueológicos, monumentos, arquitectura y sus tradiciones. Creemos que esa es la base para el desarrollo de Machalí”.

MARÍA FRANCISCA ERCILLA VEGA
LEONARDO FERNÁNDEZ LARA
MARISOL MORENO ÁLAMOS
KONNA-KUYEN



INTRODUCCIÓN

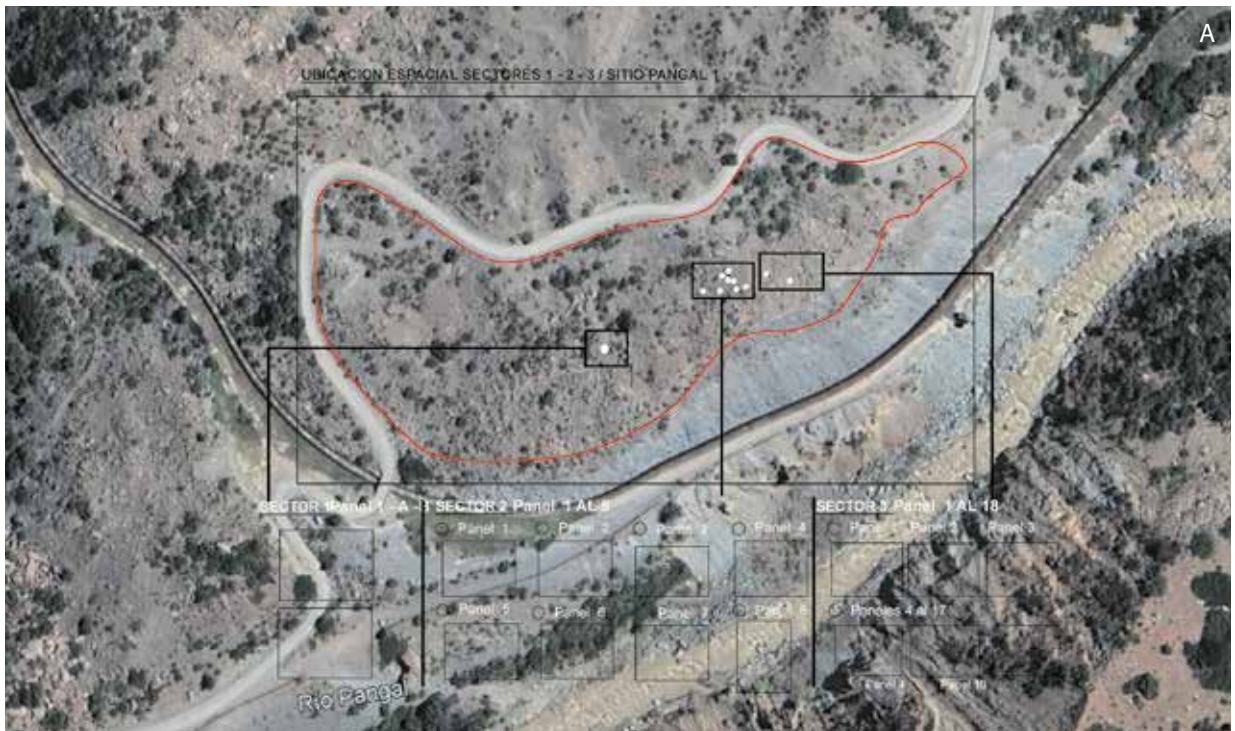
La cuenca alta del río Cachapoal, en la precordillera de la comuna de Machalí, región de O'Higgins, ha sido escenario de la presencia humana desde al menos 6 mil años. Sobre las terrazas altas que bordean el cajón del río Pangal se hallan afloramientos rocosos que sirvieron de cobijo a personas que transitaban entre ambas vertientes de la Cordillera de los Andes. En algunos bloques se perciben con mayor o menor dificultad grabados rupestres que llamaron la atención de distintos investigadores desde los años sesenta (Lanas 1958; Niemeyer 1964; Niemeyer y Montané 1968; Iribarren 1973; Stehberg 1975). Dos de estos lugares fueron bautizados como Pangal-1 y Pangal-2 por Jaime Vera (1982), pero el primero es conocido como Piedras Marcadas por quienes hoy habitan el territorio.

A fines de los años ochenta Iván Cáceres lideró un proyecto de investigación FONDECYT (Cáceres, I., M.T. Planella, A. Deza y V. Manríquez. 1990. *Arqueología y Etnohistoria: una investigación interdisciplinaria pionera para la cuenca del río Cachapoal*. Proyecto FONDECYT 1900508), en el marco del cual se realizaron prospecciones en la vertiente norte del río Pangal, entre los que se destaca el hallazgo de dos sitios residenciales en el sector de Ce-

rrillos. Estos dos sitios, junto con los dos de Vera, fueron incluidos en el Catastro de Sitios Arqueológicos de la VI Región, realizado por el Ministerio de Obras Públicas en 1995.

En los 2000, el sector fue producto de investigaciones sistemáticas en el marco de un proyecto FONDECYT liderado por Lorena Sanhueza (Sanhueza, L., Falabella, F., Cornejo, L. y M. Vásquez. 2003. *Periodo Alfarero Temprano en la cuenca de Rancagua y cordillera aledaña: hacia una comprensión de las sociedades alfareras tempranas de Chile Central*. Proyecto FONDECYT 1030667). Entre otras actividades, se identificaron siete sitios en la vertiente norte del Pangal: tres en el sector de Cerrillos (RCPn 5/1-3), uno en el sector conocido como Sepulturas (RCPn 6/1) y tres sitios en Las Cayanas (RCPn 10/1-3) (Luis Cornejo, com. pers. 2016).

FIGURA 1. Paneles rupestres de Pangal-1:
A. Temporada 2008 (Ilustración Francisca Ercilla) y
B. Temporada 2018 (Plano topográfico Álex Paredes).



En la misma época, don Manuel Roa Miranda, funcionario de la Municipalidad de Machalí, llevó a Pangal-1 a un grupo de jóvenes locales quienes, decididos a recuperar y difundir este patrimonio, formaron la agrupación Konna-Kuyen. El 2008, Marisol Moreno y Francisca Ercilla, directoras de esta organización, invitaron a la coautora de este libro a formular un proyecto FONDART que permitiera conocer y poner en valor este sitio de arte rupestre (Cabello, G., M. Lorca, F. Ercilla y C. Rivera. 2009. *Manifestaciones ancestrales en la cuenca del río Pangal, Comuna de Machalí, Región de O'Higgins*. Proyecto FONDART 64984.). El objetivo principal del proyecto fue generar el expediente técnico del sitio arqueológico mediante un estudio interdisciplinario que incluyó arqueología, conservación, etnohistoria y paisaje. En términos específicos, en ese momento se identificaron 31 bloques, distribuidos en concentraciones separadas por sectores (Figura 1A). El sector 1 corresponde a un solo bloque de gran tamaño conocido localmente como Piedra Ancestral o Losa Astronómica. Los sectores 2 y 3 se encuentran a 77 metros al noreste del anterior y reúnen la mayor cantidad de rocas porfíricas con intervenciones rupestres (Figura 1A). A más de 500 metros al noreste del sector 3 se describen otros dos conjuntos (4 y 5) con bloques de granito grabados, el primero de estos presenta gran densidad de motivos y se reconoce localmente como la Piedra Escondida.

En el 2014, bajo la iniciativa de la misma agrupación y en coordinación con la empresa Pacific Hydro Chile (PHC),

el Consejo de Monumentos Nacionales (CMN) declaró Monumento Histórico 1.277 metros del tramo de la tubería de madera de secuoya y acero, construida entre 1917 y 1919 por la empresa Braden Copper Company, con el fin de dinamizar los procesos de generación de energía de la mina El Teniente.

En atención a diversas actividades que son parte de medidas compensatorias y puesta en valor por parte de HCSA, se realizaron prospecciones exhaustivas en el sitio Pangal-1, identificando 20 nuevos bloques grabados, la actualización del registro rupestre (bloque, panel y motivo) y el dibujo profesional de todos los paneles por motivo. Más un levantamiento topográfico de cada bloque registrado y planimetría del área del sitio (Figura 1B). Relevante fue también el diagnóstico del estado de conservación del sitio y de los bloques con arte rupestre, donde se identificó que la mayor fuente de presión potencial es la ejecución de obras que se pudiesen realizar directamente en el yacimiento; en segundo lugar, como fuente activa, se encuentran las actividades de turismo irregular que se desarrolla en el sector.

Adicionalmente, y de forma preventiva para el resguardo patrimonial del área de influencia de HCSA, se realizó una prospección arqueológica entre Cerrillos y Las Cayanas, considerando ambas vertientes del río Pangal. Como resultado, se registraron 23 sitios arqueológicos (Tabla 1 y Figura 2). En consideración a las diferencias en la nomenclatura utilizada por los distintos equipos de investi-

gación, los sitios fueron denominados a partir del registro de Sanhueza y colaboradores (2004), conservando los nombres de los sitios previamente reconocidos y continuando la numeración en el caso de nuevos hallazgos. De esta forma, Pangal-1 pasa a denominarse RCPn 6/4 y nos permite reevaluar el arte rupestre del lugar en el contexto de las dinámicas sociales y culturales acaecidas en tiempos prehispánicos e históricos en la región.

Transcurridos casi diecisiete años de nuestros primeros registros, el presente libro considera la importancia patrimonial del lugar y una revisión actualizada de la prehistoria del río Cachapoal, apoyada por fotografías de los sitios y algunas piezas provenientes de la zona, hoy albergadas en museos.

El público objetivo son personas interesadas en conocer más acerca del patrimonio arqueológico de la Sexta Región, particularmente respecto de quienes habitaron y transitaron por la precordillera del río Pangal en el pasado remoto y reciente. También conocer más del arte rupestre local y sus vínculos con estilos definidos en Chile y Argentina. Se piensa en profesores de colegios, operadores de turismo, público general interesado en temas de arqueología y turismo, profesionales de la arqueología y profesionales de la empresa que opera en el área.

El libro se organiza en torno a dos temas principales, que abarcan las dos primeras secciones. La primera, referida a Pangal en la prehistoria, trata sobre la historia

de las investigaciones en Pangal y alto Cachapoal, la descripción y análisis de sitios arqueológicos en Pangal, y la distribución y descripción técnica y estilística del arte rupestre de este sitio. La segunda, discute estos antecedentes en relación con la ocupación humana de la precordillera andina y los distintos ambientes geográficos y humanos de Chile Central Sur, para cerrar con una propuesta de la función que las formas y emplazamientos del arte rupestre tuvieron en relación con la vida de las personas.

El libro cuenta además con cuatro recuadros que refieren a temas específicos y complementarios a la narrativa del libro. Dos de ellos fueron realizados por los colegas Itací Correa y Daniel Quiroz, a quienes extendemos su gratitud en la extensión del conocimiento.

Con el objetivo de hacer más fluida la lectura del libro, se optó por no realizar llamados directos a las fuentes donde se funda este estudio. Todas las referencias bibliográficas utilizadas en este libro aparecen en la sección final titulada PARA LEER MÁS, la que fue organizada temáticamente.

Finalmente, extendemos nuestros agradecimientos a Fernanda Falabella, Lorena Sanhueza, Gustavo Lucero, Rafael Labarca y José Blanco, cuyos comentarios, datos y fotos enriquecen este libro. Fundamental fue además la participación del último en planificación de la metodología de prospección y registro de sitios arqueológicos. También agradecer a quienes



participaron de las diferentes campañas de terreno, elaboración de informes técnicos especializados, registros, gráficas, planos y topografías, que constituyen la base de este libro: Constanza Pellegrino, Carolina La-

gos, Carole Sinclair, Fernanda Erazo, Diego Artigas, Paz Casanova, Francisca Ercilla, Marisol Álamos, Alfonso Ovalle, Diego González, Elena Guerra, Daniela Latrach, Álex Paredes y Marco Antonio Benavente.

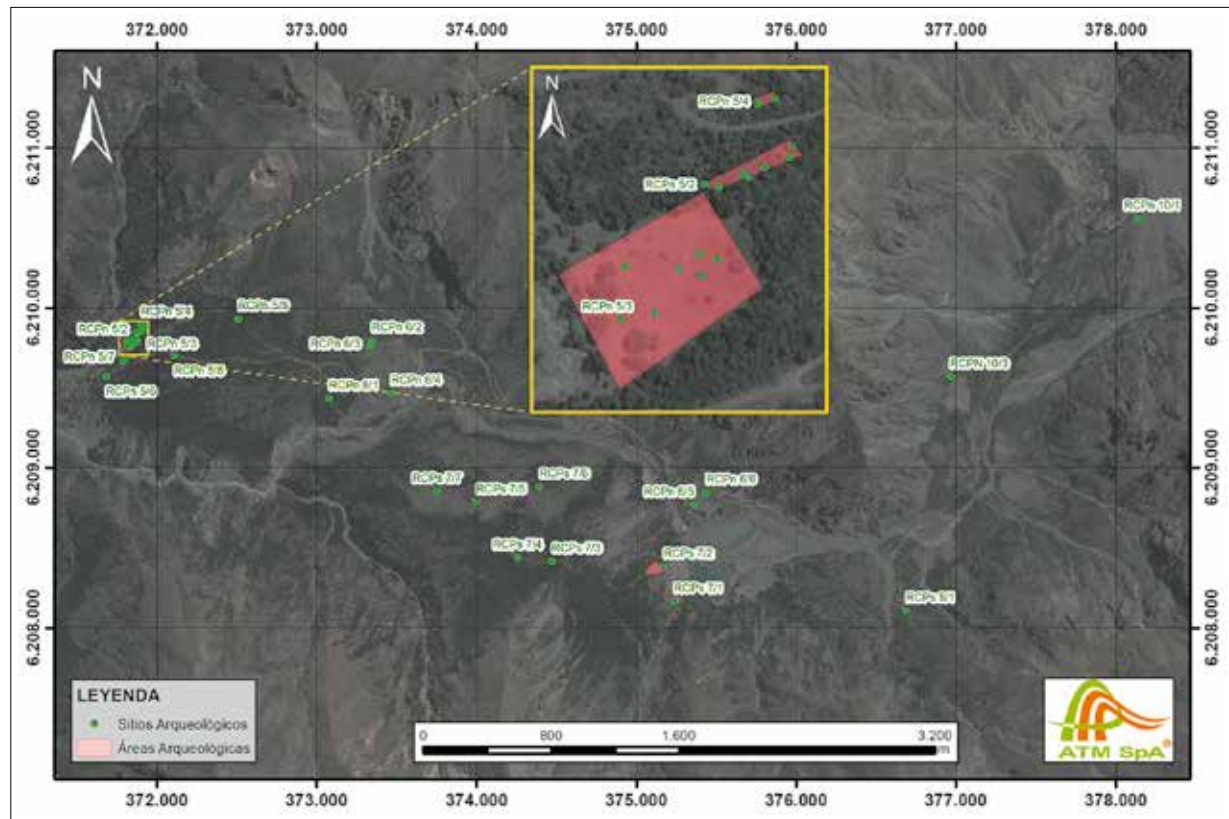


FIGURA 2. Total de sitios arqueológicos registrados en área de Pangal.

TABLA 1 | TOTAL DE SITIOS ARQUEOLÓGICOS REGISTRADOS EN ÁREA DE PANGAL

Sitio	Fuente	Tipo de Sitio	Referencias
RCPn 5/1	FONDECYT 1030667	Habitacional	Luis Cornejo (com. pers. 2016)
RCPn 5/2	FONDECYT 1030667	Habitacional	MOP (1995): sitio 6153; Cáceres <i>et al.</i> (1995:181); Luis Cornejo (com. pers. 2016)
RCPn 5/3	FONDECYT 1030667	Habitacional	MOP (1995): sitio 6152; Cáceres <i>et al.</i> (1995:181); Luis Cornejo (com. pers. 2016)
RCPn 5/4	Compensación HCSA-PHC	Habitacional	
RCPn 5/5	Compensación HCSA-PHC	Basural	
RCPn 5/6	Compensación HCSA-PHC	Basural	
RCPn 5/7	Compensación HCSA-PHC	Basural	
RCPn 5/8	Compensación HCSA-PHC	Hallazgo aislado	
RCPn 5/9	Compensación HCSA-PHC	Habitacional	
RCPn 6/1	FONDECYT 1030667	Habitacional	
RCPn 6/2	Compensación HCSA-PHC	Arte rupestre	Cabello (2008): Pangal-1 sector 4
RCPn 6/3	Compensación HCSA-PHC	Arte rupestre	Cabello (2008): Pangal-1 sector 5
RCPn 6/4	Compensación HCSA-PHC	Arte rupestre	Vera (1982): Pangal-1; MOP (1995): sitio 6151; Cabello (2008): Pangal-1 sectores 1-3
RCPn 6/5	Compensación HCSA-PHC	Arte rupestre	
RCPn 6/6	Compensación HCSA-PHC	Arte rupestre	
RCPs 7/1	Compensación HCSA-PHC	Arte rupestre	
RCPs 7/2	Compensación HCSA-PHC	Habitacional	Vera (1981, 1982); Sanhuesa <i>et al.</i> (2004); Falabella <i>et al.</i> (2010); ¿Pangal-2?
RCPs 7/3	Compensación HCSA-PHC	Hallazgo aislado	
RCPs 7/4	Compensación HCSA-PHC	Habitacional	
RCPs 7/5	Compensación HCSA-PHC	Habitacional	
RCPs 7/6	Compensación HCSA-PHC	Habitacional	
RCPs 7/7	Compensación HCSA-PHC	Habitacional	
RCPs 8/1	FONDECYT 1030667	Arte rupestre	Luis Cornejo (com. pers. 2016)
RCPs 9/1	FONDECYT 1030667	Habitacional	Luis Cornejo (com. pers. 2016)
RCPn 10/3	FONDECYT 1030667	Habitacional	Luis Cornejo (com. pers. 2016)





EL ARTE DE GRABAR LA PIEDRA
DE LOS ARTISTAS DE PANGAL
Y EL RÍO CACHAPOAL





El arte rupestre del río Cachapoal, en sus afluentes Pangal y Cipreses, han sido abordados por la historia antigua de la investigación y curiosidad arqueológica. Ha motivado interés científico, periodístico y público desde el siglo XIX hasta épocas recientes (ver Referencias). Su arte rupestre dice directa relación con aquellos registros cordilleranos, cuyo análisis estilístico inicial hicieran Hans Niemeyer y Lotte Wiesner en los años 60 en la hoya hidrográfica del río Maule. Que al igual que la cuenca del Cachapoal, han merecido una similar preocupación. Se trata de un imaginario visual, que tiene sus raíces iconográficas en poblaciones al oriente de la cordillera, la Pampa y Patagonia argentina.

Las investigaciones arqueológicas en Pangal, realizadas en lugares asociados al arte rupestre, han entregado valiosa información contextual, pues sabemos que estos fueron regularmente utilizados en la época alfarera temprana, que comenzó algunos siglos antes de nuestra era y permaneció hasta tiempos históricos. En este marco arqueológico se distinguen los sitios del río Pangal, pues este ha mostrado ser un lugar de ocupación indígena recurrente en el pasa-

do. Principalmente debido a que todos los sitios rupestres se insertan en áreas rocosas utilizadas como escondrijos, la mayoría de estos han sido intervenidos por visitantes y lugareños desde principios del siglo XX. En ellos se han encontrado alfarería, cestería, artefactos de hueso y madera, y también sepulturas, hace mucho tiempo destruidas. De sus correrías, por el macizo andino aún se pueden observar los pasos y rutas que los viajeros y arrieros siguieron desde la época colonial. Sin duda, Pangal pertenecía a un circuito de movilidad que unía la cordillera oriental con la occidental, desde donde se establecían relaciones de intercambios con los agricultores del valle, que los incas y españoles denominaron Promaucaes, por su fiera resistencia a ser dominados.

Mientras el área rupestre de Cipreses se ha conservado debido a las dificultades de acceso y su actual condición de Reserva Nacional, la zona arqueológica de Pangal ha sido objeto de numerosas intervenciones camineras y la colección de artefactos por visitantes y lugareños. En este mismo lugar se encuentra una tubería de madera de secuoya, construida en 1917 por la Braden Company, antigua propietaria norteamericana, para el uso hidroeléctrico. Este conducto es Monumento Nacional y es actualmente administrado por Pacific Hydro Chile. Recientes actividades arqueológicas vinculadas a su mantención han favorecido la comprensión del sitio rupestre, creando argumentos sólidos de su importancia cultural, en relación con la localidad, la región cordillerana.

FIGURA 3. Grabados del río Cipreses de Estilo Guaquivilo. Tomado y modificado de Niemeyer y Weisner (1972-73:Fig. 18, pp. 457).



RÍO CIPRESES AFLUENTE DEL CACHAPOAL

Las primeras noticias y excursiones se concentraron en el río Cipreses. En 1875, Rodolfo Philippi asciende por la cuenca y describe el sitio Piedra Marcada:

Serian las 11 ¼ cuando llegamos a la Piedra Marcada, que yace en una pequeña pampa bastante desnuda de pasto donde el ganado vacuno suele unirse. Es un peñasco de piedra córnea, suavemente inclinado, que tiene unos diez pies de largo sobre seis de alto. Las líneas esculpidas en él tienen casi un milímetro de hondura i dos de ancho, no guardan ningún orden i no representan objetos verdaderos. Hay algunas líneas en zigs- zags, dos de las cuales corren paralelas; otra línea algo angulosa, que termina en una punta de flecha i está cortada en su medio por 5 o 6 líneas cortas bajo ángulo recto; haí una figura que representa un anillo, i se parece algo a la marca antigua de la hacienda; otra formada de tres círculos concéntricos; hai un círculo con cinco rayos en el centro que no alcanzan a la periferia; hai un óvalo con unos diez radios, etc. Aún los vaqueros más antiguos no saben nada acerca del oríjen de estas figuras o de su significado. En el fondo del valle, en el cerro del Arriero, en mucha elevacion, hai otra roca cubierta de figuras análogas, pero el camino es muí malo. Nosotros no tuvimos tiempo de subir para verlo.

En 1882, José Toribio Medina incluyó entre sus láminas un dibujo de esta piedra en el Valle Rapiantu, el mismo lugar visitado por Philippi en Cipreses. Sitio de arte rupestre que en 1893 Diego Barros Grez llamó Piedra de

La Batalla e interpretó como una escritura, agregando también otro bloque que llamó Piedra del Olimpo y que está en el mismo valle. Probablemente, la mejor descripción de este bloque es aquella incluida por el religioso Félix Jafuel en 1930. Sin duda, el valle del Cipreses es un lugar privilegiado en arte rupestre. Nuevas expediciones han publicado sitios desde la desembocadura del río hasta sus orígenes. Todos adscritos al Estilo Guaiquivilo que propusieron Niemeyer y Weisner; entre otras, hay figuras de simetría especular, líneas onduladas paralelas, círculos concéntricos y pisadas del tipo areal (Figura 3). Es importante notar que, de acuerdo con un examen satelital, estos bloques rupestres se asocian a una ruta tropera antigua, que desde la Quebrada del Arriero (su último sitio) asciende para caer al río Portillo, afluente del Tinguiririca, cuyas cabeceras muestran otros bloques con grabados asociados a pasos cordilleranos.

PANGAL AFLUENTE DEL RÍO CACHAPOAL

Para la arqueología de Chile Centro Sur, la localidad rupestre de Pangal es de enorme importancia en relación con los circuitos de intercambios sociales que, de acuerdo con la documentación histórica, comprometen las cuencas de los ríos Maipo y Maule. Testimonios que son coherentes con la distribución iconográfica y estilística del arte cordillerano, cuyas fuentes radican al oriente de la cordillera, desde el sur de la Provincia de Mendoza hasta el norte de la Provincia de Neuquén. Evidencia arqueológica que resulta sólida si consideramos que los

valles de Chile Central Sur tienen escaso arte rupestre y sus formas son muy distintas.

La sección de Pangal que nos ocupa es característica por la acumulación de enormes bloques rocosos que yacen solitarios o apilados, luego del retroceso glacial pleistocénico. Estos sirvieron de refugio para quienes habitaban temporalmente ambos lados del río y donde los visitantes han realizado un gran número de hallazgos, de los que sabemos poco. Más conocida es la alfarería encontrada, que permanecía oculta en condiciones de ser usada, seguramente dentro de un ciclo de ocupación estacional que se repetía año a año. De aquí que las fechas por termoluminiscencia de la cerámica muestren continuidad de uso del espacio desde los primeros siglos de nuestra era hasta poco antes del arribo incaico. Esta recurrencia se asocia simultáneamente a un sólido conservadurismo y persistencia del estilo cerámico. Pangal actuaba como frontera con los valles vecinos, por lo que presenta muchos atributos de la cerámica Lollole temprana de la región. Entre otros artefactos escondidos o abandonados se cuentan instrumentos de madera (uno de ellos datado por radiocarbono entre los años 1.300 y 1.400 después de Cristo), cestería y conchas de choro del océano Pacífico. Si como pensamos esta población provenía del oriente andino, su acceso pudo ser realizado por pasos cordilleranos entre Las Leñas (en la cabecera de este río, afluente del Cachapoal) y Las Damas (alto Tinguiririca). Un examen satelital muestra senderos persistentes hacia estos últimos cruces de altura, que por lo demás exhiben arquitectura de probable ori-

gen prehispánico, alineados desde el sitio El Indígena hasta el paso asociado al accidente de la aeronave uruguayana en los años 70. Es una entrada hacia la precordillera oriental, que ha mostrado sitios rupestres de Estilo Guaiquivilo en dirección oeste directa al valle central inmediato, y también hacia el norte por el río Portillo hasta el Cipreses, afluente del Cachapoal.

Todas estas evidencias indican que se trata de estrategias de territorialización y construcción de una memoria social altoandina, en un ambiente de cultura material extremadamente conservadora en el uso de cerámica temprana hasta al menos el siglo XIV, pues pese a las variaciones en el tiempo, aludían a un pasado originario.

En nuestra reciente visita, pudimos registrar numerosos bloques rupestres asociados a campos de rocas, que sirvieron de refugio para los antiguos habitantes de la planicie. Dos de ellos fueron publicados como Pangal-1 y Pangal-2, por el arqueólogo Jaime Vera del Museo Nacional de Historia Natural de Valparaíso. En él observó una técnica de suave percusión que producían un surco superficial o una superficie. Su boceto de imágenes muestra figuras asimétricas de círculos unidos por líneas, una figura antropomorfa, líneas onduladas paralelas y pisadas. A otras, considerando sus divisiones internas, las asoció al arte rupestre del Aconcagua superior, pero mirando el conjunto rupestre cordillerano, estas siguen un patrón, lo que hace prematura esta afirmación. Más aún cuando las figuras con marco ovals inscritas o "signos escudos" del norte de Santiago presentan una



variedad diferente a nuestra área de estudio. Su adscripción estilística y social requiere más investigación.

Pangal-1 o Piedras Marcadas (RCPn 6/4)

Pangal-1 es un sitio arqueológico exclusivamente de arte rupestre, conocido localmente como Piedras Marcadas. Emplazado en la ribera norte del río Pangal (a unos dos kilómetros luego de la cuesta Cerrillos y a 1443 msnm), abarca una superficie aproximada de 2 hectáreas. Sobre una ladera de pendiente suave y suelo pedregoso, está acompañado de arbustos y plantas de baja altura. Unos 500 metros cuesta abajo lo separan del río, único recurso hídrico estable, si bien los deshielos alimentan numerosas vertientes que caen abruptas por los farellones de la cordillera, cuyas más altas cumbres bordean los 4000 metros (Figura 4).

En una investigación liderada por la autora de este libro y la organización Konna Kuyen, se registraron 31 bloques con 44 paneles, que servían de soporte a 174 motivos. Entre los años 2015 y 2018, en el marco de un nuevo proyecto financiado por Pacific Hydro Chile y su central en alto Cachapoal, Gloria Cabello y su equipo identificaron 20 nuevos bloques grabados con otros 26 motivos. Por lo que ahora contamos con un registro de 51 bloques rupestres y 200 motivos (Figura 1).

En términos generales, podemos señalar que en nuestro análisis consideramos bloque, panel y motivo (tipo, técnica constructiva y asociaciones). En cuanto a las

formas, distinguimos principalmente figuras no referenciales, que pueden tener forma regular (la mayoría simétricos lineales con eje central, circulares, ovales y rectangulares) o irregular (p.ej. líneas onduladas o líneas rectas que se intersectan). Respecto de las técnicas de ejecución, distinguimos: piqueteado, cuando la superficie de la roca se tritura por percusión; y raspado, cuando el desprendimiento de la pátina superficial de la roca se hace mediante abrasión. Sin embargo, la mayoría de las figuras presenta un surco poco profundo. La técnica gráfica puede ser lineal, cuando el motivo es expresado mediante una línea de contorno, o areal cuando el área modificada es equivalente al diseño (cuerpo lleno). Por último, si el trazo es continuo o discontinuo en su ejecución (Figura 5).

Pangal-2 (RCPs 7/1 y RCPs 7/2)

Respecto de este sitio arqueológico se tienen noticias desde una nota periodística en un número de la revista *Zig-Zag* del año 1958. El reportero apunta una ruta que asciende hacia Cerrillos y luego continúa por la tubería de madera hasta la Bocatoma, construida entre 1917 y 1919 por la Braden Copper Company:

FIGURA 4. Vista desde el sitio Pangal-1 hacia el poniente.





A poco menos de dos horas de camino de nuestra capital existe una planicie, como de dos hectáreas, totalmente sembrada de trozos de laja. Algunos de ellos tienen hasta 3 metros cúbicos, y sus caras se encuentran cubiertas de unas hasta hoy indescifrables escrituras. . . Los cerros donde están las piedras escritas se encuentran detrás de una puntilla que se divisa desde el potrero San Diego. Al pie de esa puntilla hay un camino zigzagueante, que se abre entre grandes losones de piedra laja, que tienen las características de sendero incaico (. . .) El camino, ascendiendo lentamente, da para media hora, hasta la pequeña superficie plana de dos hectáreas, cubierta de piedras escritas, de todos los tamaños y formas.

Nuestros registros de campo en RCPs 7/1 incluyen más de 60 bloques con grabados rupestres emplazados sobre una morrena de la vertiente sur del río Pangal (Figura 6). La producción de tallado generalizado sigue un patrón técnico de surco bajo, pero conviven con unos pocos diseños de surco profundo. En general el sitio presenta las iconografías mencionadas en las anteriores publicaciones, sin embargo, el conjunto incluye círculos concéntricos, círculos con apéndice largo, líneas paralelas con eje vertical (Figura 7). Los grabados se concentran en el sector más alto de la planicie, dominando vi-

FIGURA 5. Motivos no referenciales grabados de uno de los bloques de Pangal-1.

sualmente las nacientes del río y su curso inferior. Como lo advirtió el periodista citado, hacia el sur del sitio hay numerosas huellas troperas que trepan por la empinada ladera hacia el río Cachapoal.

A media altura de la misma morrena, al costado poniente, y asociado al sendero que asciende, existe otro conjunto de grandes bloques rocosos con lugares aptos para asentamiento y escondrijos, el que fue identificado como RCPs 7/2. No se observó material cultural ni restos evidentes de hollín en ellos, pero sí al menos dos bloques con grabados rupestres, uno de ellos con dos motivos prehispánicos y los demás presumiblemente recientes. Según nos informaron, uno de los bloques rocosos de gran tamaño, cercano al sendero que rodea la morrena por el poniente, posee un escondrijo de donde hace algunos años se sacaron materiales arqueológicos. Si bien no fue posible acceder a dicho lugar por la espesa vegetación, consideramos que este sector podría corresponder al vértice nororiente del área arqueológica de Pangal-2.

Piedra Escondida (RCPn 6/2)

Este sitio es probablemente el menos conocido en la literatura arqueológica. Se trata de un conjunto de cuatro bloques de granito correspondientes a un mismo afloramiento rocoso de unos 4 m², ubicado sobre la empinada ladera arriba de Pangal-1, unos 500 metros hacia el noroeste. Junto a este, se observa una huella que sube y continúa hasta el área de Cerrillos. Su emplazamiento, lejos del camino vehicular y por estar oculto entre







FIGURA 7. Motivos no referenciales grabados de uno de los bloques de Pangal-2.

FIGURA 6. Vista del sitio Pangal-2 hacia el oriente.





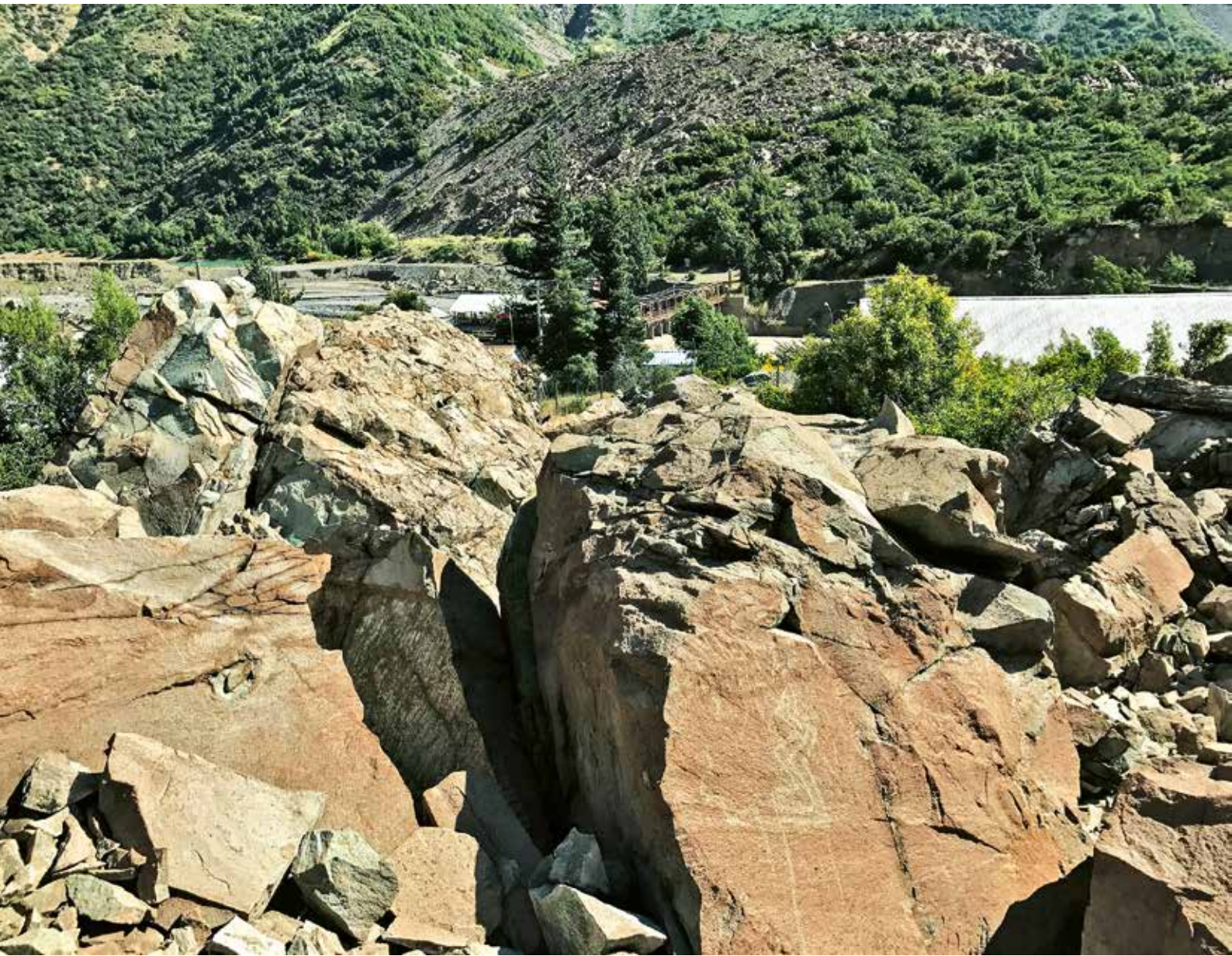
FIGURA 8. Vista del panel principal de Piedra Escondida.



FIGURA 9. Vista general de Cerrillos.

FIGURA 10. Bloque rocoso con grabados rupestres no referenciales en Cerrillos.





la vegetación arbustiva, es conocido localmente como Piedra Escondida. Es particular también, pues a diferencia de otros bloques rupestres, sus paneles enfrentan la cumbre del cerro Manantiales.

Se observan cuatro bloques con grabados profundos. Uno de ellos destaca por su tamaño y número de intervenciones visuales que repletan la superficie del panel. Hay huellas de mano hechas por contorno, antropomorfos, figuras con eje lineal central y apéndices oblicuos, reticulados, figuras ovals inscritas con divisiones y un antropomorfo central, lineaturas de desarrollo o construcción irregular (Figura 8).

El sitio presenta medio centenar de motivos, con diferentes formas. Más de la mitad son del tipo no referencial. Entre los de construcción irregular hay líneas curvas o rectas que se intersectan o trazos que insinúan figuras regulares. De los regulares, hay circulares u ovals simples o con líneas divisorias y elementos en su interior. No menos importante es el número de motivos referenciales, entre los que destacan improntas de manos y antropomorfos esquemáticos, vistos de frente, con cabeza redondeada, tronco y extremidades lineales. La técnica

es generalmente piqueteo lineal, principalmente continuo y muchos exhiben repasos por raspado.

Cerrillos (RCPn 5/2)

Cerrillos es un plano con árboles de gran tamaño, flanqueado por muchos bloques para refugio y escondrijos. Aquí pudimos observar solo un panel con grabados: dos diseños simétricos a partir de un eje central, con líneas oblicuas ligeramente curvas (Figuras 9 y 10).

Bocatoma (RCPn 6/5 y RCPn 6/6)

Junto al acceso de las instalaciones de la bocatoma, hay una acumulación natural de grandes bloques dejados por el retroceso glacial. Dos bloques fueron intervenidos por los antiguos habitantes de Pangal (Figura 11). Uno de ellos lleva un diseño en traslación de líneas angulares. El otro exhibe líneas curvas de construcción irregular.

ACERCA DE LOS GRABADOS

En el área arqueológica de Pangal, entre Cerrillos y Bocatoma, pudimos registrar unos 120 bloques con inscripciones rupestres. En algunos de ellos se observaron además intervenciones recientes que corresponden a nombres y fechas de visitantes que por fortuna no intervienen el arte rupestre. Debido a que la técnica es de intervención somera, hay grandes diferencias en el

FIGURA 11. Bloque rocoso con grabados rupestres no referenciales en Bocatoma.



reconocimiento en distintas proyecciones. Es usual que todas incorporen los paneles con mejor contraste figura y fondo, sin embargo, debido a que el contraste no es bueno en general, tienden a haber omisiones significativas.

La iconografía rupestre es numerosa y en conjunto esta tiende a privilegiar figuras lineales a partir de un eje central (simetría axial o especular), con segmentos oblicuos rectilíneos o curvos. Unos pocos presentan doble simetría, combinando el eje central con otro imaginario longitudinal. También se observan figuras semirrectangulares y ovaladas simples, u operando como marco para segmentación interna oblicua o para punto central. Curiosamente, estas formas son la base para el diseño de pisadas, pero ellas están ausentes en el registro. Los círculos aparecen en menor número (y con características de marco con punto central, a veces con apéndices), al igual que líneas onduladas, quebradas o escaleradas. Diseños lineales que sirven como eje para la disposición de líneas en posiciones oblicuas (rectas o curvas en traslación), aparecen en gran número y variedad, y son tan frecuentes como motivos circulares, subcirculares y subrectangulares (Figuras 12 a 26).

FIGURA 12. Bloque con motivo grabado Pangal-1.









FIGURA 13. Bloque con motivo grabado Pangal-1.

FIGURA 14. Bloque con motivo grabado Pangal-1.





FIGURA 15. Bloque con motivo grabado Pangal-1.



FIGURA 16. Bloque con motivo grabado Pangal-1.







FIGURA 17. Bloque con motivo grabado Pangal-1.



FIGURA 18. Bloque con motivo grabado Pangal-1.

FIGURA 19. Bloque con motivo grabado Pangal-1.







FIGURA 21. Bloque con motivo grabado Pangal-2.

FIGURA 20. Detalles de motivos grabados en Piedra Escondida.





FIGURA 22. Bloque con motivo grabado Pangal-2.



FIGURA 23. Bloque con motivo grabado Pangal-2.







FIGURA 24. Bloque con motivo grabado Pangal-2.

FIGURA 25. Bloque con motivo grabado Pangal-2.





FIGURA 26. Bloque con motivo grabado Pangal-2.

FIGURA 27. Bloque con grabados históricos de marcas de ganado, Pangal-1.



Caso aparte, es un gran panel con alto contraste figura/fondo. Su visibilidad lo ha vuelto emblemático entre los visitantes, quienes han intervenido el gran panel sin producir superposiciones (Figura 27). Algunas personas lo llaman la Losa Astronómica. Mirado desde la arqueología rupestre, parece claro que hay escasa presencia de iconografía, consecuente con la matriz estilística e iconográfica del sitio. Y esto es correcto, pues la mayoría de los diseños tienen los atributos de marcas de ganado antiguas. Una práctica que no es inusual en el arte rupestre, en especial en el Norte Semiárido y en Patagonia. Allí, además se conocen representados en las figuras que cubren los mantos pintados o quillangos tehuelches. Si su origen estuvo a manos de población indígena colonial o republicana, entonces podemos pensar que el uso dentro de un circuito de movilidad e intercambio estuvo relacionado a esa cultura ecuestre indígena, cuya reputación es parte de una épica histórica.

PANGAL A LA LUZ DE LA PREHISTORIA LOCAL Y REGIONAL

La localidad arqueológica y rupestre de Pangal es conocida en el medio local por su arte rupestre, sepulturas y escondrijos. Que como hemos dicho, están en directa relación con el uso recurrente y estacional del lugar. En los años 50, en una breve nota de la *Revista El Teniente*, se menciona la loma de las "Piedras Marcadas", cuyo descubrimiento se remonta a 1902, cuando

se construyó el camino para carretas que va en dirección a río Blanco. Durante las faenas, muchos bloques de arte rupestre fueron destruidos y otros fueron llevados a destinos desconocidos. Los informantes de la nota periodística afirmaron también que durante los trabajos se encontraron muchas sepulturas indígenas. Hallazgos de los que nada sabemos, al igual que un fardo funerario hecho con pieles que conservaban su pelaje y que contenían alfarerías, que se dice se encontraba en una mina frente a esta loma rupestre.

En los años 80, Jaime Vera, del Museo Nacional de Historia Natural de Valparaíso, realizó inventarios y recolecciones de artefactos en el sitio rupestre Pangal-2 (RCPs 7/1 y RCPs 7/2). Desde los escondrijos recuperó fragmentos cerámicos de vasijas grandes y pequeñas, algunas con formas y decoraciones de la alfarería temprana de Chile central, conocida como Lollole, que es característica por sus decoraciones. Estas eran de uso doméstico, al igual que la cestería encontrada. Un fragmento de concha del Pacífico, obtenido entre el cascajo y la ceniza de los refugios, es un índice de los intercambios que favorecían este asentamiento cordillerano. Un medio que ofrecía igualmente maderas duras del boyen o el olivillo, que fueron usadas para la confección de instrumentos de madera. Una pala confeccionada con herramientas metálicas (probablemente un cincel o una azuela con hoja de cobre cortante) fue datada por radiocarbono entre 1300 y 1400 años después de Cristo (Figura 28).

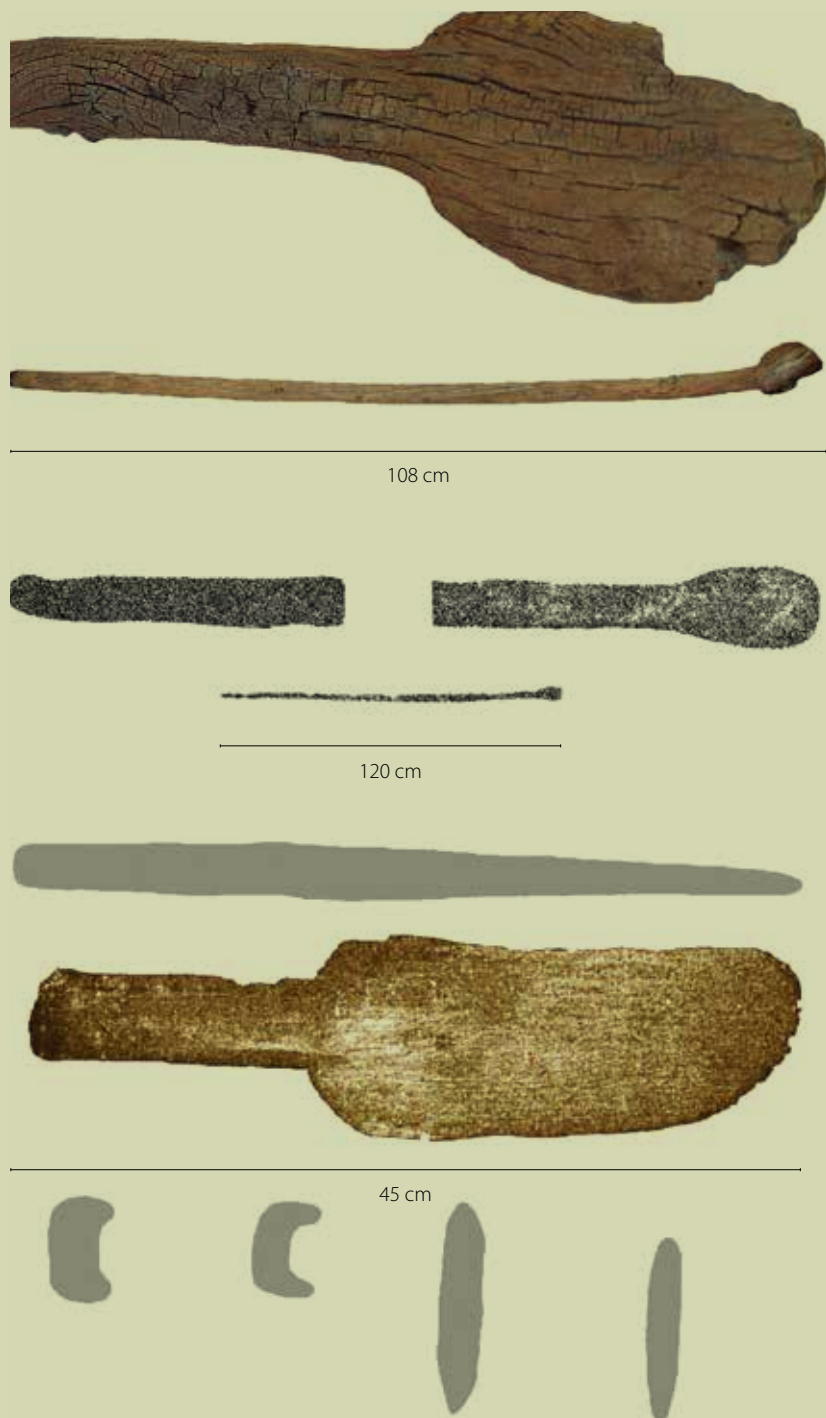


FIGURA 28. Artefactos de madera encontrados en los escondrijos de Pangal.



FIGURA 29. Vasijas cerámicas Tipo Pangal, gentileza de Lorena Sanhueza, Fernanda Falebella e Itací Correa.



FIGURA 30. Vasijas Tipo Lolloe, gentileza de Lorena Sanhueza, Fernanda Falebella e Itací Correa.



Lorena Sanhueza, arqueóloga de la Universidad de Chile, regresó al sitio junto a su equipo hacia el 2004. Junto con don José Contreras, conocedor local, visitaron 16 de los 25 escondrijos donde él había recolectado. La colección incluía vasijas completas y grandes fragmentos de estas, que fueron depositadas para un uso posterior como implementos de cocina. Los estudios de estos materiales permitieron identificar dos grandes grupos cerámicos. El conjunto Pangal corresponde a recipientes con cuellos cortos cilíndricos o de cono invertido, cuerpo globular con bases apuntadas o convexas, todas de tamaño grande a regular (Figura 29). La cerámica del tipo Lollole es distintiva, pero escasa en el conjunto (Figura 30). Sin embargo, la tendencia es ser un material más bien local, semejante o afín a los tipos clásicos. Un número importante de estos fragmentos provenía de un “Caserón”, probablemente uno de los lugares de vivienda. Aprovechando la tecnología de datación termoluminiscente, fragmentos de alfarería ofrecieron fechas entre los primeros ocho siglos de nuestra era.

Otro sector reconocido localmente por sus escondrijos, bajo y entre bloques rocosos, es la quebrada de Cerrillos, que ofrece también una pequeña planicie, donde existe evidencia habitacional prehispánica (Figuras 31 y 32). En sus alrededores, bajo una gran roca, una pequeña excavación mostró la presencia de cerámica Lollole con decoración reticulada, percutores, cuchillos y raspadores de piedra, una mano de moler, un tembetá de piedra bicolor (blanco y rojo), huesos humanos, de ave, roedores y de otros mamíferos. De esta misma área

proviene una olla (tipo Pangal) y un “bastón” de madera finamente manufacturado de uso desconocido. Sabemos que el lugar ha ofrecido numerosos ejemplares de cultura material, entre estos destaca un fragmento de cuello café bien pulido, decorado con bandas rojas en zigzag, una olla con relieves de rostros, un jarro modelado en forma de calabaza y un cesto decorado con diseños escalerados en rojo y negro (Figura 33A). Pero quizás lo más significativo es que en una de las vasijas había porotos, coronta de maíz, una semilla de calabaza y frutos de retamilla *ephedra*, un arbusto cordillerano que la tradición informa como medicinal. En especial sus raíces, usadas para mejorar indigestiones, fracturas, golpes, dislocaciones, contusiones internas y en afecciones de las vías urinarias. Uno de los porotos recuperados dio una fecha por radiocarbono entre los años 1048 y 1266 de nuestra era.

Si entre los escondrijos asombra el hallazgo de las vasijas de cerámica, lo cierto es que el registro vegetal es aún más extraordinario. Principalmente debido a que este es un material perecible, que por norma no se conserva en los sitios asolados por la intemperie y la humedad. Vistas las menciones respecto de las maderas

FIGURA 31. Vista general del sector de Cerrillos hacia el sur poniente, desde uno de los afloramientos rocosos que sirven de vivienda y escondrijos.





FIGURA 32. Detalle de uno de los afloramientos rocosos que sirven de escondrijos, sector de Cerrillos.



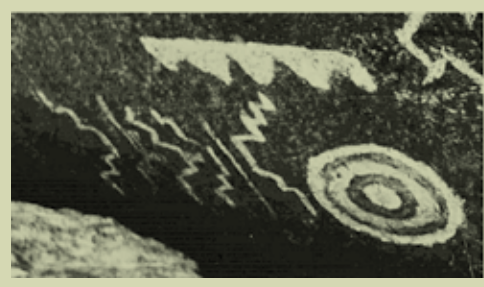




A



B



C



D



E



F

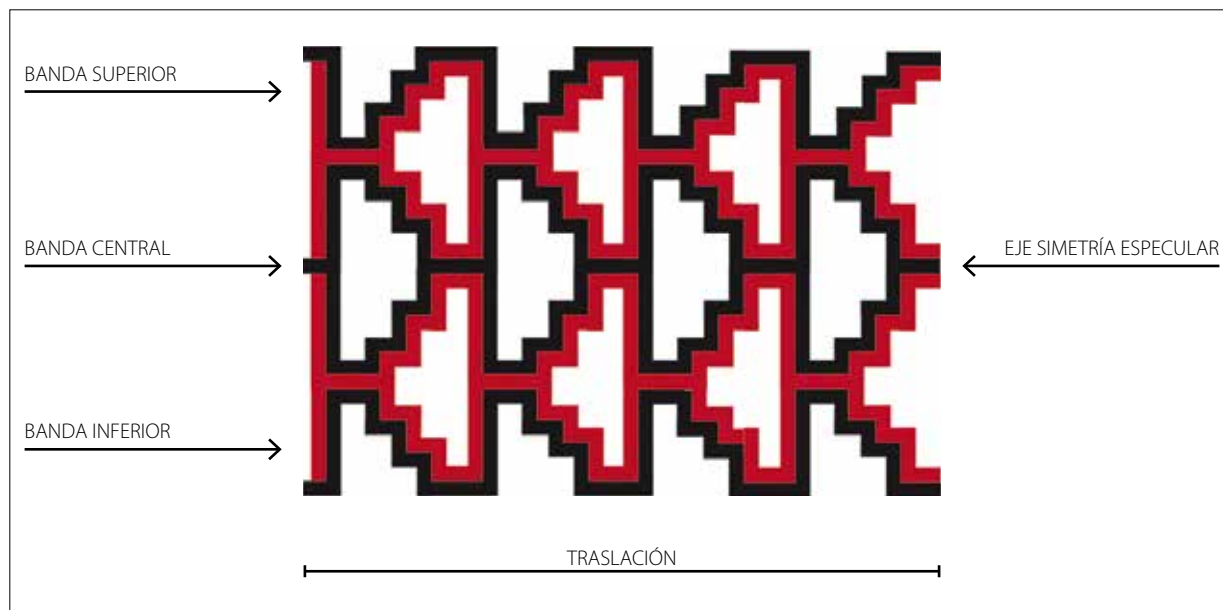


FIGURA 34. Movimientos de simetría del cesto de Pangal.

FIGURA 33. A. Cesto encontrado en escondrijo de Pangal (aprox. 12 cm de alto), gentileza Fernanda Falabella y Lorena Sanhueza. B. Dibujo del cesto y sus decoraciones en grecas. C y D. Grecas pintadas en blanco y rojo. Rincón del Atuel (Lagiglia 2008, Hart 2015). E. Placa de piedra grabada, con diseños escalerados (provincia de Chubut) (Losada 1980). F. "Hacha", costa Atlántica San Antonio Este (provincia de Río Negro) (Sánchez-Albornoz: 1967).



fibras semillas y frutos, Pangal (al igual que otros lugares signados por los pasos cordilleranos y el arte rupestre) era una fuente privilegiada de materias vegetales. Las maderas duras permitieron la producción de herramientas talladas, como palas y objetos alargados con extremos modificados como mazo y paleta. Una actividad artesanal, que antes de la masificación del metal, daba funcionalidad a innumerables actividades técnicas para diversos entornos de la vida diaria. Destaca la recolección de plantas relativas a actividades alimentarias y medicinales, en especial estas últimas, que por ser de efímera observación arqueológica, suele no ser mencionada. Pero que en tanto era de crucial importancia para el manejo de la salud, su búsqueda e identificación debería tener mayor protagonismo.

Finalmente, están las fibras que favorecían el tejido y la cestería, que sabemos eran de uso diario para hilados y contenedores. Muchos de estos productos, son endémicos de la vertiente occidental de la cordillera, por lo que no debería sorprender que formaran parte de los circuitos de intercambio. Como ocurre con el cesto encontrado en Cerrillos, cuyas decoraciones escaleras y trama simétrica, dice directa relación con ese campo visual que en Argentina suele llamarse Estilo de Grecas y que fue tremendamente popular hacia finales del Holoceno Tardío (Figura 33). Un momento posterior al año 1.000 antes del presente, en que cazadores recolectores patagónicos y pampeanos expandieron sus movimientos y relaciones sociales a una escala geográfica de cobertura interregional.

La simetría de este cesto exhibe procedimientos de reflexión especular y traslación, que podrían responder a los mismos principios del arte rupestre (Figura 34). La banda central sigue un patrón de traslación de una figura triangular escalonada en posición vertical unida por un trazo en su parte central. La banda es continua y está sometida a una reflexión especular en su eje diametral central. Arriba y debajo de esta se dispone un escalonado continuo, cuyo movimiento simétrico es de traslación horizontal. Ambos están organizados siguiendo el eje de reflexión especular central. El conjunto de procedimientos simétricos permite formar en negativo una doble banda de figuras escaleras por arriba y debajo de aquella central.

CONCLUSIONES

El estudio del arte rupestre de Pangal ha permitido describir sus características tecnológicas, iconográficas y sus emplazamientos. Las características descritas, han favorecido al mismo tiempo su correlación con motivos distintivos del arte rupestre "Guaiquivilo", hacia el sur en la cuenca del río Maule. Semejanzas que simultáneamente son atendibles al arte cordillerano del río Aconcagua por el norte. Especialmente, aquellos denominados "signo escudo". Una asociación que localmente, aparece dentro de tronco estilístico propio, por lo que sus filiaciones requieren más estudio. En especial, cuando las secuencias de ocupación cultural en las regiones Central y Central Sur de Chile, no son homologables.

Menos polémico es el tipo de ocupación de esta localidad rupestre, pues la evidencia indica un patrón de habitación estacional, dentro de un circuito de movilidad a escala interregional. Esto último apoyado en la documentación histórica temprana, la distribución de la obsidiana y la larga historia de reducción de movimientos residenciales, que comenzaron hacia el 8 mil antes de nuestra era. Bajo la información disponible de sitios cor-

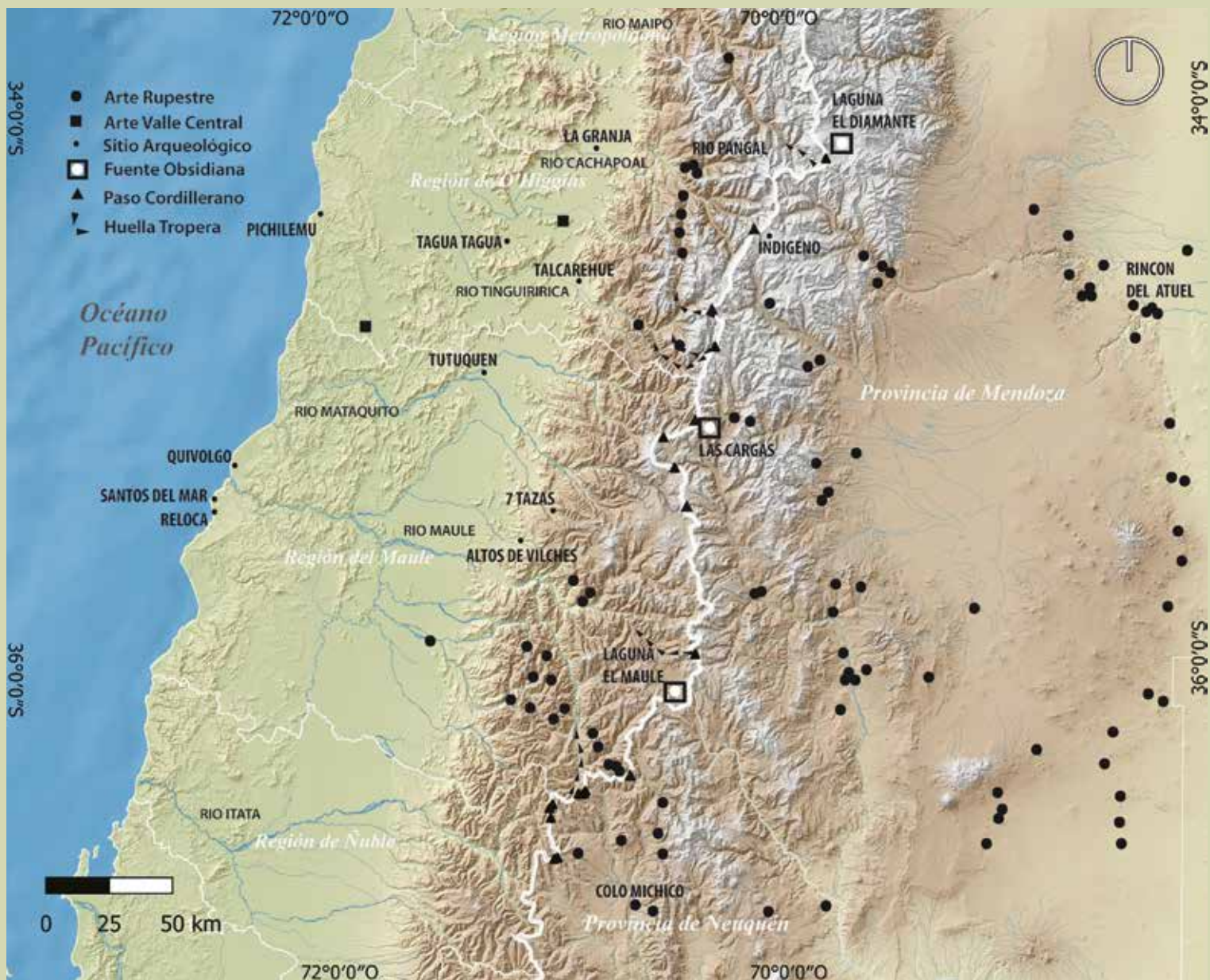
dilleranos argentinos y la relación del arte con la provincia de Mendoza y el norte de Neuquén, parece fundado atribuir los principales movimientos hacia nuestro país, del modo en que es descrito por la documentación histórica. Desde un punto de vista antropológico, parece del mismo modo razonable atribuirle a la cordillera una cualidad fronteriza, porosa en sus intercambios e intercultural en sus manifestaciones de identidad.





PREHISTORIA Y ARTE RUPESTRE
DE CHILE CENTRAL SUR





Hacia 1540, una década más tarde del inicio del colonialismo europeo en los Andes Centrales, el cronista que acompañaba al conquistador Pedro de Valdivia describió a la población que habitaba la cordillera al sur del río Maipo como Puelches, gentes de la cordillera:

...y son pocos, habra en una parcialidad quince y veinte y treinta indios. Esta gente no siembra; sustentase de caza que hay en aquellos valles. Hay muchos guanacos y leones y tigres y zorros y venados pequeños y unos gatos monteses y aves de muchas maneras. De toda esta caza y montería se mantienen, que la matan con sus armas, que son arco y flechas.

El cronista Gerónimo de Bibar fue muy preciso al distinguir a estos cazadores recolectores de aquellos agricultores que habitaban en el valle contiguo, a quienes nombró como Promaucaes, siguiendo la tradición inca para designar a la gente rebelde y no “civilizada”:

Esta provincia de los pormocoes, que comienza de siete leguas de la ciudad de Santiago, que es un angostura... aquí llegaron los Incas cuando vinieron a conquistar esta tierra y de aquí en adelante no pasaron... de aquí hasta el

rio Maule, que son veinte y tres leguas, es la provincia de los pormocoes. Es tierra de muy lindos valles y fértil. Los indios son de la lengua y traje de los de Mapocho. Adoran al sol y a las nieves porque les da agua para regar sus sementeras... antes se llamaban picones, porque estaban en la bando sur y el viento sur se llaman pico.

De acuerdo con los dichos de Bibar, los Promaucaes o Picunches del valle mantenían estrechos lazos sociales con los Puelches que, debido a que no es un etnónimo, probablemente señala el lugar de procedencia de estas personas, quienes pudieron pertenecer a distintos grupos étnicos. La arqueología cordillerana muestra que estas agrupaciones eran móviles, un estilo de vida que contribuye ampliamente a la interculturalidad. Pues como los especialistas han precisado, el arte rupestre de las provincias de Mendoza y Neuquén muestra una identidad que integra relaciones culturales de larga distancia. Flujos de información social y cultural establecidos por personas que animaron este escenario intercultural con aquellos que habitaban Chile Central desde épocas anteriores: los europeos e incas. Una cronología de interacción social, que los actuales registros arqueológicos sugieren, pueden ser tan antiguas como los inicios del periodo Holoceno Temprano o posglacial, unos 8 a 9 mil años antes del presente.

De los estilos de vida al oriente y poniente del macizo andino y sus estribaciones precordilleranas, han quedado numerosos registros materiales de sus habitaciones y de las prácticas de circulación de bienes y obras.

FIGURA 35. Mapa de Chile Central Sur. Sitios y lugares mencionados en el texto. Mapa base, gentileza de Gustavo Lucero.



La coherencia distribucional del arte rupestre de pintura y grabados, y la variedad de sus diseños lineales simétricos y asimétricos, de sus formas que hacen referencia a pisadas de animales, manos y pies humanos desde el río Maipo y cuenca del río Maule, muestra una singular identidad cultural en la cordillera andina. Conocimientos visuales propios, cuya circulación longitudinal (norte y sur) comprometía simultáneamente una itinerancia latitudinal (oriente y poniente) de valiosas rocas vítreas volcánicas (obsidiana) y otros bienes de prestigio. Flujos de personas, ideas y bienes que pertenecían a esa trama suprarregional que enredaba grupos de diversa tradición cultural.

La arqueología de los valles de Chile Central Sur muestra un proceso de poblamiento y residencia coherente con este episodio final de la historia indígena, en especial luego del retroceso de la época del hielo glacial, que cubría la Cordillera de los Andes. En esta época posterior dominada por clima árido, los cazadores recolectores de la región fueron resilientes ante los adversos cambios climáticos y ambientales, creando nuevas tecnologías de caza y de recolección de vegetales, con nuevas formas de organización social que estrechaban los familiares con descendencia común, consecuentes con la reducción de movimientos residenciales en asociación a ecologías favorables para el asentamiento humano. Cada nuevo escenario vegetacional y animal posglacial fue ocupado de manera integral, en particular aquellos junto a cursos o fuentes de agua dulce en los valles centrales y costa del Pacífico. Estrategias de ocupación del espacio

socionatural, que fue consolidada con la adopción de la agricultura del maíz y la quínoa en los valles, hacia los primeros siglos antes de nuestra era. Formas agrícolas que, junto con asociaciones de pesca y recolección mariana, maduraron en su identidad local hasta la época de resistencia al inca y al español, que es la prueba que simultáneamente combinaba socialmente lo local y lo regional.

Este largo proceso de localización de asentamientos cabeceras relativamente sedentarios, estimuló los intercambios sociales de todo tipo, favoreciendo los movimientos andinos que enlazaban regiones y son coherentes con la ethnohistoria de aquellos cazadores recolectores andinos, que los europeos siglos más tarde llamaban indistintamente Puelches, Chiquillanes o Pehuenches. Pues como Jerónimo de Bibar indicó en el siglo XVI:

Estos bajan a los llanos a contratar con la gente de ellos en cierto tiempo del año porque señalado este tiempo, que es por febrero hasta en fin de marzo que están derretidas las nieves y pueden salir, que es al fin del verano en esta tierra, porque por abril entra el invierno y por eso se vuelven en fin de marzo, rescatan [intercambian] con esta gente de los llanos. Cada parcialidad sale al valle que cae donde tiene sus conocidos y amigos y huélganse este tiempo con ellos y traen de aquellas mantas que llaman llunques; y también traen plumas de avestruces, y de que se vuelven llevan maíz y comida de los platos que tienen.

La cordillera de Chile Central Sur era simultáneamente un área de tránsito, una oportunidad ecológica, una

fuentes de minerales y una zona fronteriza. Un punto de inflexión de tradiciones y prácticas, que la antropología ha definido como un espacio de interculturalidad. Un entramado social donde los actores se establecen en una permeabilidad necesaria para colaborar con el diálogo y la reciprocidad. Los emblemas identitarios se ablandan, se negocian, construyéndose un modo o estilo gobernado por la mixtura, la indeterminación y la novedad. Y la mejor evidencia es el arte rupestre cordillerano, pues este es numeroso en los ríos Maipo, Cachapoal, Tinguiririca y Maule (Figura 35). Sitios rupestres cuyas imágenes y procedimientos de diseño gráfico comparten estrechos lazos de familiaridad.

Lugares que no fueron construidos de una sola vez, sino en un largo periodo de tiempo. Sus productores construyeron memoria social, cuyas múltiples funciones y significaciones necesariamente comienzan a tener sentido cuando conocemos el contexto prehispánico regional. Y este es precisamente el propósito de este capítulo, pues ofrece ese marco inicial que permite formular preguntas con sentido histórico, cultural y social. Una perspectiva antropológica que hace de los intercambios sociales entre las personas y entre estas con la naturaleza, una red de compromisos y obligaciones mutuos que pertenecen al campo de la reciprocidad, sea esta positiva (establecida con consentimiento) o negativa (establecida sin consentimiento). Parafraseando a Eric Wolf, una eminencia de la disciplina, los colectivos humanos modelan sus culturas evitando el aislamiento mediante interacciones de corta y larga distancia.

LOS INDÍGENAS DE CHILE CENTRAL SUR DURANTE LA INVASIÓN ESPAÑOLA

Al momento de la irrupción española, los agricultores del valle al sur del río Cachapoal tenían una compacta organización social fundada en linajes familiares extendidos, que se asentaban en caseríos junto a los cursos de agua dulce. El maíz y la quínoa crecían en sus campos regados por una red de canales de riego, y al margen de estos se levantaban sus residencias. La trama de las acequias y sus fuentes era relacional, porque los caseríos y familias que los compartían requerían de una solidaridad social necesaria para su mantenimiento. La vida social era correlativa a la vida agrícola a escala doméstica, pues estos eran prisioneros del ciclo de preparación del suelo, la habilitación de canales, el sembrado, el riego, la cosecha, el secado, el bodegaje, la distribución del grano y el consumo diario familiar y festivo comunal.

Este vínculo social que enredaba personas y prácticas con la tierra y el agua era sólido, debido a que además era legitimado jurídicamente mediante la propiedad y la herencia, proporcionando un nexo de ancestralidad o lazo patrimonial que difícilmente podía ser cuestionado. Este sedentarismo es una variable que incidía correlativamente con la reciprocidad y los intercambios relativos al trabajo y bienes. Un ambiente privilegiado para la acción de agentes de larga distancia, que permitían dar vida a la circulación de conocimientos, materialidades y personas a una escala superior a la localidad.



Los dichos del cronista Gerónimo de Bibar en 1558, respecto de esa población que bajaba desde la cordillera son de entera coherencia con las necesidades de una organización social sedentaria, cuyo funcionamiento requería de mecanismos múltiples de intercambios interculturales. Los Puelches (o simplemente la gente que viene del Este) residían la cordillera en épocas estivales y bajaban al valle para estrechar relaciones de amistad mediante la circulación de conocimientos y bienes. De acuerdo con el cronista, cada grupo cordillerano salía al valle donde tenía conocidos y amigos, trayendo mantas de lana que llamaban *llunques*, plumas de ñandú, que intercambiaban por maíz y otros productos agrícolas. De su procedencia al este del macizo andino, están sus toldos de cuero de guanaco, las plumas de aves de las pampas argentinas y también la fina talabartería de sus manufacturas de cuero.

La vestimenta de estos Puelches era una gran capa de cuero curtido, hecha por partes unidas con destreza. Y traían en sus cabezas turbantes de lana de gran tamaño, cubiertos por una red de cordel de cáñamo. En ellos clavaban flechas, que los volvía mucho más prominentes. Distintivo visual que seguramente tenía una función emblemática o identitaria.

Montañas, volcanes y desfiladeros de los Andes no eran obstáculos, sino una residencia que contribuía a la distintividad de aquellos, que los españoles en siglos siguientes también describieron como Puelches, Chiquillanes y Pehuenches (Figura 36).

Esta difícil y confusa denominación étnica, solo parece un ejercicio de clasificar al otro como necesariamente organizado en una “nación”. Un prejuicio europeo que se extiende hasta hoy. Quizá lo mejor sea preocuparnos de ese estilo de vida cordillerano y su identidad gobernada por las prestaciones o intercambios sociales.

De esta población de cazadores recolectores andinos, que se volvieron ecuestres en el siglo XVI, se han anotado los intercambios realizados hacia la región del Maule. En el “Expediente levantado a raíz de una invasión de indios a algunas estancias australes de la jurisdicción de Mendoza” de 1658, transcrito por el presbítero Pablo Cabrera a comienzos del siglo XX, se indica que estos cruzaban la cordillera para trocar sus plumeros, pellones y plumas coloradas, por caballos y otros menesteres.

Un siglo más tarde, el Capitán General de Chile desde 1755, Manuel Amat y Juniet, dejó detallado testimonio de estos movimientos. En su *Derrotero* (1780) anotó que por los pasos del Tinguiririca, Teno, Maule, Huayco y Lontué, los Chiquillanes pasaban a Chile en sus cabalgaduras, levantando sus tolderías, para bajar al valle y comerciar. Intercambios que según los documentos

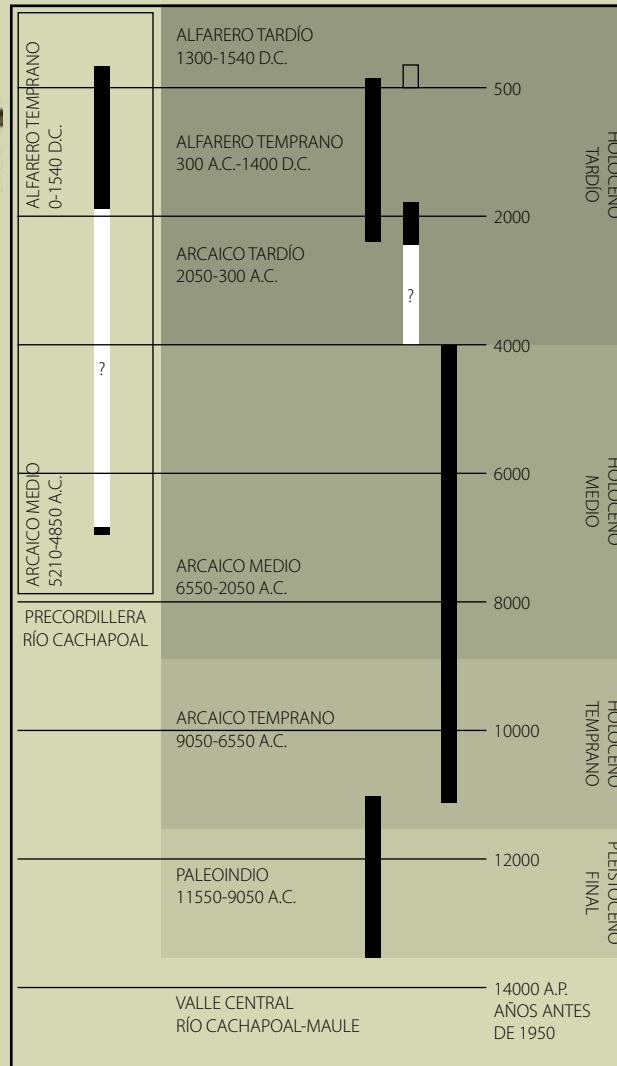
FIGURA 36. Mapa de Chile, 1776. Abate Juan Ignacio Molina, *Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile*.



ALFARERO TEMPRANO



PALEOINDIO



ALFARERO TARDÍO



ARCAICO TARDÍO



ARCAICO MEDIO



ARCAICO TEMPRANO

FIGURA 37. Secuencia Histórico Cultural Chile Central Sur. Imágenes de cerámicas, gentileza Itací Correa y SURDOC. Arcaico Tardío, Radal 7 Tazas, Arcaico Temprano y Medio, Cuchipuy, Puntas Paleoindio, Tagua Tagua.

históricos eran efectuados en Talcahue (río Tinguiririca), al este de la ciudad de San Fernando. Entre diciembre y enero se montaba una feria donde los indígenas transcordilleranos disponían de su cestería, pieles y cueros curtidos de guanaco y avestruz, plumas y plumero de esta ave, sal, charqui de guanaco, raíces y plantas medicinales de la cordillera y piedras bezoares (concreciones intestinales de guanacos).

Los documentos localizan a este grupo en las estribaciones orientales del macizo cordillerano, pero más allá de esta indicación algo vaga, lo importante reside en que se trata de partidas diferentes en cada latitud, y que su estilo de vida de ocupación montañosa estaba vigente a la llegada del europeo y continuó hasta el siglo XIX. Sus arrierías cordilleranas y tratos con gentes de los valles de Chile Central Sur, les transformaban en agentes que extendían un imaginario material (anidados en sus biografías y propiedades fisicoquímicas), que atesoraba ecologías de sierras, bolsones, llanuras y mesetas orientales. Eran una fuente de relaciones que, mediante intercambios sociales, daban vida a un mundo prehispánico cuyos parajes en lo real e imaginario eran extensos, diversos y familiares.

PREHISTORIA DE CHILE CENTRAL SUR: VALLES, CORDILLERA Y MAR

Chile Central Sur se extiende aproximadamente entre el río Cachapoal y el río Maipo, y los pocos programas de

investigación arqueológica se han concentrado en la ex laguna de Tagua Tagua, el río Maule y el río Cachapoal. Mientras que en la costa, cordillera u otros sectores del valle se han trabajado localidades y sitios en particular. Por estas investigaciones, no siempre con continuidad en el tiempo, sabemos que la ribera de ríos y lagunas, la cordillera andina y sus estribaciones, y también la costa del Pacífico, cobijaron a las poblaciones prehispánicas desde finales de la época geológica glacial anterior a la nuestra (Pleistoceno Final), hasta aquella más reciente en la que vivimos (Holoceno) (Figura 37).

Los valles

La zona de laguna de Tagua Tagua, desecada para la agricultura en 1833, ha dado importantes registros de los primeros habitantes al término de la época glacial o periodo Paleoindio (13,5 a 11 mil años atrás). En su entorno crecían robustos bosques de roble y lleuque, y entre los animales que bebían en sus aguas se encontraban mastodontes, caballos americanos y ciervos del género *antifer* hoy extintos, y no es improbable que al acecho haya habido felinos esperando una oportunidad, al igual que los seres humanos.

A pocos metros de la orilla, en el actual desagadero artificial de la ex laguna, se han descubierto sitios de tarea que muestran los restos de las actividades posteriores a la caza, donde abundan instrumentales de piedra, hueso, y restos de animales. Entre los primeros hallazgos destaca una punta de cristal de roca, cuya base tiene



la forma que recuerda una “cola de pescado”, y que es propia de este periodo desde Ecuador hasta Magallanes. El material utilizado es probablemente de un lugar no muy lejano, pues en la región se conocen puntas de periodos posteriores hechas en una roca similar. Lo mismo se puede decir de una pieza de obsidiana con borde preparado para cortar. Otros objetos líticos usados para seccionar carne, desarticular o preparar cueros, provienen de las inmediaciones. Del uso de estos instrumentos han quedado marcas en huesos de mastodonte y caballo americano, pero es probable que además hayan cazado un gran ciervo también desaparecido, del que se han obtenido sus cornamentas. Otros animales, parientes antiguos de la fauna moderna, fueron seguramente incorporados en su dieta. En especial la rana grande chilena, peces de agua dulce, patos silvestres y otras aves. Las plantas también fueron apetecidas por estos primeros pobladores, quienes utilizaron el junco para cestería y seguramente comieron sus raíces. Semillas de frutos de cactus sugiere que fueron igualmente comidos, pero muchas plantas en los alrededores debieron ser consumidas con fines alimentarios y medicinales.

Este ambiente lagunar fue beneficioso para la vida plena, pues enredaba seres vivos desde los microorganismos hasta plantas y animales superiores, que incluían a los seres humanos en la cumbre de la pirámide trófica. La abundancia concentrada en esta breve superficie geográfica, que sufría escasas variaciones estacionales, favoreció un asentamiento persistente que fue la base de la historia posterior de cazadores

recolectores. Más aún, sus ricos suelos permitieron la continuidad habitacional agrícola que floreció unos pocos siglos antes de nuestra era y que continúa dando riqueza hasta hoy.

Esta riqueza ambiental albergó la habitación humana, incluso luego que tras las últimas glaciaciones pleistocénicas u Holoceno Temprano (11,5 a 9 mil años atrás), un amenazante clima árido y cálido diera un giro ambiental al escenario biótico continental, que solo mejoró a un clima más húmedo unos 6 mil años antes del presente. La información arqueológica indica que desde el periodo Holoceno Temprano se inicia un proceso de explosión demográfica de cazadores recolectores pocas veces visto en el registro prehispánico. Aumento vegetativo que está testimoniado por numerosos y grandes asentamientos en la laguna y el resto de los valles de Chile Central Sur, desde antes de los 8 mil años del presente.

Estos lugares fueron habitados periódicamente, transformándose en elevaciones o montículos bajos con diámetros de varias decenas de metros, sitios donde también enterraban a sus muertos. Prácticas funerarias que creaban una relación estrecha entre vivos y muertos, inaugurando un panteón material para sus antepasados o ancestros que seguramente legitimaban la genealogía de grupos familiares extendidos. Este patrón de asentamiento de carácter semejante al sedentarismo, o temprana reducción de movilidad residencial, fue característico de la región.

Hasta ahora, junto a la laguna de Tagua Tagua, el montículo de Cuchipuy es el sitio mejor conocido. Este tiene varias ocupaciones habitacionales y funerarias de cazadores recolectores arcaicos, que varios miles de años más tarde fueron también usados por aquellos que adoptaron la primera agricultura. El piso más antiguo corresponde al periodo Arcaico Temprano, de hace unos 8 mil años, demuestra que las personas vivieron de la flora y fauna moderna, que perduró hasta su abandono. Coipos, ranas, aves y guanacos son comunes entre las basuras residenciales. Entre la ofrenda de sus sepulturas, hay grandes puntas de proyectil pedunculadas hechas en materias primas locales, un gancho de propulsor o estólita asociado a la caza a larga distancia. Entre otros artefactos recuperados se suman cuchillos y raspadores y adornos de piedra, así como punzones de hueso de distintos tamaños. Del mismo material se confeccionaron retocadores usados para la producción de instrumental lítico.

Del periodo siguiente o Arcaico Medio, hay también tumbas, aunque ahora los cuerpos aparecen cubiertos con piedras. Estos cambios se extienden ahora al diseño de las puntas de proyectil, pues las hay triangulares de base escotada o pedunculada y foliáceas de base recta, asociadas a ganchos de propulsor, cuchillos, raederas, raspadores, cepillos, perforadores, piedras horadadas, morteros y manos de moler. Las materias primas líticas incluyen arenisca, cuarzo, ópalo, sílex, obsidiana y granodiorita. Entre la fauna recurrente en el registro, hay restos de ranas, roedores, coipos, aves, peces

y moluscos de agua dulce. Se diría que este episodio se caracteriza por una especialización ambiental, que consolida un modo de vida ajustado a los requerimientos de un emplazamiento distintivo, una pieza clave en la historia de la reducción de movilidad residencial en la región. Del periodo arcaico tardío siguiente en la laguna, mucho menos documentado, existen materiales en Santa Inés (3720 años antes del presente) e Idahue, donde se han encontrado sepulturas muy disturbadas, con puntas triangulares, manos de moler y piedras horadadas.

En esta época arcaica, de características posglaciales, se liberaron las altas cumbres, permitiendo un abastecimiento regular de obsidianas desde la cordillera argentina y chilena, y no puede desestimarse que la circulación de esta valiosa materia prima fuera el producto del intercambio con poblaciones cordilleranas al oriente de los valles centrales.

La larga ocupación humana en estos lugares creó un rasgo geográfico eminente por su elevación y restos materiales, que fue puesta al servicio de los intereses sociales y culturales de poblaciones alfareras tempranas posteriores, de la que es frecuente hallar sepulturas con ajueres cerámicos. Este periodo Alfarero Temprano, dominado por el clima mediterráneo actual, comenzó unos 2 mil o más años antes del presente. En este momento la región aparece extensivamente ocupada por estas comunidades, quienes a las prácticas ancestrales de caza y recolección incorporaron la agricultura, cuyas labores de



mantenimiento, sembrío, cosecha y riego, son interpretadas como unidades domésticas sedentarias.

Las inspecciones y registros arqueológicos para la región exhiben concentraciones de unidades de ocupación siempre en asociación a cursos de agua. Sitios de habitación que suelen estar a distancias de unos pocos kilómetros entre sí, dando origen a entornos corresidenciales, distintos a otros conjuntos habitacionales más lejanos. Debido a la extensa fragmentación de los grupos familiares, las necesidades de vínculos de escala territorial mayor alentó la existencia de lugares de reunión social extensa. Las oportunidades para estos agasajos eran muchas y permitían enlazar a los grupos mediante la comida, la ingestión de bebidas alcohólicas y sustancias estimulantes, como el consumo de tabacos locales. De estas festividades conocemos el extenso establecimiento de “la Granja”, en la ribera norte del río Cachapoal, donde había numerosos restos de alimentación como maíz, porotos, calabaza, quínoa y cereales silvestres. Muchas son las cerámicas usadas como vajilla y son muy populares las pipas quebradas. La importancia del emplazamiento festivo es tanta, que los fechados comienzan en los primeros siglos de nuestra era y se extienden hasta el siglo XIII.

Este modelo de integración comunitaria fue al parecer característico de la región, pues entre las adherencias del interior de las cerámicas del cementerio Tutuquén, las especialistas identificaron la presencia de chicha de maíz y miyaye (o miyaya), que es un potente alucinó-

geno, utilizado por los mapuches para enderezar o predecir la conducta de los niños en el futuro. Conjunto de embriagantes que pudieron también acompañar las festividades familiares asociadas a las ceremonias fúnebres.

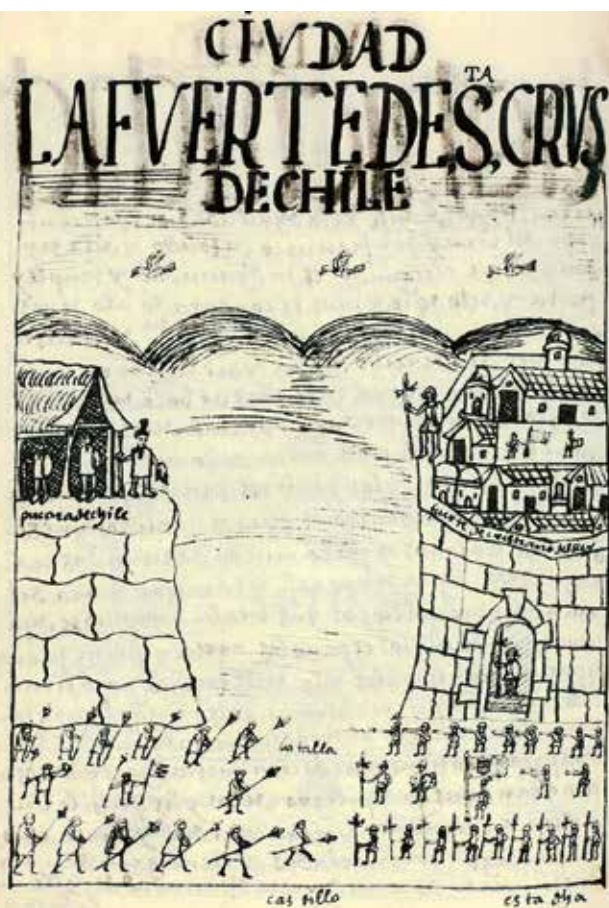
La eficacia comunitaria de este modo de vida Alfarero Temprano, que unía lo local con lo regional, permitió la conservación de una tradición cerámica que guarda su propia identidad respecto de sus vecinos al norte del Cachapoal (tradiciones Llolleo y Bato) o al sur del río Maule (Pitrén). Que incluso perduró durante el breve periodo preincaico posterior, cuando regiones vecinas habían transformado sus estilos de vida creando nuevas y pronunciadas identidades, como aquellas que conocemos arqueológicamente como Diaguita o Aconcagua por el norte y El Vergel por el sur. Poco antes de los Incas, Chile Central Sur reajusta su patrón cerámico, ahora cubiertas con engobes blancos decoradas con pintura roja (bícromas), junto con otras blancas pintadas con colores negro y rojo (trícromas), y un repertorio de alfarería decoradas, cuyas formas recuerdan a aquellas de sus vecinos al norte de la llamada “cultura Aconcagua”, pero con decoraciones inusuales en forma y distribución (Hacienda Cauquenes).

FIGURA 38. Las imágenes hechas por Guamán Poma de Ayala, de las épicas batallas del Inca y el europeo con los rebeldes indígenas de Chile.

El panorama social de este periodo no parece diferente al de aquellos que fueron sus ancestros, pero la disminución de sitios casi a la mitad en el área del Cachapoal alude a una fórmula social nueva, donde las unidades domésticas aparecen en un nivel de integración social más estrecho. Con seguridad, un modo de vida agrícola

sedentario, como el descrito por los primeros colonos europeos. Esta información histórica permite sostener que la población nativa vivía en caseríos que no formaban pueblos. Y que estos se organizaban en familias o

(Continúa en página 76)



TUTUQUÉN, 9 MIL AÑOS DE OCUPACIÓN HUMANA

Por Itací Correa

Tutuquén se encuentra en las cercanías de la ciudad de Curicó, sobre una elevación del terreno o montículo en la confluencia del río Teno hacia el norte y el río Lontué hacia el sur. Destaca por el registro de al menos 42 entierros fúnebres, cuyas dataciones permitieron establecer una extensa profundidad cronológica con un rango de años entre el 8.880 a. C. y el 1.160 d. C. Los estudios bioantropológicos distinguieron tres poblaciones humanas o tres colectivos sociales diferentes haciendo uso del cementerio en distintos momentos de su historia. Las diferencias entre estos tres grupos humanos se observan a partir de la morfología de los esqueletos y a su estado de conservación, la estratigrafía del sitio, las dataciones de radiocarbono y las ofrendas fúnebres.

Las dos primeras ocupaciones se adscriben al periodo Arcaico. La más antigua comprende fechas que se sitúan aproximadamente entre los años 8.800 y 8.600 a. C., es decir, fechas de más de 10 mil años de antigüedad. El segundo conjunto de individuos fue datado con fechas que oscilan entre los 5.300 y 4.700 a. C. El tercer y último momento corresponde a fechas entre el 880 y 1.160 d. C., asociado al periodo Alfarero Temprano, donde los individuos presentan ofrendas cerámicas.

La primera ocupación está representada por los contextos fúnebres de tres mujeres y un infante. En asociación a los cuerpos, se registraron escasos elementos. Entre estos podemos mencionar desechos de talla, sobadores de cuero

y artefactos de molienda, que en algunos casos presentan restos de pigmento rojo. La segunda ocupación arcaica se define a partir de 18 individuos de diferente sexo y edad. Junto a los cuerpos se registraron algunas herramientas líticas a modo de ofrendas. Entre ellas se cuentan perforadores y raspadores (algunos de ellos elaborados en obsidiana), además de raederas, lascas de filo vivo, una piedra horada, instrumentos de molienda y sobadores. Estos últimos en su mayoría presentan restos de pigmento rojo. Otras ofrendas consisten en puntas de proyectil, destacando una punta de cuarzo de borde denticulado, similar a las descritas para el Patrón Arcaico Loanco. Llama la atención el entierro de una mujer de aproximadamente 19 años de edad, junto a ella se registraron tres manos de moler, un sobador lítico y un punzón elaborado sobre hueso largo animal. También resalta la existencia de elementos de ornamento corporal confeccionados sobre concha, como una cuenta de collar depositada junto a un lactante y un pendiente de estructura laminar rectangular asociado a un individuo masculino. Sobre la sepultura de algunos individuos se pudo observar la presencia de emplastillados elaborados con cantos rodados, registrándose termofracturas en alguna de estas piedras, lo que sugiere que el emplastillado pudo haber estado relacionado a eventos de quema. Como sucede con un individuo masculino adulto joven, donde se observan restos carbonosos asociados a conjuntos de guijarros, restos de huesos de animales y de conchas.

Los 19 individuos del periodo Alfarero Temprano fueron enterrados recostados y flectados. En algunos casos se registraron acumulaciones de cantos rodados. Dos mujeres, dos lactantes y un niño presentan vasijas cerámicas, cuyas formas y decoraciones no tienen referentes en la región del

Maule, sino más bien en tradiciones cerámicas del periodo Alfarero Temprano de Chile Central Sur, más específicamente en relación con el Complejo Cultural Llolleo. Junto con ello, la configuración decorativa de dos de los jarros asimétricos con motivos circulares y la combinación de estos con franjas, rememoran estilos decorativos del centro sur de Chile, como sucede con la tradición alfarera Pitrén, contemporánea a Llolleo. Análisis de residuos adheridos al interior de las vasijas permitieron identificar maíz (*Zea mays*) y *miyaye* (*Datura stramonium*). Algunos granos de almidón de maíz muestran indicios de haber sido molidos y luego fermentados, pudiendo tratarse de *muday*. Otras ofrendas consisten en cuchillos, machacadores, tajadores, yunques, manos de moler y sobadores elaborados todos en piedra. Los últimos presentan, en varios casos, restos de pigmento rojo adherido. También se encontraron herramientas confeccionadas en hueso, tales como punzones. Los ornamentos fueron destinados únicamente a dos niños, ambos de cerca de tres y dos años y medio de edad, los que presentaban cuentas de collar confeccionadas en concha. Tutuquén es un sitio arqueológico excepcional, debido a la presencia de tres colectivos sociales enterrándose en tres momentos diferentes. Montículos con este uso fúnebre se han encontrado en las orillas de la exlaguna de Tagua Tagua, donde hay por lo menos 5 elevaciones que fueron utilizadas como habitación y cementerio. También los hay en el río Tinguiririca, donde varios individuos fueron sepultados en diferentes épocas, desde el Arcaico Temprano hasta el Alfarero Temprano.

FIGURA 39. Ollas y Jarros usados como ofrendas en Tutuquén, gentileza de Itací Correa.



linajes de descendencia paterna, relacionados por parentesco con los asentamientos vecinos. Lazos que eran estrechados mediante matrimonios con mujeres de otros linajes familiares. Estas relaciones parentales favorecían la reciprocidad intercomunal, que era el pilar de la mantención de un sistema de canales de riego agrícola común a todos ellos, la base de la reproducción social.

Siguiendo este principio social de asentamiento, las habitaciones se disponían junto a las acequias y terrenos cultivables, cuyos límites eran conocidos por todos los linajes participantes, tierras cultivadas que eran heredadas por vía parental masculina. Esta propiedad era familiar y no individual, y cada una tenía un representante o autoridad. Ellos ejercían su liderazgo aludiendo a la herencia ancestral de padres y abuelos. Esta dirigencia incidía en la entrega de pedazos de tierra familiar y en la demarcación de sus límites, como también en los tratos con otras unidades familiares.

La red de canales de riego operaba como armazón de la estructura social, era simétrica a la organización de linajes a escala de la región. Con seguridad los límites de la propiedad de cada unidad de descendencia no afectaban el acceso a otros recursos no agrícolas, pues estos habrían sido de propiedad social.

Esta segmentación social y firmes lazos entre linajes locales pudo ser la fuente de la construcción de numerosos emplazamientos defensivos a lo largo del valle central. Sencillas fortalezas, cuyos vestigios aún se

conservan en el cerro La Compañía y en Tagua Tagua, y otros, de los que solo hay referencias históricas para Santa Cruz y el río Maule. Una modalidad de severa cohesión y cooperación social, cuyas operaciones guerreras estaban vigentes desde antes de la llegada del Inca, y que dieron batallas significativas al colono europeo. Combates cuya épica alcanzaron tanta fama, que incluso fueron incluidos por el cronista indígena Guamán Poma de Ayala, quien ilustró el combate entre los “promaucaes” y los españoles en la localidad de Santa Cruz (Figura 38). Esta enconada rebeldía les valió el nombre de *purumauca*, o el salvaje no conquistado.

Por esto, resulta difícil pensar que las poblaciones del valle fueron incorporadas al Estado y las políticas administrativas cuzqueñas. Quienes, según Garcilaso de la Vega (1609), habrían depuesto su propósito invasor a causa de las amenazas de resistencia implacable pregonadas por los habitantes de Chile Central Sur. Más que una conquista, lo apropiado es hablar de una negociación tensa, pues debido a las reglas recíprocitarias de la época, la región pudo operar como una frontera más que como una provincia cuzqueña.

La costa

El conocimiento de las ocupaciones humanas en la costa es escaso, pero significativo. Conocemos referencias de cazadores recolectores marinos del periodo Arcaico, en Cahuil al sur de Pichilemu, pero estudios de sitios han sido realizados en Quivolgo, en la desembocadura del

Maule. En una de sus cuevas se realizó una excavación, donde a los tres metros se pudo observar un fogón, que fue datado hace alrededor de 4 mil años. Desde su interior se recuperó un trozo de obsidiana con filos avivados como cuchillo, huesos de peces y cáscaras carbonizadas de palma chilena. Datos fidedignos que sugieren intercambios con la cordillera, especialización marítima y un entorno vegetacional diferente al actual. Por ahora, no es mucho lo que se puede decir al respecto, pero acerca de estas prácticas sociales hay importantes registros al sur del Maule.

En una ribera del río Reloca, a unos pocos cientos de metros de su desembocadura, se excavó un conchal que fue datado en 5 mil a 5,5 mil años antes del presente. El sitio muestra una adaptación marítima con soluciones tecnológicas apropiadas para ese medio y que, debido a su especialización, es seguro que tiene sus orígenes en épocas más antiguas. El arsenal de artefactos de piedra, hechos en cantos rodados de basalto y andesita, muestra un uso privilegiado de rocas del lugar, lo que es una indicación de que materias primas de origen lejano pudieron ser obtenidas por intercambio. Hay entre los hallazgos numerosos moluscos y equinodermos de hábitat rocoso (como loco, caracol negro, chitón, lapa, picoroco, señorita) y también de hábitat arenosos, (como macha, taquilla, chorito maico, chorito, choro zapato). Estos son por lo general obtenidos directamente desde las rocas o la arena, pero hay otros que suelen ser recuperados mediante buceo. La presencia de señoritas permite pen-

sar que también se consumían algas como el cochayuyo, pues estos pequeños moluscos son parásitos que habitan sus largas ramas. También se encontraron aquí restos de peces que viven en las aguas bajas en los roqueríos (pejegallo, peje sapo y rollizo) y también peces de aguas profundas (como jurel, merluza, liza, tomollo y corvina). Estos últimos son indicativos del uso de embarcaciones, lo que no es gratuito, pues una lámina del *Atlas de la Historia Física y Política de Chile* de Claudio Gay, impreso 1854, muestra pescadores de Constitución utilizando redes y un wampo (canoa de madera mapuche).

Poco más al norte, en las costas de Pichilemu, a principios del siglo XX se encontró una estrecha cueva con dos sepulturas. En su interior había también un conchal desde donde se extrajeron puntas de proyectil del tipo descrito para la época Arcaico Medio. Un evento arcaico, que confirma la temprana adaptación al océano Pacífico, que probablemente incluía embarcaciones. Tal vez, las mismas que hasta los años 30 aún se usaban en Cahuil, donde los pescadores conservaban conocimientos para construir balsas de cuero de lobo y totora, que permitían la pesca más allá de la orilla, utilizando redes para capturas de gran envergadura. Productos que en el pasado pudieron eventualmente ser secados natural o artificialmente, como valioso aporte a una economía social de estabilidad y complejidad emergente.

(Continúa en página 80)



EMBARCACIONES COSTERAS DE CHILE CENTRAL SUR

Por Daniel Quiroz

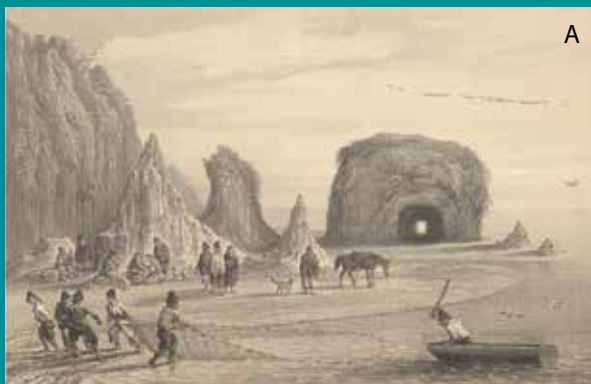
En el archipiélago que habitamos (y que llamamos Tierra), la navegación es un asunto importante, ahora y probablemente desde siempre. Para hacerlo se necesitan embarcaciones, las que se pueden clasificar en barcos y balsas. Según la Real Academia de la Lengua, los barcos son “construcciones cóncavas de madera, hierro u otro material, capaces de flotar en el agua y que sirven de medio de transporte”; y las balsas son “construcciones planas formadas por un conjunto de maderos que, unidos, constituyen una superficie flotante”; por extensión, también se usa para designar “toda plataforma flotante hecha con cualquier clase de materiales, como metales, maderas, goma o plástico, que sirve para desplazarse sobre el agua y transportar una carga”.

Entre los ríos Maipo y Bío-Bío se usaron, en el transcurso del tiempo, diversas embarcaciones para múltiples propósitos. Diego de Rosales distingue en el siglo XVII la presencia de canoas y balsas en estas costas. Las canoas son de un tronco ahuecado y las balsas de paja, de magüey (o puya), de troncos o de cueros de lobos marinos.

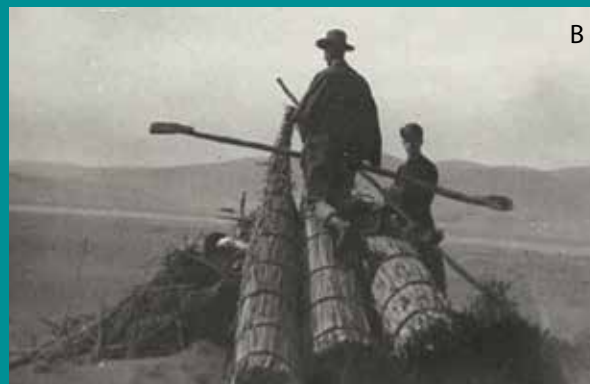
La permanencia de estas embarcaciones se puede rastrear en las Memorias del Ministerio de Marina publicadas entre 1860 y 1870. En los informes anuales de la Gobernación Marítima de Maule y Colchagua se menciona la presencia en sus costas de varios tipos de embarcaciones, lanchas, botes, chalupas, canoas y balsas. En el año 1860 hay reparados en el litoral de Curanipe 34 pescadores que “pescan

de noche en balsas de puyas” (MM, 1861: 56); en 1862 se identifican cerca de 40 pescadores del puerto de Curanipe, que “para hacer la pesca se sirven de balsas de pullas”, además, en el puerto de Llico “hay 30 botes y canoas pescadoras” que las ocupan “23 pescadores que ejercen su industria sobre la costa hasta el Mataquito” (MM 1863: 114). En 1863, además de los 40 pescadores de Curanipe que “pescan en balsas de pua”, hay otros 54 en Buchupureo “que pescan en balsas de pua”, pero además tienen “una chalupa y una balsa de lobos” (MM 1864: 136-137). En 1864 en Curanipe hay 50 pescadores “que usan para la pesca las balsas de puya” (MM 1865: 154). En 1867 hay en el litoral de Curanipe 40 pescadores “que hacen uso de sus redes i balsas de totora o puyas” (MM 1868: 93) y en Llico ochenta canoas de pescadores, “en las cuales hay ciento ochenta i seis hombres ocupados en esta industria” (MM, 1868: 57). En 1868 se cuentan cien hombres que para su pesca hacen uso de sus redes i balsas de totora i puya” (MM 1869: 110). En 1869 hay unos cincuenta pescadores en el litoral de Curanipe, los que “no tienen más embarcación que balsas de puyas de cardón” (MM 1870: 149-150). En 1870 son ochenta los pescadores cuyas “embarcaciones son balsas de totora y de puhas de cardón” (MM 1871: 116).

Podemos asegurar entonces que, en la Gobernación Marítima de Colchagua y Maule en la década 1860-1870, había balsas de puya, púa o puha, como parte de la flota de embarcaciones que tenían los pescadores. Es significativa la identificación que se hace del uso simultáneo de balsas de puya y de totora, en la misma zona y época, incluso se indica el uso de una balsa elaborada en cuero de lobo en Buchupureo. Para Llico se señala que los pescadores usan solamente canoas de troncos.



A



B

No ocurre lo mismo en las zonas adyacentes, tanto al norte, Gobernación Marítima de Valparaíso, como al sur, Gobernación Marítima de Concepción, donde las embarcaciones usadas por los pescadores y descritas por las autoridades navales son botes, chalupas y principalmente canoas. Sin embargo, la presencia de balsas de totora ha sido informada en la zona de Pichilemu. Aureliano Oyarzún habla de ellas en 1917 y Walter Knoche las estudia con detalle en 1930. Julio Montané cuenta que en 1951 tuvo la oportunidad en Cahuil “de cruzar la laguna en una balsa de totora”. En el Museo Histórico Nacional se guarda una foto de la balsa vista por Oyarzún en compañía de Martín Gusinde y el mismo Montané señala que en la década del 60 una balsa proveniente de Cahuil se exhibía en ese museo.



C

FIGURA 40. A. Pescadores en un wampo, desembocadura del río Maule, según Claudio Gay, *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*. Tomo Primero (1854). B. Martín Gusinde, caballito de totora en Pichilemu (1917). C. Walter Knoche publicó esta fotografía de Cahuil en 1929. La embarcación medía unos 3 metros de largo, y los pescadores recordaban el uso de balsas de cuero de lobo marino.



Las poblaciones de la costa consolidaron un modo de vida marítimo e incorporaron la cerámica hacia el primer siglo de nuestra era. Una tradición temprana que, junto con algunas cerámicas decoradas, se extenderá hasta poco antes del siglo XIV. Sus niveles de complejidad social emergente, pudieron estar relacionados con la recolección de gramíneas silvestres del género *Bromus*, que los mapuches distinguían como Lanko y Teca y que también han aparecido en el sitio la Granja en el río Cachapoal. En los extensos arenales al norte de Quivolgo, las ocupaciones antiguas exhiben decenas de pequeños sitios con morteros y manos de moler, lugares donde posterior a las lluvias de invierno se crean entornos lacustres con densos pastizales de *Bromus*. Su recolección y molienda requerían de partidas organizadas, quienes podían producir harina para el pan y otras demandas culinarias, permitiendo eventualmente su almacenaje para el resto del ciclo anual. No está de más decir que los altos valores de retorno energético de la ecología marina son equivalentes o quizás superiores a aquellos relativos a ambientes lacustres.

La cordillera

La cordillera es un paisaje enteramente diferente y la información prehistórica no ofrece correspondencias tecnológicas y estilísticas como para extender equivalencias a la historia social del valle desde el poblamiento inicial al despoblamiento cultural de los siglos XVI y XVII. Particularmente, debido a que las poblaciones indíge-

nas cordilleranas que provenían del oriente continuaron su existencia hasta el siglo XIX.

Las investigaciones arqueológicas de mayor importancia territorial y cronológica son sin duda aquellas realizadas en el cajón del río Maipo, donde se observan ocupaciones en la bisagra ambiental de finales del Pleistoceno y principios del Holoceno. Poblaciones cazadoras recolectoras ocuparon los parches ambientales disponibles luego del retiro glacial. Las informaciones más sólidas sugieren que hacia el 5 mil antes del presente, grupos provenientes del oriente cordillerano (laguna El Diamante y la cuenca del río Atuel) ocuparon las cabeceras del Maipo, quienes estaban en contacto con partidas de cazadores recolectores que seguramente también habitaban el valle de Santiago. Evidencia de las conexiones transcordilleranas que aparecen claramente representadas por las distribuciones de vidrios volcánicos u obsidianas de fuentes que están al otro lado de la cordillera.

Del Cachapoal al sur los estudios decrecen, de manera que es difícil establecer con claridad estos procesos de movilidad o movimientos. Pero sabemos desde los años 60 que la precordillera de la región de O'Higgins y Maule presentan evidencias de cazadores recolectores

FIGURA 41. Arte rupestre río Cachapoal. Sitios Piedra Escondida, Río Pangal (FONDART 64984), Pangal-2 (Vera 1982) y Cipreses, afluente Cachapoal (Jaffuel 1930).

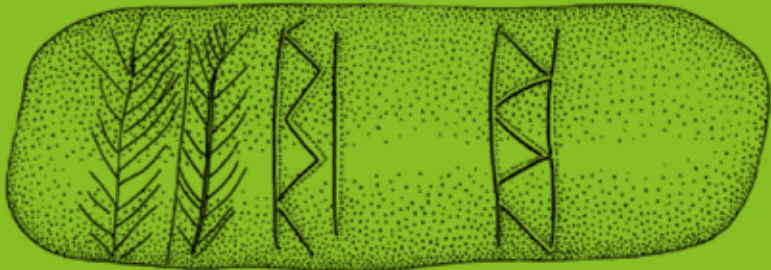




A



B



C



D





desde al menos el periodo Arcaico Medio. Quienes al igual que en el río Maipo, utilizaron cerámicas desde el periodo Alfarero Temprano y hasta incluso el corto lapso de conquista incaica y posterior europea.

Las primeras investigaciones se realizaron en una planicie con piedras tacitas en Altos de Vilches, en la precordillera al oriente de Talca, no lejos de grandes coladas de obsidiana en los límites de Chile y Argentina. Las excavaciones mostraron una importante ocupación de cerámica. Los niveles superiores con alfarería contenían numerosas puntas de obsidiana en proceso de manufactura, completas y quebradas, especialmente en sus bases, con seguridad producto del reemplazo del uso de los astiles en la caza, y también durante su confección. Los niveles más antiguos incluían puntas de gran tamaño, en materiales volcánicos distintos a la obsidiana, materia prima que eran menor en número en relación con la ocupación alfarera. Por sus formas y tamaños los materiales pertenecen a una época anterior al Arcaico Tardío. Poca duda cabe que el lugar fue utilizado para cacerías seguramente de guanacos, pero el aumento de obsidianas podría estar relacionado con el aumento del

flujo entre uno y otro lado de la cordillera. Un patrón de circulación que estaba en funcionamiento hasta el siglo XIX, determinado por la moneda de un centavo de 1853 hallada en el último nivel de ocupaciones. Este aumento de tránsito post-Arcaico en la cuenca del Maule fue informado en prospecciones arqueológicas que registraron numerosos sitios alfareros en la cuenca alta del río, que alberga cuantiosas fuentes de obsidiana, y que sabemos tiene gran distribución hacia el Neuquén, en Argentina. Más al sur, la cuenca del río Claro y Radal Siete Tazas, también ha sido estudiada, y sabemos que tiene ocupaciones desde el Arcaico Medio (hace unos 6 mil años), hasta el periodo Alfarero Temprano (unos 2 mil años antes del presente) y Tardío (durante el siglo XIII de nuestra era). La localidad arqueológica pudo estar en uso en asociación a un exigente paso hacia el oriente de la cordillera conocido por los arrieros de la zona.

Los altos del río Cachapoal tienen una larga mención en relación con su arte rupestre, en especial aquellos en los ríos Cipreses y Pangal, ambos tributarios de este río que riega el valle de Rancagua. Los sitios conocidos mostraban estrechas semejanzas, estableciendo para estas ocupaciones una filiación cultural compartida (Figura 41).

Su arqueología en cambio, es mucho menos antigua que en el valle y los estudios episódicos en esta localidad han permitido por ahora determinar ocupaciones arcaicas desde hace 5 mil años en Cipreses. Más abundantes son los registros alfareros tempranos, entre los primeros siglos antes de Cristo y hasta poco antes de la

FIGURA 42. La iconografía rupestre del Estilo Guaquivilo y los diseños del arte mueble. En costa, pampa y Patagonia Argentina.
A. Cara posterior piedra de moler. Largo: 31,5 cm. Pilmatué (Provincia Neuquén). (Schobinger 1957: Fig. 58). B. Canto rodado. Largo 8,8 cm. Punta Rasa (Provincia Buenos Aires). (Losada 1980: Fig. 14).
C. Lihue Cahuel (Provincia de La Pampa). (Curtoni 2006: Fig. 11).
D. Placa grabada del valle del Río Limay (Sur de la Provincia Neuquén). (Schobinger 1957: Fig. 58). (Elaboración propia).

expansión inca. La asociación histórica y cultural entre toda esta información parece concluyente de una ocupación relativa a la circulación y los intercambios sociales a larga distancia. Datos arqueológicos, que mirados desde el arte rupestre de Estilo Guaiquivilo, muestran una incuestionable relación con los territorios de sociedades cazadoras recolectoras al oriente de los Andes (Figura 42).

EL ARTE RUPESTRE CORDILLERANO: RÍO MAIPO A RÍO MAULE

Los estudios rupestres iniciales identificaron rápidamente la semejanza del arte rupestre de la cuenca del río Maule (Chile) con aquellos del norte de Neuquén (Argentina), que se sabe vinculado por pasos cordilleros hacia la zona de la laguna el Maule (ver Figura 35). Ambos se hicieron conocidos como estilos Guaiquivilo y Colo Michicó (lugares que comparten las mismas rutas este y oeste), por su familiaridad iconográfica, que hoy sabemos se extiende al norte hasta el río Maipo y el oriente de la provincia de Mendoza. Los paralelismos iconográficos entre estos son tan elocuentes, que no admite grandes polémicas en relación con su vínculo transandino (Figura 43). Región oriental donde el arte rupestre es muy común, a diferencia del valle central de Chile,

PANGAL

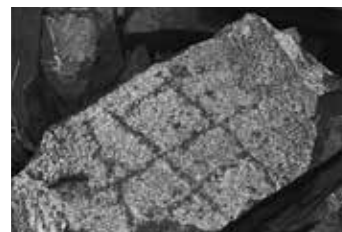
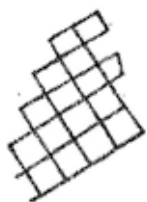
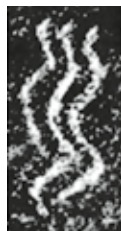


FIGURA 43. Arte rupestre cordillerano. Chile y Argentina. (Niemeyer y Weisner 1972-73, Acevedo *et al.* 2020, Schobinger 1962).

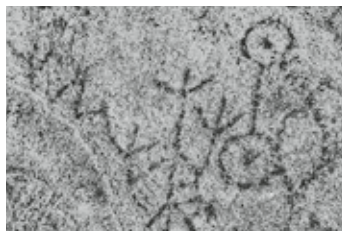
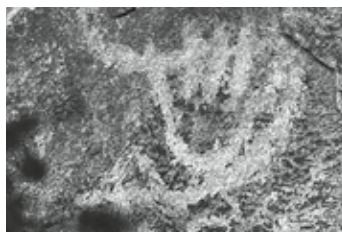
GUAQUIVILO



PRECORDILLERA
MENDOZA / NEUQUÉN



PANGAL



GUAQUIVILO



PRECORDILLERA
MENDOZA / NEUQUÉN



FAMILIA I. IMPRONTA PIE HUMANO



FAMILIA II. IMPRONTA MANO HUMANA



FAMILIA III. RASTROS DE ANIMALES



FAMILIA IV. ANTROPOMORFOS



FAMILIA V. ANTROPOMORFOS



FAMILIA VI. FITOMORFOS



FAMILIA VII. FIGURA SIMETRÍA AXIAL EJE LONGITUDINAL Y CONTORNO ONDULANTE



FAMILIA VIII. LÍNEAS PARALELAS



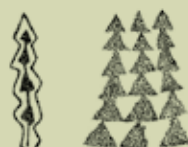
FAMILIA IX. ESCALERA DE UN PALO



FAMILIA X. RASTRILLO



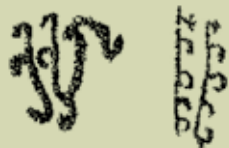
FAMILIA XI. TRIÁNGULOS EN SERIE



FAMILIA XII. ALFILERES



FAMILIA XIII. LINEATURAS CON GANCHOS



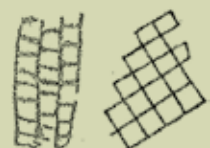
FAMILIA XIV. CÍRCULOS



FAMILIA XV. LABERÍNTICAS



FAMILIA XVI. RETIFORMES



FAMILIA XVII. PUNTIFORMES



FAMILIA XVIII. LINEATURAS CAPRICIOSAS



donde hasta ahora solo se conocen dos sitios con grabados: el Sol de Malloa y la Piedra sol de San Pedro de Alcántara, con intervenciones que tienen pocas equivalencias formales con las expresiones visuales cordilleranas.

De este arte rupestre se han publicado numerosos sitios con técnica de grabados, sobre losas y bloques rocosos. Unos pocos han mostrado pinturas, pero sus diseños pueden incluirse entre las grabadas por analogía. Numerosas son también las soluciones visuales que comprometen la ejecución rupestre. En los años 70, Niemeyer y Weisner proporcionaron una primera clasificación con cerca de veinte “familias”, con variadas técnicas y formas: Impronta de pie humano; Impronta de mano humana; Rastros de animales; Antropomorfos; Zoomorfos; Fito-morfos; Figuras de simetría axial; Líneas paralelas; Escaleras; Rastrillos; Triángulos en serie; Alfileres; Lineaturas con ganchos; Círculos; Figuras laberínticas; Retiformes; Puntiformes y segmentiformes; Lineaturas caprichosas; Misceláneas e Indefinidos (Figura 44).

Se trata de una clasificación intuitiva, que separa unidades distintivas por diferencias, pero cuyas definiciones desafortunadamente no pertenecen a un mismo campo conceptual (p.e. fitomorfo y figura de simetría axial, o figuras laberínticas y lineaturas caprichosas). Cualquiera sea el propósito de una tipología, debe necesariamente

ser definida con precisión, pues su propósito es entregar orden a conjuntos de cosas a nivel del sitio, la localidad y la región. Por ejemplo, es claro que hay representaciones de huellas humanas, de pie y manos. Sin embargo, no puede excluirse en este arte rupestre que hay manos hechas por área y otras por línea de contorno. Tampoco es sistemático decir que hay figuras de eje axial o especulares, excluyendo a otras figuras como las líneas paralelas que también se organizan a partir de este principio.

Un ejercicio sistemático es necesario y el que proporcionamos aquí intenta explorar en la estructura del diseño más que en su forma, principalmente porque su organización y principios están directamente relacionados con conocimientos relativos a la producción y, por consiguiente, a la materialización de prácticas singulares de diseño y acción visual.

Conservaremos para este capítulo la designación “Guaiquivilo” para este estilo, aunque debido a las semejanzas y diferencias entre estos y los sitios al otro lado de la cordillera, parece necesario hacer un trabajo más exhaustivo para establecer distancias numéricas entre localidades dentro de esta región. Por ahora, solo podemos señalar algunos de los atributos que podrían ser significativos en esas futuras definiciones.

Si en el diseño gráfico la unidad mínima es el punto, en el arte rupestre cordillerano de Chile Central Sur, la línea y el área deben ser consideradas de su mismo nivel (Figura 45). En el Estilo Guaiquivilo hay figuras cuya

FIGURA 44. Tipos o Familias rupestre del Estilo Guaiquivilo, según Hans Niemeyer y Lotte Weisner (1972-73) en 1971.

materia visual básica son precisamente estas acciones gráficas. Las hay hechas de puntos, líneas rectas, curvas quebradas y escaleradas, y son frecuentes aquellas donde la representación coincide con el área modificada. Desde el punto de vista gráfico, podemos distinguir entre figuras lineales cerradas o de contorno y figuras abiertas o sin contorno. No están ausentes los diseños que comprometen áreas o superficies, discontinuas o continuas. Y es necesario precisar que todas conviven en este conjunto politético (porque no está gobernado por un único principio o forma, como los estilos de pisadas, paralelas o grecas sugerido por Jorge Fernández en los años 70 para el Estilo Colo Michicó).

De primer orden es la separación visual de los motivos que tienen un carácter referencial. Es decir, aquellos que podemos identificar porque pertenecen a la cultura material o porque aluden a los seres del entorno de ese pasado. Luego están aquellos otros, para los que no tenemos una fuente para su definición. Una distinción que el investigador introduce a sabiendas que esta depende del conocimiento contextual de los diseños respecto de cosas que existen en el mundo habitual de las personas del pasado y cuyo conocimiento arqueológico es siempre parcial, debido a que el total de las obras materiales nunca pueden ser determinadas en su totalidad. En especial cuando se trata de cosas y acontecimientos

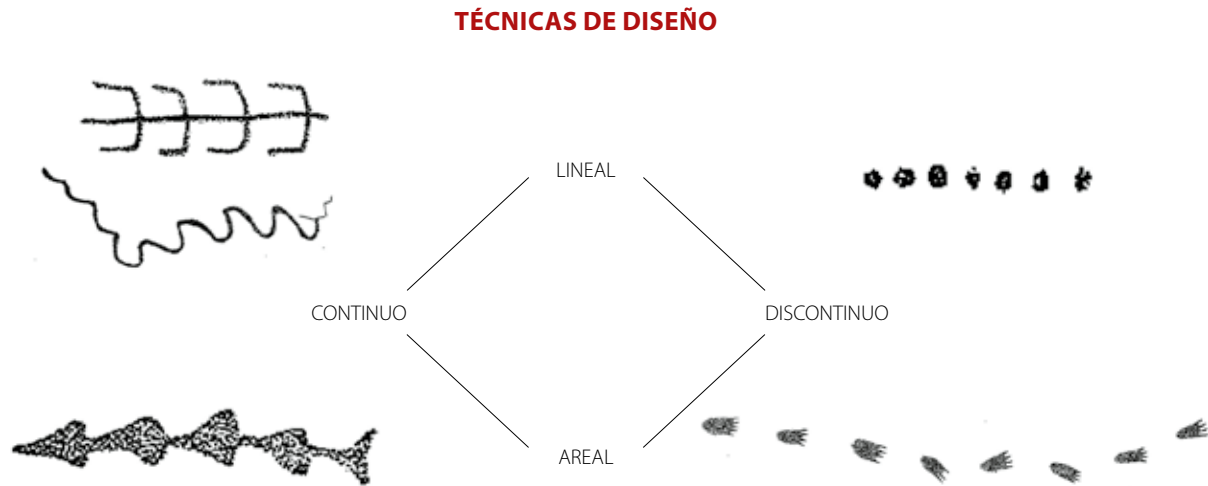


Figura 45. Las técnicas más básicas en el diseño del arte rupestre combinan líneas y áreas, distinguiéndolas por continuidad o discontinuidad espacial.

que no pertenecen a la corriente principal o las series o acciones más populares entre los productores y usuarios de la época.

En este arte cordillerano resulta sencillo advertir, entre las referenciales, la presencia de huellas animales y humanas, entre las que se advierten pisadas de aves como el ñandú, el guanaco, el puma y también de seres humanos. También hay figuras de formas animal y humana, pero en general son esquemáticas y con pocos atributos. Las hay también algunas que parecen plantas, con un tallo central y espiguillas, pero por cautela las incluiremos entre aquellas no referenciales. En estas hay simétricas (cuyas formas siguen patrones de construcción regular) y asimétricas (cuyas formas siguen patrones de construcción irregular o variable).

La simetría es un procedimiento que se define por arreglos espaciales producidos por movimientos y repeticiones de motivos equivalentes en forma y tamaño a partir de un punto o una línea (Figura 46). Los movimientos básicos se realizan sobre un eje (simetría unidimensional) o sobre dos ejes perpendiculares (simetría bidimensional) e incluyen: Traslación, que es la repetición sucesiva de un diseño sobre un eje lineal; Rotación, el desplazamiento de un diseño sobre un punto central siguiendo el perímetro de un círculo; Reflexión especular, que es el reflejo de un diseño sobre un eje lineal, a manera de la imagen en un espejo; Reflexión desplazada, una repetición donde los diseños son distribuidos de manera alternada, como las filas de un damero. Muchas

de las obras que se ajustan a patrones simétricos no siempre siguen los dictámenes que exigen la regularidad de la geometría, por lo que parece razonable hablar de intenciones simétricas. Esta es una práctica de diseño que no siempre aparece afectada por cuestiones de orden tecnológico o de experimentación, sino más bien a arreglos dentro de un campo normativo que admite muchas variaciones. Probablemente por la identidad de los artistas den un grupo particular de referencia.

Entre aquellas simétricas, encontramos las construidas mediante un eje axial, que en ocasiones está presente como línea y en otras aparece como una línea imaginaria. Este patrón afecta a múltiples figuras en 10 de las familias del Estilo Guaiquivilo. Al igual que el principio de traslación, que es parte de muchas de estas familias. Pero mirado el conjunto desde esta dirección, es relevante notar que este arte rupestre descansa en la aplicación simultánea de ambos principios simétricos, y que son inusuales simetrías fuera de esta estructuración popular (Figura 47). Inusuales son también las operaciones simétricas desplazadas. Sin duda, estos procedimientos visuales son estructurales y permiten ofrecer un panorama comparativo de gran escala.

Las figuras asimétricas o de construcción variable son igualmente frecuentes. Y es un patrón que estas combinen círculos y líneas onduladas. Menos populares parecen aquellas que se organizan cruzando líneas que

(Continúa en página 94)





PROCEDIMIENTOS SIMÉTRICOS

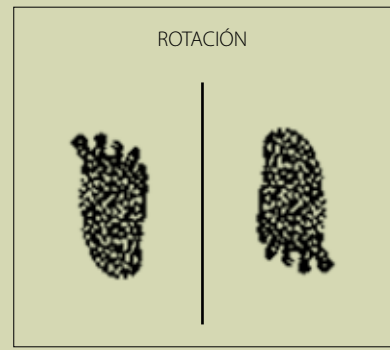


FIGURA 46. Principios básicos de Simetría.

PROCEDIMIENTOS SIMÉTRICOS

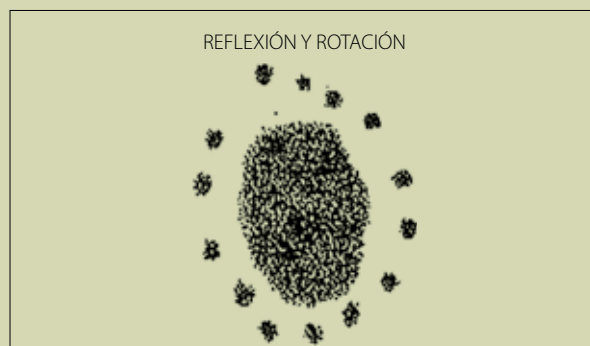
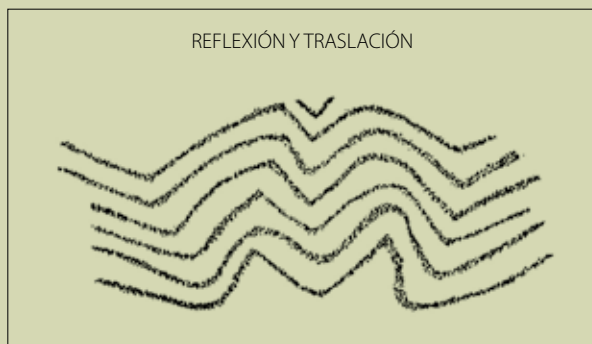


FIGURA 47. La combinación de principios simétricos son una característica del Estilo Guaiquivilo.



CASA PINTADA DEL RÍO TINGUIRIRICA

En el verano de 1843, Ignacio Domeyko emprendió un viaje de investigación geológica en el río Tinguiririca desde el Cachapoal. Es la primera noticia de este reparo rocoso con pinturas, único hasta ahora en la región:

Excursión a los alrededores de la Casa Pintada. Terreno de pórfidos estratificados.

– Por la tarde llegamos a la meseta llamada Llano de los Montecillos i pasamos la noche sobre unos bloques porfíricos que conservan aun algunas huellas de antiguas inscripciones jeroglíficas pintadas de rojo, o talvez de signos mui imperfectos de los indios. Bajo estos bloques denominados Casa Pintada, nos abrigamos de la nieve i la lluvia que nos sorprendió, haciéndonos encontrar al día siguiente todos los cerros cubiertos de nieve.

Más tarde, en 1884, fue visitada por Karl Stolp, quien describe las pinturas como de origen egipcio. Alusiones que hicieron pensar que se trataría de escritura. Stolp realizó excavaciones y descubrió los restos de 5 individuos, y algunos fragmentos de cestería y adornos de concha. Hacia 1996, Virgilio Schiapacasse (uno de los fundadores de la arqueología contemporánea) observó el desmonte de las antiguas excavaciones e informó la presencia de obsidias, huesos de guanaco y restos humanos, un punzón de hueso y una punta de proyectil.

El informe rupestre de Casa Pintada, que Hans Niemeyer y Víctor León hicieron, es singularmente importante respecto de relaciones de larga distancia. No solo porque muchos

motivos se parecen a aquellos de los grabados, sino que sus pintados tienen estrechas correlaciones con pinturas en el sitio el Rincón del Atuel (justo al otro lado de la cordillera, donde los mismos colores y formas escaleras cubren parte de la cueva). Más aún, entre los hallazgos se recuperó una fina bolsa de cueros curtidos, con partes hábilmente cosidas y decoraciones pintadas, depositada en un estrato datado hacia el primer y tercer siglo de nuestra era, en asociación a un registro de preservación extraordinaria. Había huesos de guanaco, ñandú, zorros, rapaces, armadillos, tortugas, y frutos silvestres del chañar y el algarrobo. También se observó maíz, zapallo y porotos. Sin duda su vida descansaba en la caza, recolección y agricultura, que no solo proporcionaba alimento, sino también los habilitaba en las artes de la cerámica, la cestería y la talabartería.

Estas correlaciones son una concluyente evidencia del acceso de poblaciones del oriente de Los Andes hasta la actual precordillera chilena. En particular, porque su iconografía enlaza este imaginario visual con aquellos conocidos entre los cazadores recolectores de las grandes extensiones de estepas pampeanas y patagónicas. Trama que la arqueología ha considerado como una amplísima red social de grupos humanos que se movían a largas distancias, primero de manera pedestre y luego ecuestre, con la adopción del caballo en el siglo XVI.

FIGURA 48. A y B. Bolsa de cuero y Pinturas del Rincón del Atuel. C. y D. Pinturas de la Casa Pintada, Río Tinguiririca.

A



B



C



D



forman retículas poligonales. El desarrollo de líneas onduladas y poligonales (regulares o irregulares) son tanto de corta como de larga extensión.

Una clasificación tipológica permitiría operaciones iconográficas diferentes, pero esta debería comprometer estos principios, independientemente de la alusión referencial. Sin duda, esto excede los objetivos de este libro, pero nos permite indicar al lector que el arqueólogo está más interesado en la lógica de las relaciones (técnicas gráficas, distribucionales y contextuales) que en la búsqueda de un significado, que sabemos no es posible en tanto sus autores o espectadores no pueden hablarnos de las obras.

Algo semejante se puede decir de las técnicas de producción, pues los especialistas han advertido que, en este estilo cordillerano, hay grandes diferencias en la percusión y raspado en la manufactura de las intervenciones visuales. Pues estas oscilan entre surcos profundos y alteraciones apenas superficiales, que de seguro son un acceso a la discusión cronológica. Lo mismo es extensivo a la pintura, pues para estas hay coincidencias importantes con manejos visuales en artefactos muebles. De más está decir que el estudio de los pigmentos y sus recetas contribuirán a una mejor comprensión del proceso productivo tras este mundo visual.

A principios del siglo XX, Hans Niemeyer encargó pioneros análisis de Fluorescencia de Rayos X del sitio Casa

Pintada en el río Tinguiririca, y sus resultados fueron prometedores. Especialmente porque sus muestras de colores amarillo y negro dieron como resultado una base de yeso, mezclada con hematita para la primera, y carbón vegetal para la segunda. El blanco resultó ser una arcilla, probablemente caolín. Desafortunadamente, no pudo obtener una muestra del colorante rojo. Actuales análisis de pigmentos en la Patagonia han identificado también la presencia de yeso o carbón vegetal como parte de la receta de sustancias colorantes, lo que contribuye a pensar que no solo la iconografía sino los modos materiales de hacer, circulaban junto con las personas en esta amplísima región. Una proposición razonable, pues las pinturas referidas muestran estrechos lazos formales con los patrones estilísticos y técnicos del Rincón del Atuel (San Rafael, Provincia de Mendoza), donde también se han recuperado artefactos de cuero pintado. Otras pinturas recientemente informadas aguas arriba del embalse Colbún, en el río Maule, amplían estas relaciones iconográficas con el sur mendocino y el norte de la Patagonia.

Más allá de esta consideración sistemática, parece adecuado precisar que estas artes visuales que singularizan lugares, crean un amplio canon de circulación que da a la materialidad rupestre de los ríos Maipo, Cachapoal, Tinguiririca y Maule, un sentido de pertenencia cuya escala es solo compatible con poblaciones de gran movilidad y permeabilidad. Sin embargo, no se trata de una sola tradición cultural, pues si bien hay en estos modos de ver gran familiaridad, al mismo tiempo se advierten

diferencias, que sugieren diversidad de agencias culturales y creatividad visual.

Más aún, mirado sinópticamente, es claro que de un lugar a otro hay variaciones rupestres que indican movimientos numéricos de formas gráficas, al igual que variaciones de las mismas. Solo a modo de ejemplo podemos indicar cómo las pisadas de ave, felino y camélido tienden a decrecer a medida que nos alejamos hacia el norte, donde las huellas más populares tienden a ser las humanas de pies y manos, aunque sujetas a convenciones lineales de contorno cerrado, más que improntas logradas por la modificación continua de un área o superficie. Estas variaciones de seguro se relacionan con unidades sociales distintas, pero entrelazadas por un patrimonio visual común. Se trata de un corpus de conocimiento cultural compartido entre poblaciones cordilleranas, que permiten sugerir un modo emblemático e identitario que permitía cohesión social y derechos de acceso locales. Debido a las diferencias técnicas generalizadas, esto pudo ser parte de una tradición de larga data, más que algo de un periodo en particular.

Hasta ahora no tenemos información cronológica que permita precisar en el tiempo este arte rupestre. Sin embargo, el sentido común arqueológico permite pensar que cada sitio es el resultado de numerosas visitas en el tiempo y que, determinadas las semejanzas entre ellos, este intervalo debió ser relativamente contemporáneo. Si a esto le sumamos sus incuestionables fuentes iconográficas producto de la movilidad y circulación

a larga distancia, tanto en el arte rupestre como en el arte inmueble (como placas y hachas grabadas) de la Pampa y Patagonia argentina, resulta convincente que estas intervenciones visuales fueron hechas durante el Holoceno Tardío y que pudieron comenzar su producción en los primeros siglos de nuestra era. Una apreciación temporal consecuente con la prehistoria al oriente de los Andes, pero que por ahora en nuestro país adolece de fechados absolutos que la sostengan.

ARQUEOLOGÍA, MOVIMIENTOS E INTERCAMBIOS

Si provisionalmente aceptamos las indicaciones de la historia colonial, de que los movimientos de cazadores recolectores se realizaban desde el este hacia el oeste, podríamos explorar como hipótesis que estas prácticas de circulación modelaron la prehistoria cordillerana, explicando las distribuciones materiales que incluían el arte rupestre. Estos desplazamientos de larga distancia habrían creado puentes que unían socialmente ecologías culturales tan diversas como la pampa, el cordón montañoso y los valles de Chile Central Sur.

La concluyente semejanza entre los procedimientos rupestres cordilleranos, en la extensa región entre los ríos Maipo y Maule, es un indicador indiscutible de movimientos de personas e ideas. Es un hecho que cada localidad rupestre es distintiva por su técnica, número y forma de sus diseños, pero no es menos cierto



que todas ellas comparten un modo de producción visual. Incluso si reducimos este arte rupestre a figuras de líneas paralelas y pisadas, y extendemos este ejercicio fuera del área cordillerana, estos incluyen mundos visuales de dos regiones diferentes, Pampa y Patagonia. Áreas culturales que se sabe tejidas por relaciones a larga distancia, entre grupos de cazadores recolectores de alta movilidad residencial. Claramente, el arte rupestre de la cordillera tratado en este libro pertenece a esa esfera de interacción. Asunto visual que es consecuente con los pasos cordilleranos, que conectan las cabeceras hidrográficas de cada lado de esta región montañosa. Una geografía continua o paisaje de altura, cuya porosidad diversa es coherente con sus modos de ver local, que no está sujeta a un canon normativo, sino un continuo arreglo propio de poblaciones de diversa tradición cultural, en un diálogo intercultural fronterizo, tanto en el eje longitudinal como latitudinal. Una agencia que canaliza estilos emblemáticos, al tiempo que se abre al arreglo intercultural, y a la circulación como lo han notado los especialistas rupestres de la frontera argentina, desde Mendoza a Neuquén.

Como afirmamos, si el arte rupestre cordillerano y sus estribaciones es correlativo a esta circulación, y está en directa relación con la accesibilidad andina, entonces sus distribuciones materiales deberían pertenecer a una trama direccional determinadas por pasos en la alta cordillera. En 1780, Manuel Amat y Juniet anotó que, desde el oriente de Los Andes, los indígenas tenían por pasos el Tinguiririca, Teno (que sigue su quebrada y cruza a la

altura de la fuente de obsidias Las Cargas, en la Provincia de Mendoza), Lontué (un paso en la hoya del río del mismo nombre, al sur del paso de Las Peñas, Provincia de Mendoza), Maule (pasos en la Laguna del Maule hacia Provincia de Neuquén) y Huayco (Guaiquivilo paso hacia Provincia de Neuquén). Más tardíamente se indica que bajaban por el río Tinguiririca hasta Talcahué, donde montaban una feria de intercambios. Lugares cuyo acceso es posible desde la hoya del río Atuel. Un paso que está junto a los restos del accidente aéreo de la Fuerza Aérea uruguaya en 1972. Este mismo paso u otros aledaños permiten dirigirse hacia el norte, por Cipreses, afluente del Cachapoal. Una bifurcación igualmente accesible ocurre también con el Paso Maipo, que permite dirigirse hasta el río homónimo o hacia Pangal. Todas las vías señaladas conectan con los sitios de arte rupestre mencionados aquí, y todas ellas muestran huellas troperas que habilitan caminos que seguramente tienen una biografía más antigua.

Esta red internodal no solo articula ambos lados de la cordillera y los sitios de arte rupestre conocidos, sino también la circulación de materialidades significativas en el intercambio y la reciprocidad entre quienes establecen las prestaciones. En nuestra región, la obsidiana fue protagonista en los movimientos de distribución e intercambio, pues era un lítico muy apreciado por los talladores, debido a sus propiedades de fractura, y también por su valor material relativos a su procedencia, brillo y color. De este vidrio natural, las fuentes principales se localizan hacia el oriente de las altas cumbres: dos en

la laguna El Diamante a los pies del volcán Maipo y una tercera, en la laguna del Valle de las Cargas (ver Figura 35). Una cuarta se emplaza en la laguna del Maule, en el límite entre Chile y Argentina. De este último yacimiento, sus materiales han sido hallados en numerosos sitios al sur del río El Diamante y al menos en uno en el Cachapoal. De las fuentes cercanas al volcán Maipo provienen aquellas materias primas encontradas por el río Maipo hasta valles en las cercanías de Santiago y más al sur, en Cuchipuy. Pero lejos la de mayor distribución es la obsidiana de la fuente Las Cargas en Argentina, entre las cuencas del Mataquito y el Tinguiririca. Su amplitud en Chile Central es extensa, incluyendo el río Aconcagua, las costas centrales y el sur del Cachapoal. Propagación que también incluye el oriente de Los Andes. Las hay en sitios de los ríos Mendoza, El Diamante, el Atuel y el Colorado, de norte a sur, desde la Provincia de Mendoza hasta la de Neuquén.

Geográficamente las fuentes de obsidiana están más cerca de las planicies y mesetas argentinas, que de los valles de Chile Central Sur. Por lo que es probable que esta minería extractiva fuera practicada principalmente por poblaciones del este de la cordillera. Sus agentes movilizaron rocas desde la fuente y en su circulación materializaron una red entre personas. Su tejido tenía en su extremo un cabo, es decir, aquellos que tenían acceso directo al yacimiento y que luego transportaban el recurso, alimentando intercambios dentro de esta red social. Movimientos que incluían actores que eran distintos a quienes accedían a la fuente. Por consiguiente, los luga-

res en que la obsidiana aparece son la urdimbre material de una trama entre personas y cosas, que se extiende hasta los lugares habitados más lejanos, donde es probable que estas materias lleguen por mano de personas que las recibieron de otras que nunca estuvieron en la fuente cordillerana. Es por esto que las obsidianas son de interés para la movilidad y circulación, pues como lo indican los especialistas, estas comprometen sitios y agentes de Chile Central Sur desde el periodo Arcaico Temprano en adelante. Un testimonio de que las operaciones de intercambio o acceso directo a uno y otro lado de la cordillera son efectivamente muy antiguas.

Dentro esta red social encontramos el sitio El Indígena, localizado en un valle cerca del límite entre ambos países, que pudo estar en funcionamiento desde el 1500 antes del presente (450 d. C.) hasta antes de la expansión incaica. El sitio tiene más de 100 unidades residenciales, y junto a él se observa un sendero que conectaba a sus habitantes con el paso que cae hacia el río Tinguiririca y el río Cipreses en dirección al Cachapoal. En el campamento hay muchos fragmentos cerámicos del tipo Llole y también restos de vegetales del actual lado chileno, todos utilizados como material de combustión. Los más conspicuos son el roble, el peumo y el trevu o palo santo. El primero tiene excelente madera para diversos obrajes. El segundo, cuyos frutos son comestibles, es usado como una infusión con numerosas propiedades medicinales, hepáticas, intestinales y antihemorrágicas.

(Continúa en página 100)





CLAVAS Y HACHAS EN CIRCULACIÓN TRANSREGIONAL

No son frecuentes los hallazgos prehispánicos de circulación de bienes entre Chile y Argentina al sur del Norte Semiárido. Las condiciones de preservación de estas regiones afectan grandemente los derivados de plantas, árboles y otros productos orgánicos. Sin embargo, hay un conjunto de objetos, que al igual que el arte rupestre cordillerano de Chile Central Sur, tienen registros a ambos lados de la cordillera andina.

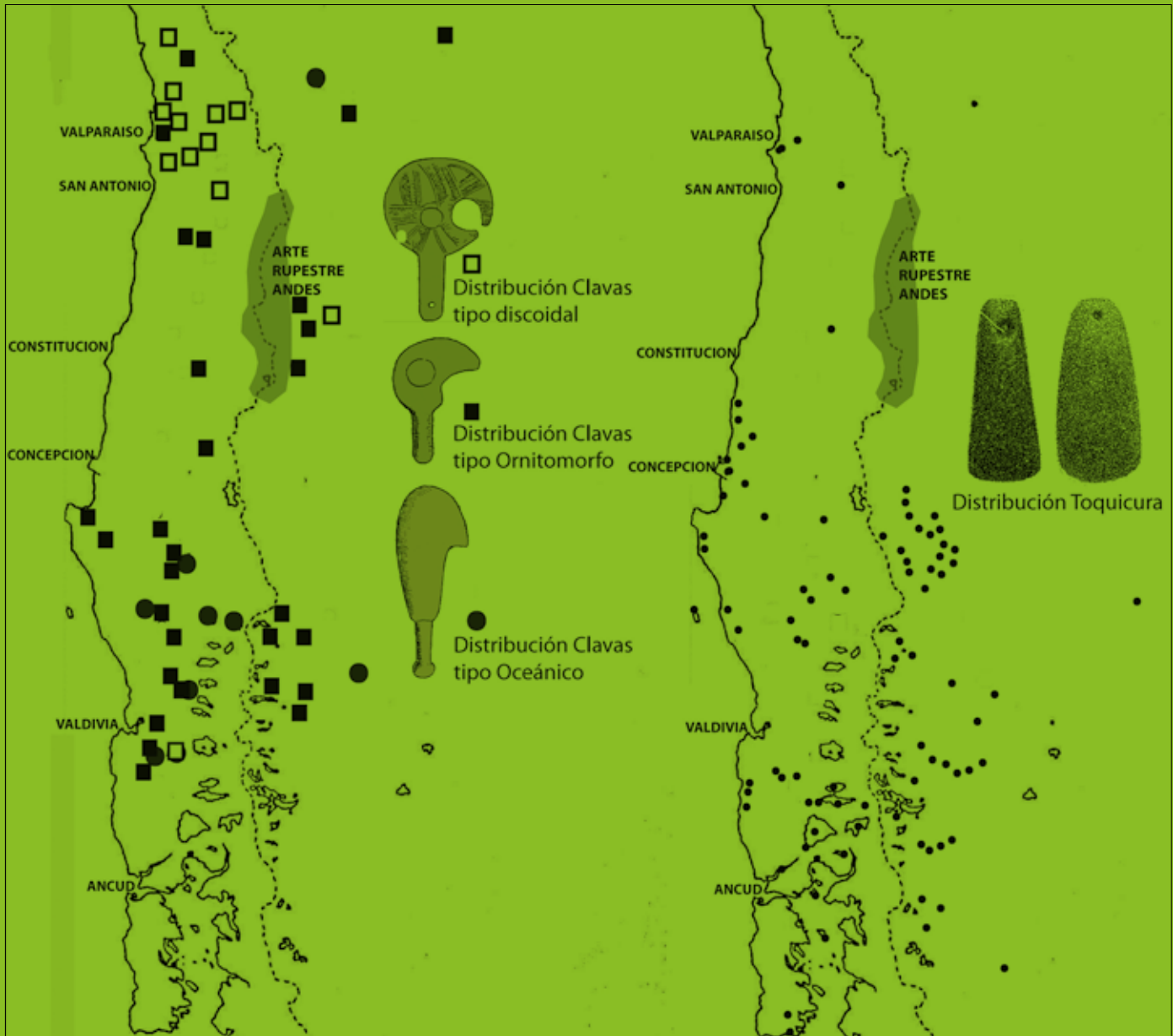
Variadas son las formas de estas piezas líticas pulidas con empuñadura y distintas sus distribuciones entre la zona central y sur de Chile. Debido a sus mangos y elaboradas encabezaduras, se piensa eran insignias de mando, sin embargo, la ausencia de contextos hace insegura esta conclusión. La mayoría de ellas exhibe un gancho en el extremo superior que recuerda el pico de las aves, pero las hay discoideas con decorados incisos, ovals en ocasiones con modelados felinos y ovals alargadas de gran tamaño. Las primeras son características del río Maipo al norte, las últimas tienen una distribución generalizada desde el Norte Semiárido hasta la región de La Araucanía. Finalmente, están aquellas clasificadas como polinésicas, por sus semejanzas con aquellas del archipiélago conocidas como Mere Okewa. Todas ellas son comunes en Chile y se cree estuvieron en uso en el periodo preinca. En la región argentina limítrofe han sido hallados numerosos ejemplares, piezas que con seguridad participaron de los circuitos de intercambio interregional.

Otra categoría de objetos de distribución transregional son las hachas de piedra finamente pulidas *toquikura* y *maichiwekura*. Las primeras eran prestigiosas insignias del Toqui o

jefe de guerra, y estaba destinada al sacrificio. Se ha dicho que aquellas perforadas en su sesión posterior o proximal, pertenecería a esa categoría política. Las segundas, habrían sido utilizadas como hachas para cortar árboles, azuelas para tallar madera, azadas en faenas agrícolas y herramientas de cocina. Los documentos históricos las mencionan desde en el siglo XV y pudieron estar en uso en tiempos prehispánicos. Hacia el siglo XIX y principio del XX, se les consideraba piedras del trueno. Eran llamadas *pillantoki*, pues caían del cielo cuando se imploraba *negechen* y tenían la virtud de cortar un árbol grueso de un solo golpe. Su uso como hacha y bien de prestigio, que comprometía su circulación en los intercambios, era tan extendido, que sus hallazgos son abundantes en la región de La Araucanía y Patagonia vecina.

Es evidente que todos estos intercambios no afectaron la zona de Chile Central Sur, pero quizás lo más relevante es que, en conjunto, clavos y hachas muestran distribuciones que hablan de intereses sectoriales y esferas de interacción amplias y restringidas.

FIGURA 49. Distribuciones de clavos y hachas en Chile y Argentina (Schobinger 1956, Ramírez 1992).





El último es igualmente usado en medicina tradicional, y aunque sus usos son relativamente similares, se ha informado que es eficaz contra la fiebre. A partir de estos hallazgos exóticos, se ha intentado precisar el origen de sus habitantes. Sin embargo, otro escenario cultural se hace posible si consideramos la idea de una integración sociomaterial entre regiones, promovida por relaciones de movilidad e interacción. El sitio El Indígena se emplaza en un punto estratégico para la circulación cordillerana, en especial para el circuito o red de intercambios. Si quienes ejercían esta función social provenían desde el oriente, es natural que haya un significativo número y variedad de materiales del occidente.

Hay que apuntar además que este sitio y otros cercanos fueron usados hasta épocas posteriores, y que no faltan aquí fragmentos cerámicos que forman parte del repertorio del Estilo Aconcagua, en particular aquellos descritos por Ricardo Latcham a principios del siglo XX. Pero que son más frecuentes del valle del Cachapoal y otros al sur y que los analistas han vinculado al modelo de intercambio interregional que dio vida a esta alta serranía andina. A este mismo periodo suelen atribuirse clavos y hachas de piedra pulida, que presenta distribuciones regionales que sin duda estuvieron sujetas a intercambios sociales, en dirección oeste-este, pese a que, aunque comprometían escasamente a Chile Central Sur, son un índice de las dimensiones espaciales e interculturales de estos movimientos.

Del sitio El Indígena se ha dicho también que, en asociación a las viviendas, se han recuperado piezas cerámicas completas depositadas en escondrijos. Una práctica de manejo temporal, que une el presente de la ocupación con un futuro inmediato de la vida en el sitio. Una acción significativa, que une la discontinuidad que es propia de las altas cumbres y quebradas durante la estación invernal. Y esta es la misma modalidad en el río Pangal, donde entre los bloques asociados al arte rupestre, decenas de artefactos y otros productos han sido recuperados por los habitantes de la localidad.

Subiendo desde el valle, el camino bordea suavemente el río Cachapoal, luego continúa a la vera del Pangal, hasta la base de cuesta empinada de alto escalón que conduce hasta los sitios habitacionales prehispánicos y de arte rupestre, Cerrillos, Pangal-1 y Piedra Escondida. Un par de kilómetros más arriba, en la orilla opuesta del río está Pangal-2. Grandes bloques rocosos salpican este piso alto, algunos yacen como islas y otros se apiñan creando campos de rocas como arrojadas sobre la superficie inclinada de la quebrada. Los glaciares pleistocénicos arrastraron y desmembraron mantos rocosos que al retirarse, fueron dejando en abandono un paisaje quebrado de escombros naturales. Entre ellas, hay intersticios secretos, galerías estrechas, en penumbra y frías, apenas visibles desde el exterior. En el pasado antiguo sirvieron de refugio para gentes, quienes habitaron el lugar dejando sus pertenencias para la visita posterior. Debido a que el lugar era cubierto por la nieve y el frío en época invernal, las personas se retiraban para vivir en

otro lugar. Sus mobiliarios principales eran de cerámica, que por motivo de su peso y fragilidad era mejor no transportar, además dejaron instrumentos de madera y cestería, restos de poroto, maíz, zapallo o calabaza. Asimismo, se encontraron frutos de *yaqui* o retamilla, un arbusto de flores blancas endémico cordillerano, cuyas raíces son usadas en contusiones, dislocaciones, fracturas y afecciones urinarias.

La cerámica era de dos tipos tempranos, entre el primer siglo de nuestra era y el siglo XIV. El más popular eran vasijas tipo “Pangal” propias del lugar, de cuerpo globular con base apuntada o redondeada, que sirvieron para almacenar productos de uso doméstico. El segundo grupo, de menor número, corresponde a vasijas del inventario cultural “Llolleo”, pequeñas vasijas de cuello corto reticulado, algunas de estas apenas se asemejan a las formas clásicas. Se ha dicho que se trata de un catálogo inusual de estilos, pero como hemos indicado, la alfarería y su cuidadosa depositación pudo ser resultado de contingentes cuyo propósito era el intercambio y el acceso a productos únicos del piso cordillerano. Agentes móviles cuyas prácticas eran de beneficio recíprocos, tanto para aquellos que vivían en los valles del actual territorio chileno como los que residían en la otra vertiente de los Andes, donde hoy existe Argentina. Respecto de sus pobladores antiguos, resulta llamativo el hallazgo de unos adornos considerados orejeras, que pudieron ser utilizados como narigueras, semejantes a la que lleva un personaje sepultado en Morrillos de Ansilta (al sur de la Provincia de San Juan, cerca del límite

con Mendoza), que vivió en el mismo tiempo de ocupación de Pangal.

Pero quizá el hallazgo más extraordinario de Pangal sea el pequeño cesto recuperado desde el interior de una vasija en un refugio de Cerrillos, que es el mismo lugar donde también había semillas de zapallo, coronta de maíz, porotos y frutos de *ephedra* (retamilla). El contenedor vegetal tiene forma de cono truncado, de diámetro pequeño en la base y mayor en su borde superior. Lleva en su exterior decoraciones de formas escaleradas, en negro y rojo, que pertenecen a aquellas formas que Osvaldo Menghin definió como Estilos de Grecas para las pinturas rupestres de la Patagonia. Pero que iconográficamente afecta a un amplio campo de soportes, que también incluyen placas grabadas, hachas y objetos de cuero. Imágenes que tienen gran difusión en el área patagónica, pampapeana y mendocina. Como ocurre en las pinturas del Rincón del Atuel, al otro lado de Chile Central Sur. Obras cuyos escalerados no solo son semejantes formalmente a las del cesto, sino que comparten procedimientos visuales simétricos usados para dar origen a un variado repertorio de imágenes escaleradas (Figura 33).

CONCLUSIÓN

Para quienes documentaron y organizaron la invasión hispana, era de suma importancia los asuntos relacionados con la identificación de grupos étnicos, su





localización, número y estilo de vida. Estas poblaciones eran potencial servidumbre, pero también un peligro por su rebeldía. El plan colonialista requería antecedentes, para convertir el avance europeo en una aventura exitosa, lejana del fracaso táctico y estratégico. Por esta razón, entre las líneas llenas de prejuicios de la documentación histórica temprana, residen orientaciones respecto de las gentes y territorios.

Al tiempo de la llegada de los colonos a los valles de Chile Central Sur, notaron la presencia de grupos de cazadores recolectores cordilleranos, diferentes a los agricultores del valle. Según los testimonios europeos, estos tenían por misión crear lazos recíprocos, mediante intercambios que aseguraban una continuidad de una relación social, fundada en vínculos del pasado inscritos en la memoria de sus historias personales. En sus estadías en la cordillera, sus antecesores intervinieron su espacio de habitación con obras rupestres que, con poca duda, servían como memorial de viajes y permanencias.

De los valles y cordillera occidental obtenían acceso a personas, artefactos, plantas y minerales cuyo consumo en sus residencias en el oriente cordillerano contribuían a su fama y distinción. Lo mismo ocurría entre aquellos quienes les esperaban en los valles cada año. Estas agencias individuales comprometían a las familias y su entorno social, creando un paisaje que combinaba lo real y lo imaginario, pues si solo nos limitamos a las expresiones visuales, estas aluden a iconografías distantes,

que han sido informadas en la costa atlántica, los extensos parajes de la Pampa y la Patagonia.

La cultura material y arte rupestre de los extensos territorios entre la cordillera y el océano Atlántico operaron como materialidades de una malla social y cultural de pertenencia a un mundo superior a la localidad. Relaciones que combinaban personas, cosas e imaginarios geográficos, que incluían también a esas obras rupestres de la cordillera de Chile Central Sur. Antiguamente los arqueólogos hablaban de esto como difusión, hoy lo hacemos atendiendo a las necesidades de la interacción social. A los imperativos siempre novedosos de la interculturalidad. De aquí los viajes y sus senderos, que animaban socialmente distantes pueblos y poblaciones. Una indicación de que los lugares habitados solo adquieren importancia e identidad en tanto pertenecen a una red de caminos que es difícil de limitar.

Los viajes de corta y larga distancia modelaron la historia prehispánica de Los Andes, una malla que ligó a las poblaciones del cono sur continental. Sus agentes en la cordillera avivaron la riqueza, prestigio, fama e imaginación de aquellos que vivían en los valles al occidente y oriente del macizo andino. Antes de la llegada de los europeos, las largas travesías eran realizadas a pie, pero muy al inicio del periodo colonial muchos grupos del cono sur se volvieron diestros criadores de caballos y hábiles jinetes. Ahora las partidas familiares se podían movilizar a distancias mayores, y transportar cargas fabulosas, y también caballos que permitían especular

con riqueza social en sus intercambios con indígenas, europeos y aquellas fuerzas cosmológicas gobernaban lugares, animales, plantas y personas.

El arte rupestre no es exclusivamente un ideal o mentalidad, sino un medio para situar a sus autores y relativos en un mundo social, que se inscribe en un lugar y se extiende más allá. El arte rupestre interviene materialmente el espacio, creando vínculos con el pasado y el futuro, pues es experimentado por quienes lo hicieron en el ahora y por aquellos que vinieron después. En la cordillera al sur del Maipo y el Cachapoal, este arte fue resultado de una redundancia iconográfica y visual, que crea una biografía cultural de personas y grupos humanos durante una larga temporalidad. Son materialidades visuales de agentes en una frontera intercultural, cuya reputación descansaba en su capacidad de pertenecer

a los inconmensurables monumentos accidentados por altos volcanes y aguas termales en ebullición, profundas quebradas, ríos y glaciares. De ser parte de una geografía fracturada interrumpida por vegas y bosques, que albergan guanacos, zorros y cóndores, y animales más antiguos fosilizados en las rocas.

Quienes domesticaron las peligrosas alturas y desfileros, eran viajeros signados por una épica andina socionatural. Actos que materializaban biografías, que finalmente eran compartidas con las poblaciones que habitaban los valles de Chile Central Sur. Interacciones sociales que, fundadas en la recurrencia consuetudinaria, solidificaban lazos de familiaridad. Pues como Gerónimo de Bibar, el primer cronista sentenció: *Cada parcialidad sale al valle que cae donde tiene sus conocidos y amigos.*



GLOSARIO



ANTROPOMORFO

Con forma humana.

ARTE RUPESTRE

En arqueología trata con obras visuales realizadas sobre soportes naturales, rocas o superficies terrestres.

BRADEN COMPANY

Braden Copper Company era una empresa estadounidense dueña de la mina El Teniente hasta 1967, año en que fue “chilenizada” por el presidente Eduardo Frei Montalva. En este proceso el Estado chileno se hizo propietario del 51% del mineral.

CONSERVADURISMO

Se trata de una práctica humana que resiste los cambios, evitando que actos y creencias se vuelvan obsoletas.

ICONOGRAFÍA

Es el estudio de las imágenes. También se utiliza para designar imágenes que hacen referencia a una misma forma.

ESCONDRIJO

Lugar donde se oculta o guarda algo, que será usado con posterioridad.

ESTILO

Es un conjunto de imágenes que comparten los mismo elementos de forma, haciéndolas distintivas y diferentes de otros grupos de imágenes.

ETNOHISTORIA

Rama de las ciencias históricas, que trata con los pueblos indígenas americanos, de acuerdo con documentación escrita.

FITOMORFO

Con forma de planta.

LOSA ASTRONÓMICA

Concepto utilizado por quienes creen que el arte rupestre y sus alineaciones están relacionados con los fenómenos astronómicos como los solsticios. Los casos comprobados en arqueología son muy escasos.

MOTIVO

En arte rupestre se dice de aquellas obras visuales que son considerados unidades mínimas dentro de un conjunto de otras obras.

PROMAUCAE

Designación étnica usada por el Inca del Cuzco, para referirse a aquellos colectivos de personas que actuaban con rebeldía respecto del Estado.

QUILLANGO

Capa de piel de guanaco o caballo, finamente pintada, que era utilizada por los Aoeniken (antiguamente llamados Tehuelches) que habitaban la Patagonia argentina y chilena.

RADIOCARBONO

Es una técnica de datación absoluta, que utiliza el isótopo radioactivo carbono-14 (^{14}C) para determinar la edad de materiales que contienen carbono hasta unos 50.000 años.

ROCAS PORFÍRICAS

Variedad de rocas ígneas, producidas por el enfriamiento lento del magma o lava.

SOLSTICIO

Cada uno de los dos momentos anuales en que el Sol se encuentra a mayor distancia del ecuador, y en que la diferencia entre la duración del día y de la noche es mayor.

TERMOLUMINISCENCIA

Es una técnica de datación absoluta, cuyo fundamento reside en las propiedades estructurales del cuarzo, que actúan como trampas naturales de electrones, que al ser calentados se liberan en forma de luz. Los objetos cerámicos, que requieren ser calentados a altas temperaturas durante su manufactura, liberan los electrones de sus trampas cristalinas. Para luego volver a capturar electrones, cuya luz puede ser medida en laboratorio. Estas medidas sirven para determinar su antigüedad.

TRONCO ESTILÍSTICO

Se refiere a imágenes que pertenecen a un mismo estilo.

ZOOMORFO

Con forma animal.



PARA LEER MÁS

ANEXO BIBLIOGRÁFICO CHILE CENTRO SUR



GENERAL

- Arenas, P. 2019. Antiguos habitantes del Maule: Una mirada a la prehistoria de la región a través de los objetos del Museo O'Higginiano y de Bellas Artes de Talca. *Bajo la Lupa*, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.
- Barth, F. 1976. *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*. Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Cáceres, Iván. 1982. Cuchipuy y el abuelo de Chile. *Creces* 10(3):18-22.
- Cáceres, I., F. Gallardo y P. Miranda 1995. Prehistoria, asentamiento y paleoecología en la cuenca del río Cachapoal, Chile Central: un balance regional. *Gaceta Arqueológica Andina* 24: 173- 193.
- Correa, I. y C. Carrasco 2017. *Tutuquén, vestigios de los antiguos habitantes de Chile central*. Serie 2, Monumentos Nacionales de Chile. Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago.
- Del Río, C. y Tagle, B. 2001. *Región de O'Higgins. Breve relación del patrimonio natural y cultural*. Ediciones Corporación de Desarrollo Pro O'Higgins, Rancagua.
- Falabella, F. 2021. El poblamiento prehispánico en épocas hortícolas. En: *La sociedad local. Cachapoal, Colchagua y la costa*. Ed. Manuel Canales y Claudio González, pp. 79-118. LOM Ediciones, Universidad Estatal de O'Higgins, Santiago.
- Falabella, F., Uribe, M., Sanhueza, L., Aldunate, C. y J. Hidalgo. 2016. *Prehistoria de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago.
- Falabella, F. y V. Manríquez. 2017. Los antiguos habitantes de Linares: El mundo indígena desde el poblamiento hasta su transformación con el contacto hispano. En S. Montecinos (ed.), *Trazos y huellas de Linares: Ensayos de historia cultural*, pp. 23-43. Universidad de Talca, Talca.
- González, P., Morales, A. y R. Stehberg 2021. *Arte rupestre de la cuenca del Calabozo*. Fondo Nacional de Desarrollo Cultural y las Artes, Talca.
- Hart, L. 2015. *Arte de la prehistoria. Diseños rupestres de Cuyo*. Zeta Editores, Mendoza.
- Mostny, G. y H. Niemeyer 1983. *Arte rupestre chileno*. Departamento de Extensión Cultural del Ministerio de Educación, Santiago.

Niemeyer, H. y V. León. 2001. *Arte rupestre precolombino en el Tinguiririca. Provincia de Colchagua, Sexta Región de Chile*. Fondart, Ministerio de Educación, Santiago.

Porras, F., Bastías, J., Arenas, P., Parra, S. y A. Morales. 2015. *Piedra de los Platos: Nuevos hallazgos del sitio arqueológico de Vilches Alto*. Fondart Regional 2014, Talca.

Sahlins, M. 1977. *Economía de la edad de piedra*. Akal Editor, Madrid.

Wolf, Eric R. 2005. *Europa y la gente sin historia*. Fondo de Cultura Económica, México.

PERIODO PALEOINDIO

Casamiquela R., Montané J. y R. Santana. 1967. Convivencia del hombre con el mastodonte en Chile Central. *Noticiero Mensual del Museo Nacional de Historia Natural* 132:1-6.

Gallardo, F. 1982. Contemporaneidad del hombre primitivo con el mastodonte en Chile Central: Tagua Tagua 11380 años. *Creces* 3(1-2):3-7.

Heusser C. 1983. Quaternary pollen records from Laguna de Tagua-Tagua, Chile. *Science* 219:1429-1432.

Heusser, C. 1984. Late-glacial-Holocene climate of the Lake District of Chile. *Quaternary Research* 22:77-90.

Kaltwasser J., A. Medina, E. Aspillaga e I. Cáceres. 1986. Punta Cola de Pescado encontrada en Chile Central. *Revista Chilena de Antropología* 5:11-16.

Labarca, R., González-Guarda, E., Lizama-Catalán, A., Villavicencio, N., Alarcón-Muñoz, J., Suazo-Lara, F., Oyanadel-Urbina, P. Soto-Huenchuman, P., Salazar, C., Soto-Acuña, S. y K. Buldrini. 2020. Taguatagua 1: New insights into the late Pleistocene fauna, paleoenvironment, and human subsistence in a unique lacustrine context in central Chile. *Quaternary Science Reviews* 238, 106282, <https://doi.org/10.1016/j.quascirev.2020.106282>.

Labarca, R., Frugone-Álvarez, M., Vilches, L., Blanco, JF, Peñaloza, A., Godoy-Aguirre C, Lizama-Catalán, A Oyarzo, C., Tornero, C., González-Guarda, E., , Delgado, A., Sepúlveda, M., y P. Soto-Huenchuman. 2024. Taguatagua 3: A new late Pleistocene settlement in a highly suitable lacustrine habitat in central Chile (34°S). *PLoS ONE* 19(5): e0302465. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0302465>





Montané, J. 1968. Paleo-indian remains from laguna de Tagua Tagua, central Chile. *Science* 161(3846):1137-8.

Núñez, L., Varela, J., Casamiquela, R., Schiappacasse, V., Niemeyer, H., y C. Villagrán. 1994. Cuenca de Taguatagua en Chile: El Ambiente del Pleistoceno Superior y Ocupaciones Humanas. *Revista Chilena de Historia Natural* 67: 503-519.

Valero-Garcés, B., B. Jenny, M. Rondanelli, A. Delgado-Huertas, S. Burns, H. Veit y A. Moreno. 2005. Palaeohydrology of Laguna de Tagua Tagua (34° 30' S) and moisture fluctuations in Central Chile for the last 46.000yr. *Journal of Quaternary Science* 20(7-8): 625-641.

PERIODO ARCAICO

Barberena, R., Méndez, C. y M. de Porras. 2017. Zooming out from archaeological discontinuities: The meaning of mid-Holocene temporal troughs in South American deserts, *Journal of Anthropological Archaeology* 46: 68-81.

Becerra-Valdivia, L., Eyquem, A., Santana F. y C. Méndez. 2022. A chronology for the earliest human burials at Cuchipuy, central Chile, *Journal of Archaeological Science: Reports* 41, <https://doi.org/10.1016/j.jasrep.2021.103310>.

Durán, E. 1980. Tagua Tagua II, Nivel de 6.130 años: Descripción y Relaciones. *Boletín Museo Nacional de Historia Natural* 37:75-86.

Cáceres, I., C. Westfall y F. Gallardo 2005 [1994]. Asentamientos Tardíos en el curso medio del río Cachapoal, Chile Central. *Actas del II Taller de Arqueología de Chile Central*. <https://www.arqueologia.cl/actas2/caceresetal2.pdf>

Cornejo, L. 2004. Del Maipo al Cachapoal: diversidad en las estrategias de ocupación del espacio cordillerano en Chile central. *Boletín de La Sociedad Chilena de Arqueología* 37: 75-85.

Cornejo, L. 2010. Arqueología de cazadores recolectores en Chile Central: una síntesis de lo avanzado, las limitaciones y las aspiraciones *Revista Werkén* 13:69-84.

Cornejo, L. y L. Sanhueza. 2003. Coexistencia de cazadores recolectores y horticultores tempranos en la cordillera andina de Chile central. *Latin American Antiquity* 14(4):389-407.

Cornejo, L. y L. Sanhueza. 2011. North and South: Hunter-Gatherer Communities in the Andes Mountains in Central Chile. *Latin American Antiquity*. 22(4):487-504.

Gaete, N. y R. Sánchez. 1994. El arcaico costero al sur del Maule: Discusión y Relaciones. *Boletín del Museo regional de La Araucanía* 5:91-192.

Gaete, N., Sánchez, R. y Vargas, M. L. 2000. Asentamiento y subsistencia durante el período Arcaico en la costa de la provincia de Cauquenes, Región del Maule. *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Contribución Arqueológica* 15: 713-739.

Gaete, N., Sánchez, R., Vargas, M. L., Oliva, D. y S. Cumsille 1994. El Arcaico en Cerro Las Conchas: asentamiento y subsistencia. *Actas del II Taller de Arqueología de Chile Central*. <http://www.arqueologia.cl/actas2/gaeteetal.pdf>

Jackson, D., Aspillaga, E., Rodríguez, X.-P., Jackson, D., Santana, F. y C. Méndez. 2012. Las ocupaciones humanas del sitio arqueológico de Santa Inés, Laguna de Tagua Tagua, Chile Central. *Revista Chilena De Antropología* 26. <https://revistadeantropologia.uchile.cl/index.php/RCA/article/view/26558>

Jenny, B., B. Valero-Garcés, R. Villa-Martínez, R. Urrutia, M. Geyh y H. Viet. 2002. Early to mid-Holocene aridity in Central Chile and the southern westerlies: The Laguna Aculeo record (34°S). *Quaternary Research* 58:160-170.

Kaltwasser, J.; Medina, A. y J. Munizaga. 1980. Cementerio del Período Arcaico en Cuchipuy. *Revista Chilena de Antropología* 3:109-123.

Kaltwasser, J., Medina, A. y J. Munizaga. 1983. Estudio de 11 fechas de RC14 relacionadas con el hombre de Cuchipuy. *Boletín de Prehistoria de Chile* 9:9-14.

Kaltwasser, J.; A. Medina, E. Aspillaga y C. Paredes. 1986. El Hombre de Cuchipuy: Prehistoria de Chile Central en el Período Arcaico. *Chungara* 16-17: 99-105.

Massone, M., Jackson, D., Valdés, C. y S. Cumsille 1994. Sitios arqueológicos prehispánicos en el área de protección Radal Siete Tazas. En M. Massone y R. Seguel (eds.), *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas*, pp. 37-61. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana - Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago.

Medina, J. T. 1908. *Los restos indígenas de Pichilemu*. Imprenta Cervantes, Santiago.

Medina A., Vargas, R. y C. Vergara. 1964. Yacimientos arqueológicos en la cordillera de la Provincia de Talca, Chile. En *Arqueología de Chile central y áreas vecinas. Actas del III Congreso Internacional de Arqueología Chilena*, pp. 219-234, Viña del Mar.

Medina, A. y C. Vergara. 1969. Nuevos trabajos y conclusiones sobre el yacimiento de Altos de Vilches. *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 431-466, La Serena.

Montané, J. 1960. Elementos precerámicos de Cáhuil, Prov. de Colchagua. *Notas del Museo Arqueológico de La Serena* 8: 1-12.

Montané, J. 1969. Fechado de nivel superior de Tagua Tagua. *Noticiero Mensual del Museo Nacional de Historia Natural* 161: 9-10.

Oyarzún, A. 1917. Crónica Pichilemu-Cáhuil. *Publicación Museo de Etnología y Antropología Chile* 4-5: 297-300.





Sánchez, R., Gaete, N. y M.L. Vargas 1994. Adaptación al medio ambiente costero al sur del Maule: Cerro las conchas primer asentamiento arcaico. *Boletín del Museo regional de La Araucanía* 5: 59-78.

Sánchez, R. y N. Gaete. 1994. Santos del Mar Túmulo: Un asentamiento alfarero en la costa de la provincia de Cauquenes (VII Región). *Boletín del Museo regional de La Araucanía* 5:79-90.

Tagle, B. y C. del Río 2005. *Túmulos funerarios en cuencas palustres del valle de Tinguiririca. Informe de prospección arqueológica y excavación de túmulos funerarios en las provincias de Colchagua y Cachapoal*. Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago.

PERIODO ALFARERO

Aldunate, C., Gallardo, F., Román, A. y A. Deza. 1991. Arqueología de la desembocadura del río Maule. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 145-152, Santiago.

Andrade, P., Silva, F., Mengozzi, F., Urzúa, P., Campbell, R. y J. Hernández 2012. Influencias incaicas más allá del Cachapoal: el caso del sitio Palquibudi, cuenca media del río Mataquito. *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 341-350, Valparaíso.

Andreoni, D. 2016. Estudio Antracológico en la Alta Cordillera Mendocina (Argentina): El Caso del Sitio El Indígena y sus implicancias a nivel macrorregional. *Revista Chilena de Antropología* 3 <https://revistadeantropologia.uchile.cl/index.php/RCA/article/view/42499>

Cáceres, I., E. Aspillaga, A. Deza y A. Román 1993. Un sitio Agroalfarero tardío en la cuenca del río Cachapoal, Chile Central. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 423-428, Temuco.

Cáceres, I., C. Westfall y F. Gallardo. 2005 [1994]. Asentamientos Tardíos en el curso medio del río Cachapoal, Chile Central. *Actas del II Taller de Arqueología de Chile Central*. <https://www.arqueologia.cl/actas2/caceresetal2.pdf>

Deza, A. y A. Román. 1993. Pehuenche: un sitio habitacional tardío en el valle del río Maule. *Universum* 8:169-198.

Falabella, F. y L. Sanhueza. 2005-2006. Interpretaciones sobre la organización social de los grupos Alfareros Tempranos de Chile Central: alcances y perspectivas. *Revista Chilena de Antropología* 18:105-133.

Falabella, F., L. Cornejo, I. Correa, E. Latorre, M. Vásquez y L. Sanhueza. 2006. Los escondrijos en reparos rocosos de la zona de El Pangal y sus componentes culturales. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Valdivia.

Falabella, F., Planella, M.T. y B. Tagle. 2001. Pipes and smoking traditions of the prehispanic society in the Early Ceramic Period in Central region of Chile. *Eleusis* 5:137-151.

Gaete, N. y R. Sánchez. 1995. Síntesis arqueológica de la costa al sur del Maule. Provincia de Cauquenes, VII Región, Chile. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 117-125, Valparaíso.

Gallardo F. y L. Cornejo. 1987. Definiendo el sitio arqueológico: Metodología en acción. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 7:6-11.

Jackson, D. y M. Massone. 1994. Campamento agroalfarero en la precordillera de Radal Siete Tazas Sitio Ta 2 E-8. En M. Massone y R. Seguel (eds.), *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas*, pp. 63-79, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana - Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago.

Latcham, R. 1928. *Alfarería Indígena Chilena*. Sociedad Impresora y Litográfica Universo, Santiago.

Planella, M.T., Falabella, F. y B. Tagle. 2000. Complejo fumatorio del período agroalfarero temprano en Chile Central. Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, *Contribución Arqueológica* 5:895-909.

Planella, M.T., Falabella, F., Belmar, C. y L. Quiroz. 2014. Huertos, chacras y sementeras. Plantas cultivadas y su participación en los desarrollos culturales de Chile Central. *Revista Española de Antropología Americana* 44 (2):495-522.

Planella, M.T. y B. Tagle. 1998. El sitio agroalfarero temprano de La Granja: un aporte desde la perspectiva arqueobotánica. *Publicación ocasional del Museo Nacional de Historia Natural* 52:5-64.

Planella, M.T. y B. Tagle. 2004. Inicios de presencia de cultígenos en la zona central de Chile, períodos arcaico y alfarero temprano. *Chungara* 36:387-399.

Planella, M.T. y R. Stehberg. 1994. Etnohistoria y arqueología en el estudio de la fortaleza indígena de Cerro Grande de la Compañía. *Chungara* 26(1):66-78.

Sánchez, R. y N. Gaete. 1994. El período Alfarero al sur del Maule. Actas del II Taller de Arqueología de Chile central. <http://www.arqueologia.cl/actas2/sanchezygaete.pdf>

Sanhueza L., L. Cornejo y F. Falabella. 2007. Patrones de asentamiento en el período Alfarero Temprano de Chile central. *Chungara* 37(1):103-115.

Sanhueza, L., Ardiles, F., Miranda, C., Correa, I, Falabella, F. y L. Cornejo. 2019. Ni muy lejos ni muy cerca: Patrón de asentamiento de los periodos alfareros en la microrregión de Angostura, Chile central. *Latin American Antiquity* 30(3):569-586.

Sanhueza, L., Falabella, F., Cornejo, L., y M. Vásquez. 2007. Periodo Alfarero Temprano en Chile Central: nuevas perspectivas a partir de estudios en la cuenca de Rancagua. *Actas VXII Congreso Arqueología Chilena*, pp. 417-426, Valdivia.

Sanhueza, L.; Falabella, F; Cornejo, L. y M. Vásquez. 2004. Pangal-2: 20 años después. En: Informe parcial proyecto Fondecyt n°1030667 "Periodo Alfarero Temprano en la cuenca de Rancagua y cordillera aledaña: hacia una comprensión de las sociedades alfareras tempranas de Chile Central" (2003-2006). Manuscrito en posesión de los autores.





Sanhueza, L., Falabella, F., Cornejo, L., y M. Vásquez. 2007. Periodo Alfarero Temprano en Chile Central: nuevas perspectivas a partir de estudios en la cuenca de Rancagua. *Actas XVII Congreso Arqueología Chilena*, pp. 417-426, Valdivia.

Sanhueza L. E. Latorre y I. Correa. 2006. Ocupaciones alfareras tardías en la cuenca de Rancagua. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Valdivia.

Sanhueza, L., Vásquez M. y F. Falabella. 2003. Las sociedades alfareras tempranas de la cuenca de Santiago. *Chungara* 35(1):23-50.

Sanhueza L. y Ch. Rees. 1994. Manos de Quivolgo, ¿que nos pueden contar? *Noticiero Mensual del Museo Nacional de Historia Natural* 324:15-25.

Sanhueza L., Vilches F., Rees Ch., Westfall C. y A. Seelenfreund. 1994. Ocupaciones arqueológicas de la precordillera y cordillera de la cuenca del río Maule: un panorama general. *Actas del 2° Taller de Arqueología de Chile Central*. <https://www.arqueologia.cl/actas2/sanhuezaetal.pdf>

Ortiz-Troncoso, O. 1963. Sitios arqueológicos en la costa de la provincia del Maule. *Antropología* 1:89-101.

Rees, Ch., Seelenfreund, A., Torres-Mura, J. C., Westfall, C., Gálvez, O. y M. Lemus. 1993. Ocupación prehispánica de la desembocadura del río Maule. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, 161-172.

Rees, Ch., Seelenfreund, A. y C. Westfall. 1993. Patrones de asentamientos prehispánicos en el valle del río Maule, región central-sur de Chile. *Gaceta Arqueológica Andina* 7(23):139-159.

Vera, J. 1981. Una pala precolombina de Chile central del año 1270 d.C. *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso* 14: 19-25.

Stehberg, R. 1976. La fortaleza de Chena y su relación con la ocupación incaica de Chile Central. *Publicación Ocasional del Museo Nacional de Historia Natural* 23:1-37.

Stehberg, R. y A. Rodríguez. 1989. Ofrendatorio Mapuche -Incaico en el Cerro Tren-Tren de Doñihue. *Museos* 6: 8-11.

Stehberg, R. y M.T. Planella. 1998. Reevaluación del significado del relieve montañoso trasversal de "La Angostura" en el problema de la frontera meridional del Tawantinsuyo. *Tawantinsuyo* 5:166-169.

Stehberg, R., M. T. Planella y H. Niemeyer. 1993-98. Complejidad arquitectónica de las ruinas prehispánicas de Chada en la antigua ruta entre los ríos Maipo y Cachapoal. *Xama* 6-11:53-64.

Westfall, C., Cáceres, I. y A. Román 2001. Nuevos fechados del Período Cerámico en la Ex-Laguna de Tagua Tagua, Chile Central. *Werken* 2:37-46.

Westfall, C. 1994. Pipas prehispánicas de Chile: Discusión en torno a su distribución y contexto. *Revista Chilena de Antropología* 12:123-161

HISTORIA Y ANTROPOLOGÍA

Amat y Juynent, M. 1924 a 1928. [1760]. Historia geographica e hydrographica con derrotero general correlativo al Plan de el Reyno de Chile que remite á Nuestro Monarca el Señor Don Carlos III, que Dios guarda, Rey de las Españas y de las Indias, su Gobernador y Capitán General Dn. Manuel de Amat y Juynent. En *Revista Chilena de Historia y Geografía* 2, números 53 a 61, Santiago.

Barrera, E., Meza, I. y M. Muñoz. 1981. El uso medicinal y alimenticio de plantas nativas y naturalizadas en Chile. *Publicación Ocasional Museo Nacional de Historia Natural* 33.

Bibar, G. 1966 [1558]. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile Hecha por Gerónimo de Bibar natural de Burgos*. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago.

Cabrera, P. 1929. *Los aborígenes del país de Cuyo*. Imprenta de la Universidad, Córdoba.

Couyoumdjian, R. 2009. El mar y el paladar: El consumo de pescados y mariscos en Chile desde la independencia hasta 1930. *Historia* 42(1): 57-107.

Durán, V. 1991. Las poblaciones indígenas del sur mendocino durante los siglos XVI y XVII. *Anales de Arqueología y Etnología* 46-47:9-40.

Gusinde, M. 1936. Plantas medicinales que los indios Araucanos recomiendan. *Anthropos* 31:850-873.

Hilger, I. 1960. Una Araucana de Los Andes. *Notas del Centro de Estudios Antropológicos* 4, Santiago.

Knoche, W. 1929. Ein Binsenboot bei Cahuíl, Pichilemu. *Zeitschrift für Ethnologie (ZfE) / Journal of Social and Cultural Anthropology* 61(4/6):304-309.

Latcham, R. 1927. Los indios Chiquillanes. *Atenea* 4 (9):311-327.

Latcham, R. 1929-1930. Los indios de la cordillera y la pampa en el siglo XVI". *Revista Chilena de Historia y Geografía* 66-69.

Manríquez, V. 1999. De identidad e identidades: Una aproximación desde la etnohistoria a las identidades de las poblaciones indígenas del partido del Maule en los siglos XVI y XVII. *Revista de la Academia* 4:119-135.

Manríquez, V. 2002. Purum aucca, "promaucaes": de significados, identidades y etnocategorías, Chile central, siglos XVI-XVIII. *Boletín de Arqueología PUCP* 6:337-354

Manríquez, V. y M.T. Planella. 1994. Perspectivas de investigación arqueológica a partir de los resultados del estudio etnohistórico sistemático de una región de Chile central. *Actas del II Taller de Arqueología de Chile central*. https://www.arqueologia.cl/lcornejo/?page_id=84

Manríquez, V., C. Odone y A. Vega. 1997. Estudio etnohistórico de las poblaciones indígenas del partido del Maule en el siglo XVI y principios del siglo XVII: Un enfoque desde el territorio. *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, T. I, pp. 153-174.





Molina, J. I. 1776. *Compendio della storia geografica, naturale, e civili del regno del Chile*. Nella stamperia di S. Tommaso D'Aquino, Bologna.

Munizaga, C. 1960. Nota sobre el uso del Miyaya (*Datura stramonium*) por los Araucanos chilenos actuales, en el tratamiento de trastornos mentales. *Revista Universitaria* XLIV y XLV:43-45.

Munizaga, C. 1960. Uso actual de Miyaya (*Datura stramonium*) por los Araucanos de Chile. *Journal de la Société des Américanistes* 49:37-43.

Planella, M.T. 1988. *La propiedad territorial indígena en la cuenca de Rancagua a fines del siglo XVI y comienzos del XVII*. Tesis para optar al título de Magíster en Historia con mención en Etnohistoria, Facultad de Filosofía y Humanidades. Departamento de Ciencias Históricas. Universidad de Chile.

Poma de Ayala, F. G. 1936 [1615]. *Nueva coronica y buen gobierno (codex péruvien illustré)*. Institut d'Ethnologie, Paris. <https://bvpb.mcu.es/iberoamerica/es/consulta/registro.do?control=BVPBB20170009771>

Risopatrón, L. 1924. *Diccionario Jeográfico de Chile*. Imprenta Universitaria, Santiago.

ARTE RUPESTRE

Barros, D. 1900. Interpretación de la inscripción prehistórica de la Casa Pintada en el Alto Tinguiririca. *Primera Reunión del Congreso Científico Latino Americano*, Tomo V, pp. 197-202. Compañía Sud Americana de Billetes de Banco, Buenos Aires.

Blanco, J., de la Maza, M., y A. Peñaloza. 2015. Memoria inscrita: Arte rupestre de contacto, integración y dominación en el centro-sur de Chile. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 20(2):89-110.

Boschin, M.T. 2017. El arte rupestre del centro-sur de Río Negro y del centro-norte del Chubut, Argentina. Registros inéditos. *Atek Na [En La Tierra]* 6: 51-85.

Boschin, M.T. y A.M Llamazares. 1992. Arte rupestre de la Patagonia. Las imágenes de las cotidianidad. *Ciencia hoy* III(17):26-36.

Carden, N. y E. Borges. 2017. El arte mobiliario. En G. Martínez (ed.), *Arqueología de cazadores recolectores del curso inferior del río Colorado (provincia de Buenos Aires, Argentina)*. *Aportes al conocimiento de las ocupaciones humanas Pampeano-Patagónicas*, pp. 211-229. Olavarría, Buenos Aires.

Casamiquela, R. 1981. *El arte rupestre de la Patagonia*. Siringa Libros, Neuquén.

Castro, A., Gutiérrez, L. A., Casanueva, M. L., y Campos, M. R. 2024. Paredón sur y después: Pinturas y grabados del sitio Puesto Blanco, Río Mayo, sudoeste de Chubut, Argentina. *Arqueología* 30(2), 13415. <https://doi.org/10.34096/arqueologia.t30.n2.13415>

Fernández, J. 1974-1976. Estudios sobre el arte rupestre de la provincia del Neuquén. *Anales de Arqueología y Etnología* 29-31:5-36.

Fernández, J. 2000. *Las piedras con marcas de la cordillera del Viento. Arte rupestre en el departamento Minas, Neuquén, Argentina*. Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires.

Fiore, D., Acevedo, A., y Favier Dubois, C. 2021. Geometrías perdurables. El caso de las placas grabadas líticas del golfo San Matías (provincia de Río Negro) y su contextualización en la Patagonia argentina. *Relaciones* 46(2), e022. <https://doi.org/10.24215/18521479e022>

Frank, A., Gheco, L., Halac, E., Mastrangelo, N., Landino, M., Paunero, R. y F. Marte. 2020. Variaciones del color. Primeros estudios físicoquímicos de las pinturas rupestres de La María, provincia de Santa Cruz. *Intersecciones en Antropología* 21(1):57–70.

González, Juan 2012. *Catastro Arqueológico: Arte rupestre en la Reserva Nacional Río de Los Cipreses*. FONDART-CNCA, Región O'Higgins.

González, Paola 2005. Códigos visuales de las pinturas rupestres cueva Blanca: formas, simetría y contexto visual. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 10(1):55-72.

González, P. y A. Morales 2021. La Geolocalización del Patrimonio Arqueológico del Maule: el descubrimiento del primer sitio de pintura rupestre. Universidad de Talca y Museo O'Higiniano y de Bellas Artes de Talca. <https://www.museodetalca.gob.cl/publicaciones/la-geolocalizacion-del-patrimonio-arqueologico-del-maule-el-descubrimiento-del-primer>

Greslebin, H., 1930. Descripción de dos nuevas placas rectangulares grabadas de Patagonia prehispánica. *Physis* 10 (35):8-16

Illanes, M. (ed.) 1955. Huellas de viejas culturas en los cerros de Pangal. *Revista El Teniente* 2(12):3-5.

Jaffuel, F. 1930. Las piedras pintadas del cajón de los cipreses (Hoya del Cachapoal). *Revista Chilena de Historia Natural* 34(1):235-248.

Lagiglia, H. 1956. La Gruta del Indio del Rincón del Atuel. Un reparo con pinturas rupestres de San Rafael (Mendoza). *Revista Científica de Investigaciones del Museo de Historia Natural de San Rafael* 1(1):5-18.

Lagiglia, H. 2008. El arte rupestre del Atuel. *Diario Los Andes, Informes especiales*, 4 octubre de 2008. <https://coleccionlagiglia.bdigital.uncu.edu.ar/s/lagiglia/item/292>

Lanas, O. 1958. Las piedras de Pangal. Páginas inéditas de nuestra historia. *Zig-Zag* 2795:19-20

Lara, R. 2002. Petroglifos de Colbún. *Boletín de Historia y Geografía* 16:15-27.

Losada, H. 1980. *Placas grabadas prehispánicas de Argentina*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

Lynch, V., Vargas J. y D. Terranova. 2019. Engraved stone plaquettes from the North Patagonian area (Somuncurá plateau, Río Negro, Argentina) and the use of different microscopic techniques for their analysis, *World Archaeology* 50(1):104-125.





Massaferro, G., Schuster, V. y A. Pérez. 2022. *Primeros análisis de pinturas rupestres por fluorescencia de rayos X in situ en Patagonia argentina. Comechingonia*. 26(2):151-171.

Medina, J. 1952. *Aborígenes de Chile*. Imprenta Universitaria, Santiago.

Mella, C., Morales, A. y P. González. 2015. *Arte Rupestre en la Región del Maule. Huellas de un pasado desconocido*. Consejo Nacional de las Culturas y las Artes, Talca.

Menghin, O. 1952. Las pinturas rupestres de la Patagonia. *Runa* V:5-22.

Menghin, O. 1957. Estilos de arte rupestre de Patagonia. *Acta Praehistórica* I:57-87.

Mostny, G. y H. Niemeyer 1983. *Arte Rupestre Chileno*. Serie El patrimonio cultural chileno. Ministerio de Educación de Chile, Santiago.

Mueller, G. 1958. Los petroglifos del Valle de Calabozos. Provincia de Linares, Chile. *Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción* XXXIII:155-160.

Niemeyer, H. 1958. Ocupación indígena en el río Colorado, afluente del Maipo. *Revista Universitaria* 22:117-122.

Niemeyer, H. y V. León. 2001. Arte rupestre precolombino en el Tinguiririca. Provincia de Colchagua, Sexta Región de Chile. Ministerio de Educación, Santiago.

Niemeyer, H. y J. Montané. 1968. El arte rupestre indígena en la zona centro-sur de Chile. *Actas y Memoria del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas*, Tomo II, pp. 419-452. Libart, Buenos Aires.

Niemeyer, H. y L. Weisner. 1972-1973. Los petroglifos de la cordillera andina de Linares (Provincia de Talca y Linares, Chile). *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena. Boletín de Prehistoria*, número especial: 406-468

Pérez, A. y G. Salaberry. 2014. Las Pinturas Rupestres del Sitio Paredón Bello (Cordón Chapelco), San Martín de los Andes, Neuquén, Argentina. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 19(2): 77-93.

Phillipi, R. A. 1875. Historia Natural. Escursión al Cajón de los Cipreces en la hacienda de Cauquenes (Rancagua). *Anales de la Universidad de Chile* 47 (1):651-670.

Podestá, M., Rolandi, D., Re, A., Falchi, M. y O. Damiani. 2006. Arrieros y marcas de ganado. Expresiones del arte rupestre de momentos históricos en el desierto de Ischigualasto. En D. Fiore y M. Podestá (eds.), *Tramas en la Piedra*, pp. 169-190, Sociedad Argentina de Antropología, Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología, Buenos Aires.

Reinoso, M., Freire, E., Halac, E., López, L. y V. Aldazabal. 2021. Caracterización material de los pigmentos de arte rupestre en el área arqueológica de la cuenca del Lago Traful, Parque Nacional Nahuel Huapi, Neuquén, Argentina. *TAREA* 8(8):148-163.

Reyes, M. 2016. *Guaquivilo. Arte en la precordillera de la Provincia de Linares*. <https://petroglifosguaquivilo5.webnode.es/> > [consultado: 03-02-2020].

Romero, G. y Re, A. 2014. Representaciones rupestres del noreste de Neuquén (Patagonia septentrional). Primeras tendencias espaciales y temporales. *Comechingonia* 18(1):73-92.

Romero, G. 2016. La clasificación de las pinturas rupestres del noreste de Neuquén, Patagonia septentrional. En *Imágenes rupestres, lugares y regiones*, F. Oliva, A. M. Rocchietti y F. S. Banfi, Eds., pp. 441-452. Centro de Estudios Arqueológicos Regionales-Centro de Arqueología Histórica- Cooperadora Asociación José Pedroni-Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, Rosario.

Sánchez-Albornoz, N. 1967. Hachas y placas de San Antonio Este (Río Negro). *Runa* 10(1-2):455- 464.

Sanguinetti, N. 1970. *Petroglifos del Cerro Quiñe (Provincia de Linares)*. Museo de Linares, Linares.

Schobinger, J. 1956. El arte rupestre de la Provincia de Neuquén. *Anales de Arqueología y Etnología* 13:115-227.

Schobinger, J. 1957. Arqueología de la Provincia de Neuquén. Estudio de los hallazgos mobiliarios. *Anales de Arqueología y Etnología* 13: 6-232.

Schobinger, J. 1962-1963. Nuevos petroglifos de la Provincia del Neuquén. *Anales de Arqueología y Etnología* VII y VIII:151-171.

Schobinger, J. y C. Gradin 1985. *Arte rupestre en la Argentina. Cazadores en la Patagonia y agricultores Andinos*. Encuentro ediciones, Madrid.

Sepúlveda, M. 2011. Pinturas rupestres y tecnología del color en el extremo sur de Chile. *Magallania* 39(1):193-210.

Stolp, K. 1899. Indianische Zeichen aus der Kordillere Chiles aufgefunden. *Verhandlungen des Deutschen Wissenschaft lichen Vereins zu Santiago de Chile* 2(1):35-37.

Vargas, F. 2020. Imágenes rupestres y modelos arqueológicos. Hacia una contextualización de los petroglifos en la cuenca del Curi-leuvú. Norte de Neuquén, patagonia argentina. *Chungara* 52(1): 23-40.

Vera, J. 1982 Pangal-2, yacimiento andino de Chile Central. *Anales del Museo de Historia Natural de Valparaíso* 15:5-18.

Vergara, C. 1972-1973. Petroglifos de las Piedras de las Marcas. Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena. *Boletín de Prehistoria*, número especial: 471-485.

Washburn, D. y D. Crowe 1988. *Symmetries of Culture*. University of Washington Press, Seattle.





CIRCULACIÓN E INTERACCIÓN SOCIAL

Acevedo, A. 2015. Hachas grabadas, placas grabadas y comunicación visual suprarregional entre grupos Aconcagua-recolectores de finales del Holoceno tardío. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XL(2):589-620.

Acevedo, A., Fiore, D., Tucker, H., Neme, G. A., y A. F. Gil. 2020. El arte rupestre del sur de Mendoza en perspectiva biogeográfica: primeros resultados a escala regional. *Intersecciones en Antropología* 21(2): 145–158.

Andreoni, D. 2016. Estudio antracológico en la alta cordillera mendocina (Argentina): El caso del sitio El Indígena y sus implicancias a nivel macrorregional. *Revista Chilena De Antropología* 32. <https://revistadeantropologia.uchile.cl/index.php/RCA/article/view/42499>

Giesso, M., Durán, V., Cortegoso, V., Glascock, M. D., Neme, G., Gil, A., y L. Sanhueza. 2011. A Study of Obsidian Usage in the Central Andes of Argentina and Chile. *Archaeometry* 53(1):1–21.

Barberena, R., Romero Villanueva, G., Lucero, G., Fernández, M.V., Rughini, A., y P. Sosa, P. 2017. Espacios internodales en Patagonia Septentrional: Biogeografía, información y mecanismos sociales de interacción. *Estudios atacameños* 56:7-75.

Barrientos, G. y S. I. Pérez. 2002. La dinámica del poblamiento humano del Sudeste de la Región Pampeana durante el Holoceno. *Intersecciones en Antropología* 3:41-54.

Barrientos, G. y S. I. Pérez. 2004. La expansión y dispersión de poblaciones del norte de Patagonia durante el Holoceno tardío: evidencia arqueológica y modelo explicativo. En M. T. Civalero, P. Fernández y G. Guraieb (eds.), *Contra Viento y Marea. Arqueología de la Patagonia*, pp. 179-195. INAPL-SAA., Buenos Aires.

Carden N., Borella F. y M. Cardillo. 2020. Rock art relatedness and circulation paths in northeast Aconcagua, Aconcagua. *Rock Art Research* 37(2):184-203.

Cassiodoro, G., F. Guichón y A. Re. 2019. Diseños sobre soportes móviles y comunicación en el centro-oeste de Santa Cruz durante el Holoceno tardío. En J. Gómez Otero, A. Svoboda y A. Banegas (eds.), *Arqueología de la Patagonia: el pasado en las arenas*, pp. 29-40, Instituto de Diversidad y Evolución Austral, Puerto Madryn.

Cornejo, L. y L. Sanhueza. 2011. Caminos que cruzan la cordillera: El rol del paso del Maipo en la ocupación de la cordillera en Chile Central. *Revista de Antropología* 23:101-122.

Cortegoso, V., Yebra, L., Durán, V. Barberena, R., Lucero, G., Cornejo, L., Giesso, M., MacDonald, B. y M. Glascock. 2020. Obsidian sources from the southern Andean highlands (Laguna del Diamante, Argentina and Chile): geochemical insights on geological complexity and human biogeography. *Archaeological and Anthropological Sciences* 12: 29. <https://doi.org/10.1007/s12520-019-01009-w>

Falabella F., Sanhueza, L. Neme G. y H. Lagiglia. 2001. Análisis comparativo de cerámica Aconcagua entre Chile y Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXVI:193-214.

García, A. 2010. *Arqueología prehistórica de San Juan: la conquista indígena de los dominios del cóndor y el guanaco*. Universidad Nacional de San Juan, San Juan.

Gutiérrez, R. 2025. Arte rupestre en los espacios de movilidad y de convergencia: aproximación geoespacial a las dinámicas sociales entre grupos cazadores-recolectores del Holoceno tardío en la cordillera andina del Maule, Norpatagonia (Chile, 36°S). *Arqueología* 31(1):14227. <https://doi.org/10.34096/arqueologia.t31.n1.14227>

Lazzari, M. 2015. Stones to Build a World: Circulation and Value of Materials in Pre-Columbian Northwestern Argentina, *Cambridge Archaeological Journal* 26(1):1–22.

Madrid, P., Politis, G. y D. Poiré. 2000. Pinturas rupestres y estructuras de piedra en las Sierras de Curicó (extremo noroccidental de Tandilia, Región Pampeana). *Intersecciones en antropología* 1:35-54.

Pedersen, M., Antunes, C., De Cahsan, B., Moreno-Mayar, J., Sikora, M., Vinner, L., Mann, D., Klimov, P., Black, S., Michieli, C., Braig, H. y A. Perotti. 2022. Ancient Human Genomes and Environmental DNA from the Cement Attaching 2,000-Year-Old Head Lice Nits. *Molecular Biology and Evolution* 39(2), February, msab351, <https://doi.org/10.1093/molbev/msab351>

Neme, G. y A. Gil. 2005. Aportes para la discusión del intercambio en el sur de Mendoza. *Actas del XVI Congreso Chileno de Arqueología*, pp. 317-326, Tomé.

Re, A., Guichón, F., M. Espinoza y L. Martínez. 2021. Los puntos clave para la comunicación por medios materiales durante el holoceno tardío en el centro-oeste de Santa Cruz (Patagonia meridional, Argentina). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 26(2):107-131.

Re, A., Cassiodoro, G., Flores, J. y F. Guichón. 2024. Circulation of Goods and Information in Southern Patagonia During the Late Holocene: An Integrated Analysis of Engravings and Black Obsidian Artefacts. *Journal of World Prehistory* 37:171-219.

Romero, G. 2021. Arte rupestre y biogeografía humana en el norte del Neuquén (Patagonia): lineamientos conceptuales para el estudio multiescalar de procesos de comunicación visual y circulación de información. *Relaciones*, 46(2), e021 <https://doi.org/10.24215/18521479e021>

Salgán M., Pompei M., Gil A., Neme G., Sruoga P. y M. Glascock. 2024. La conexión entre ambientes de tierras bajas y altas en el límite Cuyo Patagonia (Argentina): Un análisis sobre el transporte y uso de obsidiana Laguna del Maule. *Latin American Antiquity* 35(3):655-671.

Sanhueza, L., Baudet, D. y F. Falabella. 2004. El complejo Llolleo más allá de la vertiente occidental de los Andes. *Actas del XVI Congreso Chileno de Arqueología*, pp. 305-315, Tomé.

Sanhueza, L., Cornejo, L., Durán, V., Cortegoso, V., Yebra, L., Glascock, M., MacDonald, B. y M. Giesso. 2021. Sources, circulation, and use of obsidian in central Chile, *Quaternary International* 574:13-26.





Sanhueza L., Falabella F., Fonseca E. y O. Andonie. 2004. Aplicación de análisis de pastas macroscópicas, petrográficos y de composición de elementos químicos al problema de la procedencia de cerámica en el Período Alfarero Temprano de Chile Central y Cuyo, Argentina. *Estudios Atacameños* 28:121-132

Scheinsohn, V. 2011. Rock art information among Hunter-Gatherers in Northwest Patagonia: An Assessment of Environmental and Territorial Models. En Robert Whallon, William A. Lovis, y Robert K. Hitchcock (eds.), *Information and its Role in Hunter-Gatherer Bands*, pp. 235-247. Cotsen Institute of Archaeology Press, Ideas, Debates, and Perspectives 5. University of California Press, Los Angeles.

TUTUQUÉN, 9 MIL AÑOS DE OCUPACIÓN HUMANA

Adán, L. 2000. Sistematización de la cerámica del complejo Pitrén. Descripción de la metodología empleada. *Actas del XIV Congreso nacional de Arqueología Chilena*. Museo Regional de Atacama, pp. 225-241, Copiapó.

Adán, L. y M. Alvarado. 1999. Análisis de colecciones alfareras pertenecientes al complejo Pitrén: Una aproximación desde la arqueología y la estética. *Actas de las terceras jornadas de la arqueología de la Patagonia*, pp. 245-218. Buenos Aires.

Correa, I. y Carrasco, C. 2017. *Tutuquén, vestigios de los antiguos habitantes de Chile central*. Serie 2, Monumentos Nacionales de Chile. Santiago: Consejo de Monumentos Nacionales.

Falabella, F. y M.T. Planella. 1988-1989. Alfarería temprana en Chile central: un modelo de interpretación. *Paleoetnológica* 5:41-64.

Gaete, N. 2006. *Salvataje: Monumento arqueológico Cementerio Tutuquén (2° etapa)*. Manuscrito en posesión del Consejo de Monumentos Nacionales.

Gaete, N. y R. Sánchez. 1995. Síntesis arqueológica de la costa al sur del río Maule. Provincia de Cauquenes, VII Región, Chile. *Actas de XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo I, pp. 117-126, Antofagasta.

Kaltwasser, J., A. Medina y J. Munizaga. 1980. Cementerio del período Arcaico en Cuchipuy. *Revista Chilena de Antropología* 3:109-123.

Sáez, A. 2008. *Informe de Laboratorio Bioantropológico, Cementerio Arqueológico de Tutuquén*. Manuscrito en posesión del Consejo de Monumentos Nacionales.

Sáez, A. 2011. Variabilidad de la morfología craneofacial en poblaciones humanas holocénicas del área andina meridional, el cementerio arqueológico Tutuquén (7.000-900 AP), Región del Maule, Chile. *Estrat Crítica* 5. Vol. 1:339-351.

Tagle, B. y C. del Río. 2005. *Túmulos funerarios en cuencas palustres del valle de Tinguiririca*. Manuscrito en posesión del Consejo de Monumentos Nacionales.

EMBARCACIONES COSTERAS DE CHILE CENTRAL SUR

Knoche Walter 1929. Ein Binsenboot bei Cauhuil, Pichilemu. *Zeitschrift für Ethnologie (ZfE) / Journal of Social and Cultural Anthropology (JSCA)* 61(4/6): 304-309.

Montané, J. 1960. Elementos precerámicos de Cauhil (Provincia de Colchagua, Chile). *Notas del Museo Arqueológico de La Serena* 8:1-12.

Quiroz, D. 2023. Balsas de puya (*Puya chilensis* Molina 1782) en el litoral higromórfico de Chile entre los siglos XVI y XIX. *CUHSO* 33(1):178-203.

CASA PINTADA DEL RÍO TINGUIRIRICA

Domeyko, I. 1863. *Jeología*. Imprenta Cervantes, Santiago de Chile.

Lagiglia, H. 1980. La técnica prehistórica del mosaico en cuero (Notable muestra de tenería indígena de Mendoza). *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* VIII(2): 43-66.

Lagiglia, H. 1956. La Gruta del Indio del Rincón del Atuel. Un reparo con pinturas rupestres de San Rafael (Mendoza). *Revista Científica de Investigaciones del Museo de Historia Natural de San Rafael* 1(1):5-18.

Lagiglia, H. 1968. Nuevos aportes a los fechados de radiocarbono de la Argentina. *Journal de la société des américanistes* 57:161-168.

Niemeyer, H., y J. Montané. 1966. El arte rupestre indígena en la zona Centro - Sur de Chile. *Actas del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas*, Volumen II, pp. 419-452, Buenos Aires.

Niemeyer, H. y V. León. 2001. Arte rupestre precolombino en el Tinguiririca. Provincia de Colchagua, Sexta Región de Chile. Fondart, Ministerio de Educación, Santiago.

Orellana, M. 1974-75. Las Pictografías de Casa Pintada, Fantasía y Realidad. *Boletín de Prehistoria de Chile* 7-8:157-168.

CLAVAS Y HACHAS EN CIRCULACIÓN TRANSREGIONAL

Augusta, F.J. de. 1916. *Diccionario Araucano-Español, Español-Araucano*. Tomo Primero. Imprenta Universitaria, Santiago.

Bellelli, C., Scheinsohn, V. y M. Podestá 2008. Arqueología de pasos cordilleranos: un caso de estudio en patagonia norte durante el holoceno tardío. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 13(2):37-55.

Góngora y Marmolejo, A. de. 1862. *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575*. Colección de Historia de Chile, Tomo II. Imprenta del Ferrocarril, Santiago.

Joseph, C. 1930. Antigüedades de Araucanía. *Revista Universitaria de la Universidad Católica* 15(9): 1117-1235.



Lehmann-Nitsche, R. 1909. Clavas cefalomorfas de piedra procedentes de Chile y de la Argentina. *Revista del Museo de La Plata*, XVI, Pp. 150-170, Buenos Aires.

Lehmann-Nitsche, R. 1937. Steinerne Vogelkopfkeulen aus Chile und dem argentinischen Andengebiet. (Melanesisches in Südamerika I.). *Zeitschrift Für Ethnologie* 69(4/5):220-233.

Núñez de Pineda y Bascuñán, F. 1863[1673]. Cautiverio feliz, y razón de las guerras dilatadas de Chile. En *Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional*, Volumen III. Imprenta del Ferrocarril, Santiago.

Ramírez, J. M. 1992. Contactos transpacíficos: un acercamiento al problema de los supuestos rasgos polinésicos en la cultura mapuche. *Clava* 5:51-84.

Schobinger, J. 1956. Las "clavas insignias" de Argentina y Chile. Descripción de nuevos ejemplares procedentes de las provincias del Neuquén y Mendoza, y análisis de conjunto. *RUNA* 7(2): 252-283.

Schobinger, J. 1956. El arte rupestre de la Provincia de Neuquén. *Anales de Arqueología y Etnología* 13: 115-227.

Schobinger, J. 1957. Arqueología de la Provincia de Neuquén. Estudio de los hallazgos mobiliarios. *Anales de Arqueología y Etnología* 13: 6-232.

Sinclair, C. ed. 2013. *Chile antes de Chile*. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.



Francisco Gallardo Ibáñez estudió en el Departamento de Antropología de la Universidad de Chile (1979-1983). Es Licenciado en Antropología con Mención en Arqueología. Académico Escuela de Antropología UC e investigador del Centro de Estudios Interculturales e Indígenas (CIIR). Ha sido curador de exposiciones de arte precolombino y arte contemporáneo, y realizado documentales de carácter antropológico. Ha sido investigador responsable de numerosos proyectos del Fondo Nacional de Ciencia y Tecnología. Es autor y editor de libros de teoría arqueológica, arte precolombino, antropología poética, etnografía fueguina, y ha contribuido a publicaciones periódicas de circulación nacional e internacional.



Gloria Cabello Baettig es Doctora en Arqueología (U. de Buenos Aires), Magister en Museología y Conservación del Patrimonio (U. de Ginebra) y Arqueóloga (U. de Chile). Es investigadora del Centro de Estudios Interculturales e Indígenas (CIIR) y de la Dirección de Estudios Aplicados de la Escuela de Antropología UC, donde también dicta clases. Su investigación se enfoca en las expresiones visuales del mundo indígena, tanto actuales (p.ej., pintura corporal, indumentarias) como antiguas (arte rupestre y artefactos cerámicos). Destaca su trabajo con colecciones de museos, en investigación, inventario y difusión a través de exposiciones.



Edición de 300 ejemplares
Impreso en Andros Impresores
Santa Elena 1955, Santiago de Chile
Diciembre 2025

